

La dama del acantilado



Camila Winter

©La dama del acantilado-Camila Winter

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

®Registrada la propiedad intelectual, amparada en la Ley Universal de derechos de autor.

©Camila Winter enero 2018. Edición digital.

E-mail autora:camilawinter2012@gmail.com

foto de portada fotolia.

Registrada en safecreative.org

Título original: El secreto de Warren hills-Camila Winter

Fecha de registro:29-jun-2017 0:35 UTC

La dama del acantilado

Camila Winter

Acantilados de Moher-Irlanda

Condado de Clare.

Año 1858

Primera parte.

Phoebe observó el paisaje del mar embravecido golpeando la costa y avanzó atraída por su poder, era como el éxtasis, era libertad y también alivio. Un mar revuelto y convulso se agitaba a la distancia y llegó hasta ella el viento que arrastraba el oleaje quitándole el gorro que pacientemente había atado su doncella horas atrás para que sujetara su cabello castaño y rizado pues no era correcto que una damisela se paseara con el cabello sin peinar. Ahora en libertad se sentía mucho mejor, más libre y siguió avanzando para ver ese paisaje de cerca.

Nubes oscuras se apilaban en el horizonte y a la distancia, del otro lado de la playa, sólo se veía una casa inmensa, cubierta de niebla que le daba un aspecto casi fantasmal. Phoebe vio la mansión con expresión distraída, sin prestarle demasiada atención mientras bajaba a la playa por el atajo que bien conocía, cuidándose de no lastimarse con las rocas ni rasgar su vestido.

Solía dar paseos los días de tormenta, se quedaba un momento sólo para ver el mar y luego regresaba con su caballo a su hogar, la mansión ruinoso de Warren Hill. Ese día sin embargo se había escapado aprovechando un descuido de su hermano y se sentía feliz, hacía semanas que no podía ver el mar, él le había advertido que era peligroso pero es que se acercaba el invierno y sabía que se lo pasaría encerrada. Odiaba estar confinada pero si desobedecía luego sería castigada y ya no estaba su nana para defenderla. La

mansión de Warren hills se había convertido en un mausoleo sombrío y triste luego de morir sus padres y su hermano Eric parecía odiarla ahora... No, no la odiaba en realidad, era mucho peor que eso...

En sus labios se dibujó una mueca de amargura al pensar en su hermano, amargura y miedo. Y su antiguo hogar se había convertido en un lugar oscuro y solitario y su hermano un tirano que la dejaba todo el día encerrada, sin poder ver a nadie.

De pronto miró el mar a la distancia y deseó tanto poder mecerse en sus olas y partir muy lejos y en su rostro se dibujó una expresión de anhelo tan intenso. Tal vez si se acercaba hasta las rocas podría saltar de lo más alto, del borde del acantilado y entonces... encontraría paz. Paz y calma. En el mar. Amaba el mar y le parecía un final grandioso, mucho mejor de lo que había sido su existencia.

Sus pasos la guiaron hasta el final mientras su cabello se agitaba al viento. Sólo necesitaba seguir el camino y tomar coraje, un poco más y... Pero se detuvo al ver un mar oscuro y embravecido agitándose contra las rocas y las olas llenas de espuma salpicaron su rostro y la hicieron retroceder unos metros. Tal vez no fuera una buena idea después de todo. Visto de cerca el mar parecía un demonio loco y temperamental, fascinante pero muy peligroso, esas rocas la harían pedazos y... cerró los ojos para no verlo, si veía el mar estaba segura de que no saltaría.

De pronto sintió que alguien hablaba a escasos metros de allí.

—Señorita, deténgase. Aguarde—dijo una voz.

Ella lo miró asustada de que un extraño hubiera invadido su santuario, estaba tan molesta como inquieta. De pronto tembló al pensar que era su hermano Eric, pero él no la habría llamado así, y ese no era su caballo tampoco.

—Aléjese de mí o saltaré—gritó Phoebe armándose de valor.

No quería a ese hombre cerca, tenía mucho miedo, estaba a punto de lanzarse al mar y eso la aterraba pero verse lidiando con un desconocido entrometido la asustaba aún más.

El caballero hizo un gesto con las manos. Lo miró con fijeza, lucía un traje oscuro y sombrero alto y tenía un aspecto distinguido, noble. Se preguntó si sería el amo de la mansión del acantilado que la había visto llegar a la costa y le molestaba que invadiera sus tierras. Sus ojos azules la miraron con cierta acritud o temor. No estaba segura. Sin embargo cuando habló supo que sólo quería ayudarla.

—No le haré daño, señorita, tranquila. Por favor, aléjese de esas rocas, es muy peligroso, podría caer. Déjeme ayudarla.

—¿Ayudarme? No necesito su ayuda, aléjese de mí—gritó ella hostil, no pudo evitarlo, estaba muy nerviosa en esos momentos. Y casi sin darse cuenta retrocedió acercándose un poco más al abismo, al acantilado y vio

cómo los ojos del extraño se horrorizaban y gritaban que no lo hiciera.

Ella se asustó con sus gritos y se quedó inmóvil contemplando el mar, sintiendo la brisa marítima golpear su rostro y darle bríos inesperados para enfrentar lo que fuera. Estaba allí, lo había conseguido y ahora, apremiada por el desconocido sí quería saltar y poner fin a su encierro y agonía, a sus terrores nocturnos, al demonio que la acechaba y quería entrar en su habitación... siempre. Siempre estaba allí, jamás la dejaba en paz.

Y sin embargo, a un paso de saltar vio ese mar embravecido y lleno de furia y le faltó valor para hacerlo, le faltó coraje para dar un paso más y caer, no pudo hacerlo, y temblando dio un salto y se dejó caer en la tierra húmeda y salada sintiendo que el frío le calaba los huesos a pesar de llevar una gruesa capa de paño.

Las lágrimas se mezclaron con la humedad del lugar y tiritó mientras veía al desconocido acercarse con prisa.

No le dijo nada y simplemente la observó llorar en silencio, mientras su caballo relinchaba cada tanto atado a un árbol cercano.

Phoebe permaneció alerta.

—Puede irse, estoy bien—dijo—No necesito su ayuda, señor.

El desconocido dio tres pasos hacia ella y la miró con furia.

—¿Acaso está loca, señorita? ¿Qué hacía en ese abismo? Pudo caer y matarse. Además está invadiendo mis propiedades.

—¿Sus propiedades?—replicó aturdida.

—Sí, mis propiedades. Soy el señor de la mansión Ulshter. ¿Quién es usted?

—No se lo diré.

Ante esa respuesta y su negativa de decir una palabra el desconocido saltó sobre ella y la acorraló.

Phoebe gritó y se resistió pero era un hombre muy fuerte.

—Vendrá conmigo hasta que su familia o su esposo la reclamen. No la dejaré aquí para que intente saltar otra vez y ocurra una tragedia en mis tierras.—dijo mirándola con intensidad.

Quiso soltarse y gritó, gritó pidiendo ayuda pero no pudo evitar que la llevara lejos de allí y la subiera a su caballo.

—Por favor, deje de gritar señorita, no le haré daño. La llevaré a la mansión pues, creo que necesita cuidados y algún tónico para sus nervios. Tengo un médico en Ulshter, le pediré que la atiendan.

Jamás imaginó que su escapada de la mansión de Warren hills terminaría así, que sería atrapada por ese desconocido y llevada como su prisionera a la mansión de Ulshter. El caballero estaba furioso y la había acusado de invadir sus tierras. Estaba más nervioso que ella pero había jurado que no le haría daño.

Observó la mansión del acantilado a la distancia y suspiró, estaba

agotada y ya no tenía fuerzas para resistirse ni gritar pidiendo ayuda. Nadie acudiría, su doncella no sabía que estaba allí, tampoco su hermano. Miró el edificio gris de piedra, hogar ancestral de los condes de Ulshter, una fortaleza con ese mar azul de fondo, tenía una vista increíble y era tan señorial y fascinante. Pero no quería ir allí con ese hombre, no quería estar nuevamente prisionera. Buscaría la forma de escapar y regresar a la playa, debía hacerlo, necesitaba hacerlo antes de que ese demonio la encontrara y la obligara a regresar a casa...

—Aguarde aquí, señorita.—dijo el caballero mirándola con desconfianza. Phoebe notó que sus ojos eran de un azul cobalto, oscuro y profundo y su tez muy blanca contrastaba con el cabello oscuro. Parecía un hombre acostumbrado a mandar y sin embargo su mirada era de preocupación y temor. No lo culpaba, acababa de impedir que se lanzara al vacío y todavía temblaba por la locura que había hecho.

Tal vez por eso no se movió de su lado y esperó a que aparecieran sus sirvientes.

—Preparen una de las habitaciones de huéspedes—ordenó.

Los criados miraron a la jovencita con cara de sorpresa pero el señor no les debía explicaciones ni se las dio.

—Y avisad al doctor Peterson—agregó.

El señor de Ulshter no insistió en saber su nombre y poco después la

jovencita se encontró instalada en una habitación y tuvo que quitarse las prendas húmedas que llevaba, recibir un baño caliente y ropa nueva.

Una doncella la ayudó a asearse y otra le llevó un plato de potaje de patatas, coles y pollo que la ayudó a dejar de temblar. Pero todavía estaba muy nerviosa cuando un hombre flaco y muy alto entró en su habitación.

—Disculpe señorita, soy el doctor Alan Peterson y he venido a ver cómo está.

Era el doctor de la mansión, por supuesto. Tenía todo el aspecto de doctor.

—Ya estoy bien, gracias doctor Peterson—respondió Phoebe mirándole con cierta desconfianza.

—¿Tiene heridas? Me dijo el señor Ulshter que estaba usted en el acantilado de Mean. Es un lugar muy peligroso. ¿Recuerda por qué estaba allí?

—Sólo tengo unos rasguños, nada importante.

El médico se quedó esperando una explicación mientras la observaba con fijeza. ¿Pensaría que estaba loca? ¿Qué había escapado de algún asilo de locos?

—¿Y recuerda su nombre, señorita?—preguntó.

Phoebe dijo que no lo sabía, sin dar más explicaciones. Era mejor así, no quería ser encontrada, pero tampoco quería quedarse en esa mansión de la

que había oído historias muy extrañas, se iría al día siguiente, cuando nadie notara su presencia y...

Notó que el doctor la miraba con fijeza, de pronto lo vio sacar un frasco de vidrio oscuro.

—Beba esto, por favor, la ayudará a descansar—dijo mientras le servía el líquido color miel en una copa.

No quería tomar esa cosa, no sabía qué era pero ya era tarde. Allí estaba. Bueno, si la ayudaba a descansar no podía hacerle mal...

Despertó inquieta, había soñado con el mar pero no era un sueño placentero sino una pesadilla. Una pesadilla en la cual podía sentir como las olas la mecían y arrastraban hacia lo hondo, a las rocas y caía, no podía evitar caer... entonces todo fue oscuridad. Era el fin y lo sabía, ya no podría escapar a su destino.

Gritó asustada y entonces vio a una joven mirándola con curiosidad.

—Ha despertado—anunció y luego la interrogó.

—Señorita, ¿qué pasó, por qué gritaba? ¿Tuvo una pesadilla? Phoebe no pronunció palabra, estaba aterrada y escuchó a la distancia el murmullo del mar.

En un ademán saltó de la cama mirando a su alrededor con extrañeza. Los sucesos del día anterior se agolparon en su cabeza y se esforzó por llegar

hasta la ventana. Esa no era su habitación, no era su casa... Era la mansión del acantilado.

Y nada más correr las cortinas vio el mar de una tonalidad gris rodeado de nubes plomizas y se estremeció. La vista era magnífica pero estaba nerviosa, ese sueño la había dejado inquieta. Sintió que las piernas se le aflojaban y quiso correr, no debía estar allí, ese lugar estaba maldito, su doncella Meg se lo había dicho. Moraban fantasmas, criaturas malignas y en las noches de luna llena horribles espectros salían de la mansión rumbo a la costa.

—Debo salir de esta casa ahora, debo regresar—dijo entonces.

La joven criada la miró con cara de espanto al tiempo que entraba ese doctor barbudo de expresión impasible.

—Buenos días señorita, ¿cómo está usted? ¿Ha descansado bien?

—Sí... pero no recuerdo nada. Esta casa es...

—ES la mansión del caballero de Ulshter, Patrick. Ayer la traje porque estaba usted en el acantilado, ¿lo recuerda?

La doncella la miró con cara de espanto, tal vez pensara que estaba mal de la cabeza por querer arrojarse al mar.

—Sí, lo recuerdo—murmuró la joven.

—¿Y sabe por qué estaba allí?

—No, no lo sé señor...

—Disculpe, olvidé presentarme soy el doctor Joshua Ryan—
respondió el doctor.

Ella lo miró con desconfianza, no quería hablar con él deseaba que se fuera de su habitación y dejara de hacerle preguntas.

—Entonces no recuerda nada... Afortunadamente no sufrió ningún accidente, el señor Ulshter la encontró a tiempo y estará aquí hasta que recupere la memoria o... Imagino que su familia debe estar buscándola. Ahora descanse señorita, debe descansar, luego recordará... Pero no tema, aquí estará a salvo.

A salvo, esa palabra le pareció casi mágica. Había buscado estar a salvo durante mucho tiempo y por eso terminó en el acantilado y ahora...

—Venga, regrese a la cama. Debe hacer reposo unos días.

La joven asintió con expresión ausente mientras regresaba a la cama. Estaba a salvo, a salvo pero ¿por cuánto tiempo?

—Descanse—insistió el médico—Se ve exhausta, temo que no ha estado alimentándose bien ni tampoco... la han tratado bien, ¿no es así?

Los ojos de la joven se agrandaron de repente al ver que el médico miraba las marcas en sus muñecas pero él no dijo palabra, aunque debió notarlas y cuando al fin se marchó suspiró. Ese hombre no dejaba de interrogarla y ella sabía que algún día debía decir la verdad.

Una criada fue poco después con un desayuno abundante y apetitoso,

pero Phoebe no mostró entusiasmo alguno y sólo comió porque le insistieron para que lo hiciera. Tomó un trozo de queso fresco y bebió la leche tibia mientras miraba a su alrededor asustada.

—No tenga miedo, cuidaremos de usted. Si nos dice su nombre podemos avisarle a su familia—dijo la criada—Cuando lo recuerde, por supuesto.

La joven no dijo palabra, parecía ensimismada en sus pensamientos y luego de que la criada latosa se fuera decidió salir a investigar. No quería pasarse en la cama todo el santo día.

Notó que era una habitación preciosa con muebles lujosos y alfombras persas cubriendo el piso de madera, no era tan fría como su habitación ni tampoco se parecía en nada en realidad. Se acercó curiosa a la ventana para ver el mar, lo había estado escuchando en sueños y sabía que debía estar cerca. Corrió el cortinado y suspiró. El mar estaba gris pero embravecido, podía ver las olas rompiendo en la orilla, golpeando las rocas con su espuma blanca. Ese día de niebla y llovizna se veía tan triste, pero pensó que sería mucho más bonito verlo cuando estuviera azul, iluminado por el sol. Qué lugar tan hermoso y privilegiado, tenía una vista increíble, le habría gustado despertar todas las mañanas sólo para ver el mar...

Quiso abrir la ventana pero estaba muy alta y cuando buscó una silla para treparse escuchó una voz gritar horrorizada.

—¡Señorita bájese de allí! Deje eso, no puede abrirla.

De nuevo la doncella entrometida que la miraba con cara de pánico, haciendo ademanes enérgicos de que se apartara de la ventana y al ver que no le hacía caso se le acercó. ¿Qué diablos le ocurría a esa sirvienta? Sólo quería ver el mar sin ese vidrio, sentir la brisa marina en su rostro. ¿Era eso tan malo?

—Apártese de allí, es peligroso. Podría caerse y las ventanas no deben abrirse. Hay mucho viento en esta parte de la casa por el mar—explicó.

Phoebe se apartó lentamente, molesta de que no la dejara abrir la ventana.

—Sólo quería ver el mar—murmuró.

La criada la miraba con cara de horror.

—Es peligroso, podría caerse, no vuelva a hacerlo. El señor Ulshter se disgustará.

Y mientras la doncella decía eso escuchó una voz grave y profunda a su espalda y la joven se volvió asustada al ver al señor Ulshter en persona.

—¿Qué pasó aquí, Meg? ¿Por qué le hablas así a nuestra invitada?— quiso saber.

Phoebe notó que era un hombre alto y fuerte, de facciones nobles, parecía un hombre bueno y sin embargo ese día estaba enojado, y sus ojos azules brillaban de rabia.

—Señorita desconocida, por favor, baje de la silla—le ordenó avanzando hacia ella.

Phoebe obedeció en el acto sin entender nada.

—Sólo quería ver el mar, señor Ulshter—dijo luego.

Sus palabras lo sorprendieron.

—Sabe mi nombre pero no recuerda el suyo.

Ella se sonrojó y lo miró sin decir palabra.

—Todos saben de la mansión del acantilado, señor.

Él se acercó y su expresión cambió.

—¿Vive usted cerca de aquí? Nunca la había visto ni en la playa ni en el pueblo—preguntó él mirándola con curiosidad y entonces vio la medalla y la tomó entre sus manos sin que pudiera evitarlo.

—Os llamáis Phoebe... pero sólo dice Phoebe y el dibujo del ángel de la guarda.

La joven se estremeció al oír sus palabras. La había descubierto, era inútil seguir fingiendo, además él tenía algo que la intimidaba y la obligaba a decir la verdad. Además ¿qué sentido tenía seguir ocultándolo? Tarde o temprano la buscarían y él lo sabría.

—Mi madre me lo dio señor Ulshter, para que me protegiera—dijo bajando la mirada.

—Vaya, entonces ha recordado algo. ¿Recuerda a sus padres? ¿Sus

nombres o dónde viven, señorita Phoebe?

—Mis padres murieron, señor y vivo en Warren hills con mi hermano pero no le diga que estoy aquí, por favor—sus ojos lo miraron implorante

—¿Vive en Warren hills?—repitió el caballero sin ocultar su sorpresa.

—Sí, mi nombre es Phoebe O’Connell Mcneil, mis padres murieron y mi hermano no me permite salir de la casa, y ahora que he huido me dará una paliza y volverá a encerrarme. Llevo años así, recluida, sólo puedo salir cuando él viaja a la ciudad y mi doncella me ayuda para que pueda salir al jardín.

Él la escuchó en silencio y vio las marcas en sus brazos y su delgadez acentuada y supo que no mentía. Conocía a esa familia, no demasiado bien pero sí había oído de ellos en el pueblo de Kent.

—Conozco a Eric O’Connell Macneil, y él no tiene ninguna hermana. Es hijo único—dijo con cautela.

—Eso no es verdad, soy su hermana puedo probarlo. Preguntad a mis vecinos los Richardson, a mi tía Amelia MacNeil, ella os dirá que no os he mentado—replicó la joven sonrojándose furiosa al notar que no le creía. Y entre lágrimas le dijo que hacía años que no salía de su casa, que de niña sus padres le encerraban en su habitación para que el diablo no fuera a llevársela. Y luego su hermano también la había encerrado por su propio bien.

—Una dama extraña le dijo a mi madre que el diablo vendría por mí cuando cumpliera quince años y por eso ella me escondió y sólo mis parientes sabían de mi existencia.

La historia era algo descabellada y muy rara pero la jovencita se esforzó en mejorar la narración y los detalles. Su hermano no era bueno con ella, la dejaba encerrada porque se avergonzaba o porque era muy malo. A veces le pegaba. Le enseñó las marcas en sus brazos para convencer al caballero de Ulshter.

—Está bien señorita, le creo—dijo él no muy convencido de la historia—Ahora le ruego que no intente lanzarse por la ventana y beba el tónico que le dio el doctor Ryan. Necesita descansar y tranquilizarse. No se preocupe, no diré nada de esto.

Phoebe se tranquilizó al oír eso último.

—No le diga que estoy aquí por favor, quisiera que... tengo una tía en Clare, se llama Amelia MacNeil y si usted le avisa que estoy aquí podría vivir con ella.

—Bueno, deme unos días para que la busque, no será sencillo me temo. Este tiempo de neblina no es muy bueno para realizar viajes. Ha estado así toda la mañana casi, recién ahora el cielo comenzó a aclararse.

—Se lo agradezco, señor Ulshter.

El caballero se alejó para hacer algunas preguntas seguramente,

intrigado por la historia que acababa de escuchar. Era algo inverosímil pero en realidad Warren hills era una mansión oscura y sombría, nadie visitaba a esa familia luego de la muerte del matrimonio O'Connell Macneil y varios sirvientes por la epidemia y había tratado muy poco al hermano de Phoebe. Nada más alguna conversación frívola en una reunión en la que coincidieron. Había ciertos rumores de que luego de heredar pasaba mucho tiempo en la ciudad malgastando el dinero en malas compañías, y se preguntó si no planeaba quedarse con toda la fortuna y dejar a su pobre hermana en la miseria. Por eso la mantenía encerrada ¿o lo hacía porque la joven sufría alguna tara hereditaria? Esa historia del diablo le parecía más un invento para justificar el proceder de sus padres, tal vez su madre le dijo eso para convencerla. Para él la joven no sufría ninguna rareza, aunque hacía muy poco que la conocía y en realidad había estado a punto de arrojarse por el acantilado y de no haber pasado por el lugar de forma casual... se estremeció al pensarlo. Rayos, tenía miedo, toda esa historia no le gustaba.

La joven estaba muy nerviosa y necesitaba cuidados, pero si sufría alguna especie de tara hereditaria no había mucho que pudiera hacer. Tal vez su hermano estuviera preocupado buscándola y... en bonito lío se había metido.

Llamó al doctor Ryan, necesitaba oír su opinión al respecto.

Este se encontraba atendiendo a su madre por ese dolor de los huesos

que siempre sufría cuando comenzaba el invierno y demoró un poco en reunirse con él en su sala privada. Había postergado otros menesteres para tratar de resolver ese misterio. Ahora al menos sabía su nombre, eso era un adelanto.

El doctor llegó minutos después con su maletín.

—Benjamin, pasa... tengo noticias. La joven recuperó la memoria. Tenía una medalla en el cuello con su nombre, ayer no logré verlo aunque en realidad estaba muy asustado por todo lo que pasó.

—¿De veras? Bueno, eso una buena noticia. Sabe dónde vive y...

—Sí, lo sabe, pero me ha pedido que no avise a su hermano. Es una historia algo extraña, no la creerías.

Cuando el doctor conoció los detalles frunció el ceño.

—¿Y tú crees que mentía?

—En realidad no estoy seguro pero creo que decía la verdad. Se veía muy asustada y una criada la encontró trepada a un banco, cerca de la ventana y temo que... temo que intente saltar. ¿Temes que ella pueda hacerlo de nuevo?

—Bueno, en realidad le di un tónico para los nervios, parecía algo confundida y lo que me dices puede tener sentido.

—¿Tú lo crees?

El joven doctor asintió.

—Parecía estar huyendo de algo muy malo, y si su hermano la castiga y la deja encerrada... tiene sentido. Creo que deberías mantenerla vigilada por si acaso intenta una locura. Es mucha responsabilidad para ti Ulshter, lo es. Y no tienes la certeza de que su historia sea cierta, deberías hacer preguntas pero no digas nada que está aquí, no lo hagas. Puede que realmente la joven no desee regresar con su familia.

—Sí, eso pensaba hacer, haré algunas preguntas en el condado. Averiguaré si su historia es cierta. Y mientras deberé cuidar que no haga ninguna locura.

El caballero pensó que no tardarían en llegar a la mansión preguntando por esa jovencita. ¿Sería realmente la hermana de Eric? Pero él jamás la nombró y en el pueblo todos lo tenían por el heredero y único hijo del matrimonio O'Connell Macneil. ¡Qué extraño! Bueno, en ocasiones los parientes locos eran encerrados en algún rincón de la casa para que nadie supiera de su existencia. Era una decisión cruel pero no sería la primera vez, había oído una historia similar... Para ocultar la vergüenza mantenían a esos parientes enfermos: hijos, tíos, o abuelos, en algún rincón de la casa cuidado por sirvientes y sin mantener contacto con el resto de la familia. Y eso pudo ser verdad en el caso de la joven pues tenía una forma rara de hablar como si fuera una joven con algún retraso o se tratara de una chica tímida acostumbrada a tener poco contacto con las personas.

Eso pensaba Patrick mientras se dedicaba a sus tareas diarias. Tenía una cita con los arrendatarios esa mañana, luego debía revisar el libro de cuentas de su administrador...

Luego buscaría información en el condado sobre la joven.

No esperaba que su madre lo interrogara durante el almuerzo.

—Patrick, querido... me ha dicho la señora Jennys que ayer rescataste a una joven en la playa y luego la trajiste aquí y será nuestra huésped. ¿Es eso verdad?

Su madre estaba inquieta, no le agradaba que hubiera señoritas desconocidas en Ulshter, su anhelo era ver a su hijo felizmente casado con su prima Eleanor, excepto que él no pensaba lo mismo y no tenía prisa por casarse ni con Eleanor ni con ninguna señorita. Y pensar que hubiera una jovencita fugitiva en Ulshter, pues podría ser un verdadero incordio.

Su hijo la miró como si rescatar a jovencitas del acantilado y llevarlas a la mansión fuera lo más normal del mundo.

—Sí, es verdad. Estaba en la playa y la traje aquí pero está muy débil madre, debe descansar. Además ha perdido la memoria. No recuerda quién es.

Su hermana Margaret se acercó interesada.

—Oh, déjame verla, tal vez pueda reconocerla.

—No lo creo, nunca antes la había visto—le respondió su hermano

tajante—además, está descansando. El doctor Ryan dijo que necesita recuperarse, su estado es penoso.

Eso último escandalizó a la damisela de castaña caballera y ojos muy vivaces.

—Pobrecita ¿y qué hacía en la playa con esa tormenta?

—No lo sé, Meg, bueno supongo que alguien estará buscándola. Pero no la perturbéis ahora, dejad que descanse, ¿sí? Lo necesita. Podría enfermar.

—Oh Patrick—intervino su madre con cara de espanto—¿entonces piensas permitir que se quede aquí?

—Sí madre, hasta que se recupere.

La dama no tuvo nada qué decir, era lo justo y además, ¿qué otra cosa podían hacer dadas las circunstancias?

Su hermana en cambio tuvo que controlar su curiosidad y esperar para poder ver a la nueva “huésped”.

Había callado de forma deliberada la verdad a su madre pero dio órdenes precisas a sus criados para que cuidaran a la jovencita O'Connell y no la dejaran sola y lo mantuvieran informado al respecto.

Poco después se reunió con el mayordomo para que hiciera preguntas con cierta discreción.

—Averigua si alguien pregunta por la joven pero no digan que está aquí todavía, la joven está muy débil y enferma.

El mayordomo puso cara de tragedia.

—Oh, pobre niña. Por supuesto que no diré nada señor Ulshter, haré preguntas pero seré muy discreto.

—Y no la perdáis de vista Osmond, hablad con la servidumbre. No debe quedarse sola.

—Así se hará milord. Descuide.

Pero nadie fue a Ulshter a preguntar por una joven perdida y el mayordomo se reportó con el caballero días después para confirmarle que nadie había mencionado en el pueblo que estuvieran buscando a una joven de la edad de la señorita Phoebe.

El caballero asintió algo intrigado. Era muy extraño. Acababa de averiguar que Eric O'Connell Macneil tampoco tenía hermanos y que en esos momentos se encontraba de viaje en Dublín. Pasaba algún tiempo en la ciudad y luego regresaba.

El caballero se alejó y fue a dar una recorrida por los campos de su propiedad. Era todo tan extraño. Si no era la hermana de Eric, ¿quién era Phoebe? ¿Y por qué se negaba a decirle su verdadero nombre?

Cabalgó cerca de una hora cuando de repente vio el caballo de su amigo el doctor Ryan acercándose y se preocupó. La jovencita estaba haciendo progresos, ya no parecía tan asustada como el primer día, sin

embargo no hablaba mucho. Pasaba gran parte del día mirando el mar por la ventana de su habitación y en ocasiones hablaba con su doncella pero no demasiado. Luego se dormía y lo bueno era que no parecía sufrir ninguna tara. Era una joven tranquila y sana. Sabía escribir y leer y poseía cierta educación. Pero no insistía en salir, parecía estar muy satisfecha con quedarse en su habitación como si le diera miedo o no deseara irse de la casa todavía.

El joven lord detuvo su caballo para saber qué novedades había de su huésped.

—Quería decirte Patrick, la joven sufre pesadillas. Parece asustada, hoy tuvo una pequeña crisis y le receté un sedante. Lo necesita... parece tener miedo de alguien, o de algo...

El caballero se puso serio.

—¿Ocurrió algo hoy?

—No que yo sepa, su doncella dijo que despertó agitada en la mañana, que decía palabras que no tenían mucho sentido y luego al despertar lloró de la angustia.

—¿Y no dijo qué había soñado?

—No quiso hablar de eso, pero cuando la vi noté el cambio. Algo la había alterado mucho, quizá la pesadilla que tuvo o algo más que no quiere decir. Esas marcas que tiene en sus brazos, creo que hay algo de cierto en lo que te contó. Parece ser golpes, marcas en ambos brazos y en las muñecas...

quizá debería llevarla a Dublín para que la vea un especialista en enfermedades nerviosas.

—Pero ella no está enferma Ryan, sólo asustada. Hay una diferencia, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Pero no estoy muy seguro si es sólo miedo o algo más. Creo que está escapando de algo, o de alguien que la lastimaba. Puede tener un esposo celoso y violento y si la encuentra aquí te meterás en un gran lío.

—Pero no tiene anillo de casada.

—Bueno, a veces no se casan en esta aldea, amigo, tú lo sabes. Y como la historia que te contó tampoco parece ser cierta no sé qué pensar. Pero necesita un especialista, alguien que pueda darle medicación adecuada y... yo sólo soy un médico de familia, no sé mucho de los trastornos nerviosos.

—Bueno, supongo que en algún momento nos dirá la verdad, la verdad siempre sale a la luz, es lo que decía mi padre.

—Muy cierto... pero no me la dirá a mí, no parece tener confianza suficiente o tal vez no le agrado. Me pregunto si Margaret podría....

—¿Mi hermana?

—Creo que Margaret podría intentar hablar con ella, hacer amistad, tienen casi la misma edad.

El joven lord pensó que podría ser.

—Mientras tanto hemos de permanecer atentos a su conducta, a los cambios y por supuesto, nunca debe estar sola por ahora y las ventanas deben estar bien cerradas.

Las palabras del doctor asustaron a Patrick.

—¿Y crees que puede intentarlo de nuevo?

—Eso me temo. Todavía está muy asustada y nerviosa, y teme que ese demonio que la acosa en sueños venga a buscarla. Deberías hablar con ella y decirle que aquí está a salvo para que no esté tan asustada, puede ayudar que lo hagas.

—Sí, lo haré...

—Y será mejor que se quede aquí unos días, hasta que se tranquilice y tengamos la certeza de lo que pasó. No tengo dudas de que la joven intentaba suicidarse y sólo puedo intentar imaginar que muy desesperada debió sentirse para hacer eso, a menos que sufra una enfermedad mental pero tengo dudas al respecto.

—Esa joven no está loca, Ryan, sólo parece asustada. Aterrada. Huye de algo y sospecho que su historia es cierta, que era su hermano quien la tenía encerrada y la golpeaba, tal vez hasta intentó librarse de ella para poder quedarse con su herencia. He oído que pasa largas temporadas en Dublín malgastando el dinero que le dejaron sus padres.

—Bueno, supongo que es una posibilidad. Pero no sé qué puedes hacer tú al respecto viejo amigo, no es tu parienta, no es tu amiga y si su hermano viene a buscarla y decide llevársela no podrás impedirselo.

Esas palabras disgustaron al caballero.

—¿Y por qué dices eso? ¿Crees que puedo permitir que ese gusano venga aquí y se lleve a la jovencita por la fuerza?

—No, por supuesto... pero si es su hermana tiene potestad de hacerlo y te denunciará por retenerla aquí—hizo un gesto de exasperación mientras su caballo movía la cabeza de un lado a otro—Lo que quiero decirte es que debes tener cautela y no meterte en líos por culpa de una desconocida. Tal vez no puedas ayudarla, ¿lo has pensado?

—Pues no, no lo he pensado. Esa joven iba a lanzarse al mar desde los acantilados y yo le salvé la vida. No sé qué ocurrió ese día, por qué me acerqué a la costa, supongo que intuí algo o fue Dios que me pidió que fuera a rescatarla, pero estuve allí y pude impedirlo. Y si lo que dijo es verdad y sospecho que sí lo es, pues buscaré la forma de que no regrese con su hermano sino con otro familiar que pueda cuidarla sin hacerle daño. Dijo que tiene una tía en Dublín, no he tenido tiempo de buscarla por supuesto pero si esa dama puede cuidarla...

—Bueno, aquí estoy para ayudarte en lo que me pidas, en una semana partiré a Dublín, lo sabes, puedo hacer preguntas allí sobre la familia y esa

dama en cuestión, parienta de Phoebe. Pero si se trata de una enfermedad nerviosa creo que...

—No es una enfermedad nerviosa, la pobre vivió un infierno y está asustada. ¿Qué harías tú si hubieras vivido encerrado desde niño en una habitación? Es un milagro que no se haya vuelto loca.

—Bueno, supongo que tienes razón—el joven doctor comprendió que era inútil insistir en ese punto, su amigo parecía empeñado en defender a la bella desconocida. Él era bastante más desconfiado, sabía que en ocasiones hasta los hombres más honorables del condado mentían y esa joven podía no ser la excepción. ¿Y si lo había inventado todo porque se había peleado con su hermano y no quería regresar a casa? Era una jovencita díscola y extraña, muy callada y reservada pero inteligente. No había ninguna tara hereditaria ni retraso en apariencia, pero sí sufría cambios de humor, a veces estaba alegre y animada y otras regresaba a su habitación y se dormía. Lentamente comenzaba a adaptarse a la vida de la mansión Ulshter y sus habitantes la habían aceptado sin problemas pero no era un miembro más de la familia, sólo una invitada, una joven que no había sido invitada y estaba allí esperando que alguien fuera a buscarla. Sólo que Phoebe O'Connell Macneil no quería ser encontrada... y debía saber que no podía quedarse en Ulshter para siempre y entonces, ¿qué le quedaba? ¿Regresar al acantilado y poner fin a todo? Bueno, ellos intentaban que no hiciera eso pero un día podía

escapar y desaparecer y su amigo parecía algo involucrado con la jovencita de hermosos bucles castaños y carita de porcelana. Era una joven dulce y muy bella cuando sonreía, pero él sabía que había algo secreto y oscuro en su mirada, algo que le provocaba pesadillas y mucho dolor. Y por supuesto que no era una joven apropiada para su amigo Patrick...

Pero este había emprendido el camino de regreso y tuvo que espolpear su caballo para seguirle. Al parecer su amigo tenía urgencia en regresar a la mansión. Una semana allí y parecía haberle cautivado ¿pero qué ocurriría cuando la jovencita dejara Ulshter y todo volviera a la normalidad?

Ambos emprendieron el regreso a la mansión al galope. Daba la sensación que el joven lord tenía prisa por llegar y aventajó a su amigo en varias yardas de distancia sin detenerse como si tuviera prisa por ver a su invitada. La veía casi a diario y se había alegrado de sus progresos pero ahora estaba inquieto por las palabras de su amigo y luego de dejar el sombrero y su rebenque en el comedor fue hasta la habitación de Phoebe y tocó con suavidad. No esperaba que ella respondiera por supuesto, pues debía estar durmiendo, sólo quería saber por su doncella cómo estaba la joven, nada más. Lizzy abrió la puerta y se sorprendió al ver al joven amo de la mansión.

—Buenos días señor Ulshter—dijo.

—Buenos días Lizzy. Quería saber cómo está la señorita O'Connell.

La jovencita parpadeó inquieta.

—Está mejor... sólo tuvo un mal sueño y el doctor Ryan dijo que debía descansar.

—¿Y dijo algo de ese sueño?

—No gran cosa... mencionó un nombre. Eric. Y luego ... al despertar estaba muy asustada y pensó que él estaba en esta habitación.

—¿Y te dijo por qué le temía?

—No... pero estaba aterrada señor. Muy asustada, y luego... ahora que pregunta dijo que temía que él la encontrara aquí. Eso fue lo que dijo. Pero no hablaba conmigo, hablaba para sí y cuando le pregunté por qué decía eso no me respondió.

—Entiendo. Pero dice algo más avísame.

—Lo haré señor Ulshter.

El caballero no pudo evitar mirar hacia la habitación y sin poder contenerse entró sólo para verla dormida. No siempre podía verla, solía dormir gran parte del día y no solía almorzar ni cenar con la familia, seguramente porque su madre la intimidaba un poco. No dejaba de mirarla con expresión torva molesta con su presencia en la mansión. Realmente no podía entender la razón de su animosidad pero Phoebe debió notarlo y prefería almorzar y cenar siempre en su habitación. Pero allí estaba, con el cabello castaño ensortijado sujeto con cintas blancas cubierta con una manta de piel y una expresión tan dulce en su rostro, tan buena... sus ojos la

miraron con embeleso y pensó que era una joven inocente que necesitaba su ayuda y no permitiría que nadie le hiciera daño.

—Lizzy—dijo en voz alta—cuida bien a la señorita Phoebe. Nadie debe venir a molestarla a su habitación, ¿comprendes? Necesita descanso y paz—dijo el caballero y pensó en su madre y en Eric O’Connell.

La doncella dijo que así lo haría y el caballero abandonó la habitación contra su pesar pues habría deseado quedarse un poco más. No quería asustarla ni perturbarla con su presencia, a fin de cuentas sólo quería verla y saber que estaba bien, nada más...

Una semana después Phoebe estaba más recuperada y con mejores colores. Las marcas de sus brazos casi habían desaparecido y las pesadillas también. Dormía mucho pero ya no despertaba gritando que el demonio había ido a buscarla.

Y cuando la señorita Margaret Ulshter fue a buscarla para dar un paseo matinal se unió a ella muy contenta. Margaret era una joven buena y encantadora, al comienzo le había regalado vestidos y siempre iba a visitarla a su habitación y la perspectiva de dar un paseo la animó bastante.

Pero cuando llegaban a los jardines vio a madame Helen Ulshter y su expresión cambió.

—Buenos días mis niñas—saludó la dama mirando con una sonrisa a

su hija y luego cambiando drásticamente al ver a su “invitada”. Pero fingió por supuesto.

—Hola querida, ¿cómo has estado? Vaya, tienes mejores colores hoy.

Phoebe se alejó despacio y miró a Margaret asustada. Esa dama le daba mala espina, no podía explicarlo, nunca le había dicho nada pero su mirada era lo que la asustaba. Era una mujer mala y podía sentirlo, no entendía cómo sus hijos en cambio eran tan buenos...

Phoebe se escabulló y fue Meg quien le dijo a su madre que irían a dar un paseo matinal por los jardines y tenían prisa. La dama dijo “oh sí, por supuesto” y las dejó pasar.

Margaret había notado la rara reacción de Phoebe al ver a su madre pero no dijo nada, creyó que lo hacía porque era muy tímida pues también parecía esconderse de su hermano y del doctor Ryan y cuando había invitados a almorzar la joven se encerraba en su habitación. Al parecer no estaba muy acostumbrada a sociabilizar o era muy tímida, pero Meg no creía que sufriera una tara como había dicho su madre el otro día. Y no entendía por qué su hermano parecía vigilarla tanto como si estuviera loca o algo así. A ella le parecía una joven muy buena y agradable.

—Ven... quiero mostrarte el invernadero, aquí tenemos las plantas más bonitas y raras del condado—dijo.

Phoebe la siguió mientras a la distancia su madre las observaba con

gesto ceñudo. No entendía por qué su madre recelaba tanto de esa joven sin darle una oportunidad. ¿Serían celos de que su hermano se enamorara de ella? Bueno, su hermano parecía pendiente de sus progresos pero no estaba seguro de que eso significara algo...

No muy lejos de donde estaban las jóvenes apareció Patrick sigiloso, había seguido sus pasos minutos antes al enterarse que darían un paseo matinal pero no estaba allí vigilando a su huésped, no exactamente... la había visto a la distancia y simplemente se acercó para verla sonreír y charlar con su hermana. Sólo eso, verla un momento para luego regresar con sus tareas.

Llevaba tres semanas en la mansión y seguía sin saber dónde estaban sus familiares, pero sabía que el joven Eric no tenía hermanos, era hijo único y nadie había echado de menos a una joven en Clare. Eso era lo raro. No sabía qué pensar.

—Patrick, hijo... justo quería hablar contigo.

Su madre apareció como un fantasma, sigilosa llegó hasta él sin darle tiempo a escapar ni a moverse.

Su mirada cambió por completo.

—Madre, estabas aquí—dijo acusador.

La dama de gruesa estampa y cara redonda avanzó muy confiada. Era toda una matrona y parecía molesta, ansiosa de decirle algo.

—Bueno, en realidad sólo quería saber si tienes alguna novedad de la

familia de esa joven. No puede quedarse aquí más tiempo o comenzarán los rumores—dijo sin reparos.

—Rumores, ¿pero qué rumores, madre?—dijo su hijo sorprendido.

—Bueno... es que no es parienta nuestra ni tampoco conocemos a su familia. Y nadie parece echarla de menos... esto es muy extraño, tengo la sensación de que a lo mejor mintió y su nombre no es Phoebe O'Connell.

—Madre, ya hemos tenido esta conversación y sabes bien lo que pienso al respecto.

Su madre retrocedió sonrojándose. Su cara redonda enrojeció como un tomate mientras sus ojos parecían echar chispas, pero no estaba tan furiosa, sólo incómoda y molesta.

—Bueno, no creo que sea prudente, eso es todo. Imagino que su familia debe estar buscándola pero... me ha dicho la señora Philips que pudo haber escapado de Dublín.

—No, Phoebe no tiene acento de Dublín.

—Sí, es verdad... sólo me pregunto qué acento crees que tiene porque tampoco tiene el acento de aquí. Habla de forma extraña como si...

—¿Como si qué?

La dama no se animaba a decirlo pero se vio forzada a hacerlo, estaba preocupada por el súbito interés de su hijo en esa jovencita. Ella no era tonta, con esa carita de ángel podría enamorar a su hijo y a cualquier joven menos

sensato que estuviera a su alcance, era sólo cuestión de tiempo.

—Bueno... no es muy amable decir esto pero noto que es una joven que no parece del todo normal, tiene un año más que tu hermana sí pero parece menor. Por momentos parece una niña ¿sabes? Como si tuviera... Dios no quiero decirlo pero sospecho que ha de sufrir algún retraso.

Listo, ya estaba hecho. Tenía que decirlo. Excepto que no esperó que su hijo replicara con mucha calma: —Madre, Phoebe no tiene ningún retraso. Es una joven sana pero ha pasado mucho tiempo de su vida confinada.

—¿De veras? Bueno, ¿y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que la historia que contó es cierta? Puede ser mentira.

La mirada de su hijo la hizo callar.

—Phoebe no miente, madre. No comprendo por qué os mostráis tan hostil con ella, ¿acaso os hizo algo?

La dama no respondió, pero sus ojos brillaban coléricos. Estaba muy molesta con esa joven y su permanencia en la mansión era un riesgo, pues al parecer su hijo no tenía apuro alguno en que encontrara a sus padres... ¿Y si era una loca de manicomio escapada de Dublín que había llegado a Clare quién sabe para qué?

—Es peligroso, Patrick. Eso es lo que digo, es peligroso que demos cobijo a una joven de la cual nada sabemos, que además sufrió una crisis nerviosa y no actúa como una joven normal. Temo que un día pierda la

cabeza y lastime a alguien.

—Madre, por favor, no puede pensar así. Phoebe sería incapaz de hacerle daño a nadie.

—Y cómo es que puedes estar seguro de eso, Patrick? ¿Es que no lo ves? Esa joven te ha embrujado, no deja que pienses con claridad ni que actúes con sensatez. No sabes nada de ella, ni siquiera su verdadero nombre. Deberías vigilarla mejor en vez de permitir que haga amistad con Margaret. Realmente no me agrada todo este asunto, es una desconocida, una joven que puede ser peligrosa y tú... temo que te dejas llevar por las apariencias en vez de investigar un poco más sobre ella.

Luego de desahogarse, lady Helen tuvo que enfrentar la mirada fría de su hijo, quien no dijo palabra pero la dejó hablando sola. Era el amo de la mansión y ya no era un chicuelo para tener que soportar esos sermones, sabía cuánto le molestaba que se entrometiera en sus asuntos y al parecer esa joven era un asunto privado... Helen se preguntó si esa jovencita sería tan inocente como parecía, si no habría llegado más lejos poniendo algún hechizo sobre su hijo... Bueno, su hijo era hombre y los hombres, especialmente los jóvenes sucumbían a una joven bonita. Pero ella no permitiría que la cosa llegara más lejos.

Días después regresó el doctor Ryan a la mansión Ulshter, su viaje a

Dublín se había prolongado un poco más y su amigo Patrick lo esperaba con cierta ansiedad, aguardando impaciente noticias de la tía de Phoebe.

Pero hablaron en privado, lejos de las visitas de ese día y de lady Helen por supuesto, no quería que su madre supiera más del asunto. No más de lo necesario.

Y luego de que le habló de su viaje mencionó a la tía de Phoebe.

—Encontré a una dama llamada Amelia O'Connell pero al parecer rompió relaciones con su hermano hace años y sin embargo aseguró que sólo tuvo un hijo porque su esposa era casi estéril.

—¿Eso os dijo?

—Sí y parecía muy segura. No hubo niños porque al parecer Elizabeth Macneil, no podía tener hijos, tuvo a su único hijo luego de veinte años de matrimonio, a los treinta y cinco, demasiado mayor para engendrar. Al parecer la dama siempre le encendía velas a la virgen y dicen que el nacimiento de ese niño fue casi un milagro. Así que dudaba mucho que tuviera otra hija, al menos jamás oyó hablar de ello.

El caballero pareció disgustado con esa información, más de pronto se preguntó si ese distanciamiento de la tía Amelia con la familia... no tendría que ver con que no supiera del nacimiento de Phoebe.

—Tal vez esa pelea familiar hizo que...

—Bueno, es muy extraño amigo, porque si Phoebe la nombró y te

pidió que la buscaras es porque conoce a tía Amelia o debió oír hablar de ella pero la dama no, la dama reniega su existencia.

Sí que era extraño, el caballero de Ulshter se sintió desconcertado.

—Tal vez deberías ir a Warren hills y salir de dudas, preguntar si realmente la joven vivió allí porque si es una impostora amigo, si está mintiendo podría causarte problemas.

—¿Una impostora dices? ¿Pero por qué mentiría?

—Para que la dejes quedarse aquí porque sospecho que sí huye de alguien, de un esposo malvado, de un padre o tal vez de su hermano, y no os dijo la verdad porque no quiere que la encuentren aquí, no es tonta. Si decía la verdad ocurriría lo contrario.

—¿Y por qué me pediría que buscara a su tía en Dublín?

—Patrick, habla con ella con calma, es una joven muy especial, y si ha mentido lo hizo obligada por las circunstancias, dudo mucho que busque algo más que permanecer aquí escondida un tiempo. Y si aún tienes dudas ve a la mansión a preguntar a los sirvientes de la familia O'Connell para que te digan si realmente conocen a la señorita Phoebe.

—Es que si lo hago y es verdad, si esa joven corre algún peligro y le pasa algo...

—Bueno, es tiempo de salir de dudas, no puede quedarse aquí para siempre a menos que quieras casarte con ella.

Patrick se puso muy serio cuando escuchó eso, su amigo tenía razón, no podía quedarse para siempre en la mansión, tal vez sus padres estaban buscándola y ella sufría alguna enfermedad hereditaria que la obligaba a escapar...

—¿Y las marcas que tiene en sus brazos?

—Bueno, tal vez fue una zurra por escaparse, en ciertos lugares es común darle una azotaina a las niñas rebeldes. O alguien la ató para que no escapara de nuevo.

—Pues esa no es forma de tratar a una damita, amigo.

—No, no lo es, estoy de acuerdo contigo pero si deseas ayudar a la jovencita te debe al menos una explicación. Si no te dice la verdad no podrás evitar que un buen día venga su marido loco o sus padres a buscarla. Ahora quisiera examinarla para ver cómo sigue, ¿me dejas hacerlo?

El joven lord asintió con un gesto, también deseaba saber cómo la encontraba su amigo, pues hacía casi una semana que no la veía.

—Está en los jardines, dando un paseo matinal con mi hermana.

—¿De veras? Vaya, eso es una buena noticia, casi no quería salir de su habitación.

Patrick sonrió.

—Es que ella creía que esta casa estaba embrujada porque su nana le contó algo de Ulshter, la mansión encantada del acantilado y tenía mucho

miedo de salir al comienzo. Eso me contó Margaret.

—¿En serio? Bueno, al parecer se han hecho muy buenas amigas.

—Sí, Meg está encantada con tener a una amiga de su edad aquí pero Phoebe es reservada, no habla de su familia, sólo a veces y no tiene demasiado que contar.

—Como si evitara hablar del pasado.

El doctor Ryan pensó que eso era sospechoso y cuando vio el cambio en la jovencita se quedó muy sorprendido, pero no dijo nada consciente de que su amigo lo observaba esperando algún comentario.

—Buenos días, doctor Ryan—dijo Meg.

Benjamin besó su mano galante, era una joven rubia muy encantadora pero no podía evitar verla como a esa niñita que había atendido hacía algunos años de un resfriado, con la carita roja, tan sudorosa y asustada pensando que tenía algo muy grave.

Phoebe en cambio tenía un encanto especial, era etérea y misteriosa y sus ojos verdes brillaban con intensidad como si fuera tan feliz de estar en Ulshter. Se preguntó si Patrick no tendría algo que ver, era muy pronto por supuesto para pensar que Cupido estuviera allí haciendo travesuras pero... su amigo Patrick estaba muy pendiente de ella y notó que la joven también le miraba con cierto rubor. No era su presencia la que intimidaba a la jovencita, a él le dirigió un saludo formal y bastante frío, sus ojos se desviaron al joven

lord y este le respondió mirándola a su vez sin reservas, con tal intensidad que la joven apartó la mirada ruborizada.

—El doctor desea hablar con usted en privado, señorita Phoebe—dijo luego el caballero.

Ella miró sorprendida a ambos.

—Sí, por supuesto—murmuró y ambos se alejaron para dar un paseo por los jardines. El joven caballero no pudo evitar sentirse celoso al quedar apartado de la conversación y apenas respondió con monosílabos las preguntas de su hermana sobre la reunión que organizarían ese día.

Se sentía bastante desanimado con ese asunto, había puesto sus esperanzas en el viaje de su amigo doctor a Dublín y no esperaba que este le diera tan malas noticias. Habría sido más sencillo si hubiera encontrado a la tía en cuestión y pudiera pedirle que diera asilo a su sobrina, ahora sólo le quedaba ir a la mansión y tratar de investigar ese asunto. Excepto que Phoebe le había pedido que no dijera a su hermano que estaba allí, se lo había suplicado y si iba a Warren hills no se lo perdonaría... entonces...

El caballero regresó a la mansión y al entrar en el gran comedor se acercó a la estufa y estiró las manos que sintió frías de repente. Rayos, ¿por qué le había mentido? Durante esas semanas se había convertido en una jovencita agradable, su hermana Meg le tenía mucho aprecio y él... él estaba embobado con la misteriosa damisela del acantilado.

Pero antes de tomar una decisión hablaría con ella en privado. Necesitaba saber la verdad, hablar con Phoebe.

Solían reunirse en ocasiones en la biblioteca para conversar o aconsejarle un libro, por sus gustos sabía qué podía gustarle y siempre regresaba días después en busca de otro ejemplar sabiendo que le gustaría tanto como el anterior. Sabía leer y escribía con letra muy bonita, era educada y lo raro era que nadie la había visto antes, eso era lo más extraordinario de todo. ¿Cómo pudo vivir encerrada, escondida por dieciocho años? Además no se parecía nada a su hermano, Eric tenía el cabello moreno los ojos muy oscuros, casi negros y su voz, su genio vivo. Todo era tan misterioso, tan raro. ¿Quién era en realidad la joven del acantilado? Su mayordomo le aseguró que ninguna joven vivía en Warren hills, había estado averiguando con los criados y allí nadie echaba de menos a una señorita llamada Phoebe. Así que no podía ser Phoebe O'Connell Macneil, en la mansión nadie la conocía, su tía negaba su existencia...

El joven Ulshter llegó a los jardines y vio a Phoebe que acababa de separarse del doctor Ryan y le hizo un gesto para que se acercara. La jovencita había cambiado, ya no tenía ese aire tan frágil, sus mejillas se veían llenas y rosadas y sonreía feliz. Pensó que su sonrisa radiante le daba tanta paz...

¿Cómo una damita tan encantadora y buena podía ser una mentirosa o

sufrir una tara? Se preguntó luego.

—Señorita O’Connell, disculpe, necesito hablar con usted un momento en privado, por favor.

Ella se acercó con timidez sonrojándose sin dejar de sonreír y él notó esos deliciosos hoyuelos que se le formaban en la comisura de sus labios.

—Sí, por supuesto.

—Acompáñeme, demos un paseo.

No era sencillo lo que tenía que decirle.

—Escuche por favor, no se ofenda pero nadie sabe de su existencia en Clare, señorita. Es como si no existiera Phoebe O’Connell MacNeil, su hermano es hijo único y hay personas que lo atestiguan.

La joven se sobresaltó al oír eso y su rostro pareció perder color.

—¿Entonces ha ido a Warren hills, señor Ulshter, le ha dicho a mi hermano que estoy aquí?—replicó agitada.

—No, no lo hice. Nadie sabe que está aquí, fue lo que me pidió y cumplí mi promesa. Señorita Phoebe, quiero ayudarla y le ruego que me diga la verdad. Su verdadero nombre y las razones por la que escapó de su casa. No la culpo de haberlo ocultado, comprendo que debió ser muy difícil para usted y...

—Pero no le he mentado, es la verdad, llevo esta medalla con mi nombre. Mi nombre es Phoebe O’Connell Macneil pero no se lo diga a

nadie... Deje que vaya a Dublín y busque a mi tía, ella...

—El doctor Ryan viajó a Dublín la semana pasada y acaba de regresar, vio a su tía a la señora Amelia O'Connell.

La joven palideció.

—¿Y habló con tía Amelia, era ella?—preguntó.

—Sí, era una dama de edad avanzada, pero muy lúcida. Y dijo que no tenía una sobrina sino un sobrino llamado Eric.

—Pero eso no es verdad, la dama mintió o no era mi tía, ¿cómo va a decir que no tiene ninguna sobrina?—la joven tartamudeó nerviosa—No... puede ser.

El caballero intentó calmarla diciéndole que tal vez la dama sufría pérdida de la memoria, algo que por otra parte podía ser... pero Phoebe no quedó muy convencida.

—Debe haber un error, señor Ulshter. Le aseguro que no le he mentado, se lo juro por la memoria de mis padres que jamás he mentado y yo... sólo quería viajar a Dublín, pensé que podría ir a casa de mi tía pero si no es así...

—Y yo le creo, pero necesito tiempo para resolver esto. Buscaré la forma de hacerlo. Sé que no ha mentado y sólo lamento tener que darle tan malas noticias. Esperaba que su tía pudiera ayudarme señorita O'Connell.

—Entonces no era ella, tía Amelia solía visitarme en Warren hills, me

llevaba golosinas y siempre... me hacía trenzas—recordó la joven. Había palidecido y se vía muy alterada como si la noticia la hubiera afectado mucho.

Él no la creía una mentirosa ni tampoco pensaba que lo hubiera engañado para tener algún beneficio, pero estaba intrigado, no podía evitarlo.

—Tranquilícese —dijo nuevamente—buscaré la forma de resolver esto, lo haré.

—Pero señor Ulshter, tía Amelia era mi única esperanza y ahora no sé qué haré, no puedo quedarme aquí—le respondió la joven y secó sus lágrimas.

Entonces el caballero supo por qué estaba tan angustiada, la damisela se había confiado en que tía Amelia la ayudaría y todos sus problemas se resolverían. Comprendía que era sólo un huésped en Ulshter y no podía quedarse para siempre. Era una especie de refugio hasta que pasara la tormenta...

—No se inquiete por favor, buscaremos una solución, se lo prometo. Comprendo su angustia señorita. Pero no se preocupe, buscaré la forma de ayudarla. Puede quedarse aquí el tiempo que desee y por favor no piense en irse a Dublín, esa ciudad no es para una joven inocente y sin familia como usted. Creo que puedo encontrar una salida y ayudarla.

—Usted me salvó la vida ese día señor Ulshter, y me ha dado un

hogar estas semanas, no puedo abusar de su generosidad. Debo irme.

—Eso no debe preocuparla ahora, debe recuperarse señorita. Deje que investigue un poco más. Ha de tener otros parientes en Dublín o aquí en Clare que podrían auxiliarla...

Ella lo miró con tristeza.

—No tengo otros familiares, no los recuerdo... mis padres eran muy mayores cuando nacía y tal vez por eso no recibíamos visitas en Warren hills —le respondió— Sólo recuerdo a mi tía Amy, señor Ulshter y tal vez le falla la memoria, no hay otra explicación, si pudiera verla y hablar con ella....

Eso pareció tranquilizarla y el caballero dijo que organizaría el viaje para la semana entrante de ser posible. La joven se alejó más serena y él se dijo que a pesar de saber la verdad se sentía incapaz de tomar una decisión. Le parecía raro que no tuviera más parientes, y que nadie se presentara en la mansión preguntando por la joven que había ido ese día a las costas del acantilado. Comenzó a tener dudas sobre su historia, pero no pensó que fuera una mentirosa por supuesto sino que ocultaba la verdad por una razón poderosa: ella no quería ser encontrada pero... ¿por qué quería entonces reunirse con tía Amy? Lo extraño era que de haber sido realmente una señorita de la mansión de Warren hills habría ido un sirviente a buscarla y todo el condado estaría al tanto de su desaparición pero eso no había ocurrido.

Mientras regresaba tuvo que enfrentar un nuevo interrogatorio de su madre.

—Entonces has encontrado a su familia, Patrick?

El joven lord miró a su madre con expresión alerta.

—Todavía no, madre.

Ella lo miró con fijeza.

—Bueno, es que os oí hablar recién con Phoebe y pensé que tal vez...

No dijo nada más y se alejó pues no tenía intención de reñir con su hijo por causa de la misteriosa joven del acantilado, como la llamaba ella. Bueno, sólo debía ser paciente y esperar, sabía que tarde o temprano irían a la mansión a buscarla, no iría a quedarse para siempre.

Patrick estaba decidido a saber la verdad sobre Phoebe y con ese pensamiento viajó a la iglesia de Clare para ver las actas de nacimiento.

Su pedido resultó algo extraño para el padre Andrew, encargado de la parroquia. Un padre anciano y muy delgado pero de ojos verdes muy vivaces.

—Bueno, veré qué puedo hacer... ¿Me dijo que era el año 1840?
¿Necesita ver las actas de ese año?

—Sí, de nacimiento. ¿Las tiene usted?—replicó Patrick algo nervioso por la mirada del cura.

—Sí... pero necesito unos minutos para buscar los libros. Si no me equivoco son dos. Por favor, acompáñeme, por aquí... los tengo guardados

en otra sala—le explicó.

Patrick lo siguió y no tardaron en llegar a una salita pequeña con olor a libro viejo. El cura se movió ágil a pesar de sus años y buscó paciente el año en cuestión en un anaquel rojo y dorado que había en un extremo de la habitación. Parecía una biblioteca pero allí no había manuscritos ni libros antiguos, sólo esos libros de actas dónde se anotaban cuidadosamente todos los nacimientos, matrimonios y defunciones. Pero el prelado parecía saber dónde encontrar lo que buscaba no tardó en alcanzarle un libro grueso de tapas oscuras.

—Aquí está... puede sentarse aquí—dijo.

Buscó paciente el acta de nacimiento de la joven en el año aproximado, dieciocho años atrás moviendo las páginas lentamente, observando los nombres, las fechas, no sabía en qué día nacido y se preguntaba si debía buscar ese año o anterior.

Al parecer fue mucho más difícil de lo que creía.

No encontró ninguna Phoebe O'Connell Macneil.

Frustrado no tuvo más alternativa que hablar con el cura pues sabía que conocía muy bien a los pobladores de Clare y confiaba en que manejaría el asunto con discreción.

—Padre Andrew, disculpe pero necesito hacerle unas preguntas sobre la mansión St. Patrick. Imagino que conocerá a la familia O'Connell Macneil.

El sacerdote lo escuchó impasible.

—¿Sabe si el matrimonio tuvo una niña además del joven Eric?

—No que yo sepa, en la mansión sólo vive el joven Eric y no tiene hermanos pero... Bueno, fue una historia algo triste.

—¿Una historia triste?—dice usted.

—Es que la señora Emily no podía tener hijos, y sólo tuvo a Eric y luego una niña que murió a tierna edad. Tendría cuatro o cinco años si mal no lo recuerdo. Elizabeth era su nombre pero nació tardía y luego, todos decían que era enfermiza y que no viviría mucho y...

Patrick sintió el corazón palpitante cuando preguntó:

—¿Entonces tuvo una hermana? ¿Cómo se llamaba?

El sacerdote pareció vacilar.

—Elizabeth. Se llamaba Elizabeth Mary. Una niña delicada, ya le dije, murió en la infancia.

—Eric jamás mencionó que tuviera una hermana.

—Bueno, es que vivió poco pero... disculpe señor Ulshter ¿pero por qué hace estas preguntas?

—Es que hace días apareció en el muelle una joven que perdió la memoria y acaba de recordar y dijo ser la hermana de Eric. Me pidió que no dijera nada porque dijo que su hermano es algo cruel y le ruego que...

—Pero esto es extraordinario, ¿qué edad tiene esa joven?

—Dieciocho, padre Andrew. Comprendo que seguramente no sea pero como tenía dudas quise venir aquí e investigar porque su historia es algo extraña.

—Pero esa joven no puede ser Elizabeth, temo que lo han engañado señor Ulshter. Yo enterré a esa niña, y doy fe de que murió a los cinco o seis años de gripe. Hubo una epidemia mortal en esos tiempos y ella nunca tuvo salud.

—Entonces Eric no tuvo más hermanos.

—No... sólo a la niña.

—¿Y usted ha estado en esa mansión padre? ¿Asegura que nunca vio a una joven que dijera ser hermana de Eric?

—Bueno en realidad veía a Edward O'Connell y a su esposa Emily los domingos en la liturgia pero sí estuve hace mucho tiempo en Warren hills luego de fallecer la niña. La señora O'Connell quedó muy triste luego de perder a su hija y me pidió que fuera a verla. Pensé que deseaba confesarse y la seguí hasta la capilla pero luego supe que no era eso exactamente. La pobre estaba muy alterada y me dijo que el diablo estaba en Warren hills y debía bendecir la mansión.

—¿El diablo?

—Sí, mencionó una presencia maligna muy fuerte en las habitaciones donde murió su hija.

—¿Y ella le habló de Elizabeth?

—Sí... le costaba mucho aceptar su muerte y decía que... bueno, creo que no debo decirlo, no es prudente porque...

—Padre, necesito saber la verdad. ¿Qué dijo esa dama de su hija?

—Es que dijo que sentía su presencia en las habitaciones y le parecía oír su voz. Oía su voz a veces y estaba preocupada. Su marido la dejaba mucho tiempo sola y eso la afectaba creo yo, imaginaba que el alma de la niña no tenía descanso pero... bueno, sospecho que se lo imaginaba todo.

—Pero no tuvo más hijos.

—No... pero estaba muy triste por su hija y regresé a la semana siguiente porque esa charla me dejó muy preocupado.

—¿Y cómo la encontró luego, padre?

—No muy bien... la señora Emily no se recuperó nunca y su esposo... No la ayudaba demasiado y entonces su hijo Eric cambió, se volvió más díscolo y atrevido y tuvo que enviarlo a Dublín a un internado. Pero sé que no tuvo más hijos, ya tenía cincuenta años entonces y a esa edad es muy difícil engendrar.

—¿Cuándo murió la hija de la señora O'Connell, padre? ¿De haber vivido qué edad tendría a hora?

—Bueno, es algo difícil de calcular, déjeme ver... Tendría cerca de veinte años o tal vez menos, Eric tiene cerca de veintinueve y su hermana era

bastante menor como diez años por lo menos.

—Entonces tendría diecinueve.

—Tal vez... pero falleció, yo fui a su entierro y fue muy triste, creo que la señora Emily nunca se recuperó, no quedó muy bien y por eso veía fantasmas. Como si no pudiera hacerse a la idea de que su hija había muerto.

—¿Y no hay parientes aquí de esa familia?

—Hay una rama Macneil en Clare y otra en Dublín, una hermana del caballero vive allí.

—¿Y podría mostrarme la anotación con el nacimiento de Elizabeth por favor?

El padre pareció algo sorprendido por el pedido pero no dijo nada y fue en busca del libro en cuestión. No tardó más de unos minutos en encontrar la anotación.

—Aquí está, mire: Elizabeth Mary O'Connell MacNeil. Nació el 7 de julio del año 1839 así que tendría diecinueve años, de haber vivido—dijo el cura con gesto solemne.

El caballero vio la anotación y salió de dudas, no se llamaba Phoebe sino Elizabeth. Pero tenía casi la misma edad de Phoebe. Si realmente fuera una impostora, o una mentirosa, ¿por qué inventaría esa historia poniéndose un nombre que no era el correcto? Rayos, llevaba una medalla con su nombre.

Miró al padre con expresión cansada. Todo ese asunto era un condenado embrollo, un enigma que deseaba resolver pero no sabía ni cómo a esa altura. Tía Amelia no sabía nada de la niña, ni siquiera mencionó a Elizabeth y ahora... ¿Qué pensaría el padre si le decía la verdad? Vaciló. No, no le diría la verdad. Mejor sería ser discreto con todo ese asunto, si la joven era una impostora entonces...

—¿Usted conoció a esa niña, podría describírmela por favor?

—Era una niña muy delgada, cabello rizado, ojos oscuros... No, no tenía ojos oscuros sino azules muy bonitos, cabellera castaña. Era hermosa pero muy pálida, siempre estaba pálida y no se la veía mucho. Creo que su madre la dejaba encerrada para que no enfermara, temía que una simple corriente de aire fuera mortal y a pesar de ello... la pobre murió. Es que no tenía salud.

Patrick sintió un sudor frío al oír eso. Ojos azules, cabello castaño rizado. Con bucles. Como Phoebe... excepto que ella no era pálida ni enfermiza, tenía las mejillas rosadas y parecía una joven saludable, fuerte... entonces no era Elizabeth. No, no lo era, por qué diablos seguía insistiendo.

—Le agradezco padre, gracias por su tiempo. Temo que esa joven no es quien dice ser... deberé hablar con mi hermana y decirle la verdad.

El padre pareció sorprendido.

—Bueno, hubo una historia entonces... ahora que pregunta, luego de

morir su hija la señora Emily me pidió que fuera a verla, estaba muy afectada por el fantasma de su hija y algo más...al parecer se le metió en la cabeza que su pequeña no había muerto sino que se la habían robado los gitanos. Al parecer en ese tiempo estuvieron aquí y se llevaron a dos muchachas, las raptaron, eran criadas de la mansión Red y también había desaparecido una niña en el bosque de Clare y se dijo que los gitanos lo habían hecho y la señora pensó que ellos se habían llevado a Elizabeth.

—¿De veras? ¿Y usted cree que sería posible, padre? Que la niña fuera raptada y luego ... regresara aquí con otro nombre diciendo ser la hija del matrimonio O'Connell Macneil?

—No lo creo señor Ulshter, es una locura. Ya le dije que enterré a la niña y sé que los médicos hicieron todo para salvarla. Ella murió, nadie la robó, pero su madre se inventó eso un tiempo porque le daba consuelo pensar que podría recuperarla. Luego comenzó a imaginar que su fantasma merodeaba en la mansión y eso sí podría ser verdad, estuve allí y noté algo extraño.

—¿Y dijo que la niña Elizabeth pasaba mucho tiempo encerrada?

—Sí, porque era muy enfermita, muy débil y un doctor le dijo que era mejor que no tuviera contacto con otros niños. La cuidaban mucho y no tenía amigos, la pobrecita vivía encerrada para evitar las enfermedades y por eso era una niña algo triste y apocada, siempre con su muñeca. Hablaba poco y...

Patrick pensó que el padre André debía ver a Phoebe y decirle si era la verdadera Elizabeth ¿pero cómo hacerlo si acababa de confirmar que la niña había muerto a los seis años? Además no quería delatar su presencia todavía, no quería hacerlo.

—Le agradezco padre, disculpe si le he robado su tiempo, es que esta historia me absorbió y en realidad no sé bien por qué, vine aquí buscando un dato y ahora... no sé qué pensar.

—Bueno, lamento que no fuera quien decía ser... si necesita mi ayuda no dude en acudir señor Ulshter.

Tras agradecerle se alejó con paso lento, sintiéndose mal. Pensó en la bella joven que había salvado ese día de la muerte. Rayos, sí era real, existía, no era un fantasma, tenía que tener padres, una familia buscándola. ¿Por qué nadie había preguntado por ella? Bueno, ahora sólo le quedaba ir a la mansión de Warren hills y hablar con ese caballero pero no sentía deseos de hacerlo, no podía interrogarle sin despertar sospechas.

Patrick se alejó y subió a su caballo para regresar a la mansión. Muchos pensamientos invadieron su mente mientras observaba el paisaje invernal helado y húmedo, veía las casitas del pueblo, pequeñas y pintorescas sin verlas mientras cabalgaba a más velocidad de lo habitual. “Demonios” estaba demasiado furioso para pensar con claridad, todos los retazos de esa historia cobraban vida. La niña enfermiza, el extraño parecido entre ambas,

pero el nombre era distinto. Si realmente quiso hacerse pasar por la niña muerta debió conocer su nombre, llamarse Elizabeth y decir que los gitanos la habían raptado... luego regresar a la mansión y reclamar su herencia. Pero Phoebe no había hecho eso sino que dijo haber huido de la mansión a causa de los malos tratos de su hermano y del encierro... de nuevo la historia coincidía. La niña fue encerrada por enfermiza mientras que Phoebe recuerda haber sido encerrada para que el diablo no se la llevara.

Pero si era una niña a quién nadie veía, si nadie mencionaba ya a Elizabeth O'Connell pues su mayordomo nada dijo al respecto sobre ella entonces... ¿Cómo supo la joven de la existencia de esa niña?

Cuánto más averiguaba más absurda le parecía la historia. Menos sentido tenía. No habían ninguna Phoebe anotada ese año, ni nadie sabía de su existencia y el padre André aseguró que Emily O'Connell, no tuvo más hijos, era estéril y luego de perder a su hija quedó muy afectada. No hubo más niños. A menos que la tuviera en secreto, sin decir nada a nadie y...

Era extraño. El padre debió saberlo. La niña debía ser bautizada y luego vivir en la mansión...

Todas las pistas lo llevaban a Warren hills. Allí estaba el enigma y al parecer no tenía otra forma de saber la verdad que ir a esa mansión y hablar con algún criado sin revelar la presencia de Phoebe. Sin mencionar su nombre. Entonces pensó en la rara coincidencia de que se pareciera a la niña

que había muerto, al menos la descripción del padre coincidía, eso era extraordinario.

Luego estaba esa canción que cantaba la jovencita algunas mañanas. Una canción que hablaba del mar, ella se escapaba para ver el mar pero la mansión de Warren Hills quedaba del otro lado del acantilado. ¿Cómo sabía del mar si nunca lo había visto, si pasó toda su vida encerrada?

Pero estaba seguro de que ella no pertenecía al condado, la habría visto.

Detuvo su caballo al llegar al lugar donde había encontrado a la joven. No sabía qué lo impulsó a ir allí pero lo hizo y amarró su caballo a un arbusto y avanzó caminando notando ese mar azul, embravecido y salvaje, muy parecido al que había ese día. Alguien le avisó que había una dama cerca del acantilado y fue él mismo a rescatarla.

Ese era el lugar. La tierra descendía de forma abrupta y avanzar un poco más podría ser peligroso.

Entonces recordó las palabras del doctor Ryan antes de marcharse a Kerry hacía días: “se recuperará, es fuerte, ha sufrido malos tratos y también no se alimentaba bien por eso estaba tan débil. Tiene marcas como si hubiera estado atada...”

¿Quién demonios la había atado? ¿Por qué la mantenían encerrada al punto de querer poner fin a su vida lanzándose de lo alto de ese acantilado?

¿Por qué había inventado que era de Warren hills? Esa joven debía tener una familia, amigos, gente que la conocía y sin embargo ni el mayordomo ni sus sirvientes la habían visto jamás en el pueblo. Tal vez debió decirle la verdad al padre Andrew y preguntarle si tenía idea sobre la identidad de la joven. En vez de callar como si no quisiera que nadie más supiera de Phoebe... porque si nadie la reclamaba entonces se quedaría en Ulshter...

Regresó al galope sin detenerse.

Toda la historia que le contara el padre André estaba en su mente como piezas de un puzle que todavía era incapaz de armar. Porque parecía ser la historia de Elizabeth, no de Phoebe y sin embargo ella también tenía su historia, su vida. ¿Quién rayos era la bella desconocida que encontró ese día en el acantilado? ¿Lo sabría alguna vez?

Nada más entrar la encontró jugando a las cartas con su madre y hermana, reía muy animada mientras su primo Alfred la miraba con atención. Vaya, al parecer había invitados ese día, su tía y su primo habían llegado sin avisar y disfrutaban de la compañía de Phoebe... No le agradó que otro joven quisiera hacer amistad con su protegida y lo miró con cara de pocos amigos.

Fue un momento tenso y Phoebe se incorporó inquieta, sintiendo que había hecho algo que no debía pues notó una mirada extraña en el señor

Ulshter.

Lady Helen intentó distraer la tensión conversando con su cuñada e invitando a su hijo a participar de la próxima partida de cartas pero él declinó la invitación.

—Ahora no puedo, tengo cosas que hacer, tal vez más tarde— respondió y miró de nuevo a Phoebe que optó por alejarse diciendo que estaba cansada.

—Oh ve querida, hoy te noté algo pálida—dijo lady Helen. Ahora se mostraba amistosa con su invitada.

Phoebe se alejó con expresión triste.

Sabía que su estadía llegaba a su fin, que pronto debería abandonar la mansión de Ulshter, esa residencia sobre el acantilado con calor de hogar, el único hogar que había conocido en su vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se acercó al ventanal y contempló ese mar índigo golpeando las rocas. Pronto dejaría de ver ese mar tan hermoso que parecía susurrar su nombre a la distancia. Dejaría de verle a él y eso era lo que más le dolía en esos momentos.

Era una tonta al hacerse ilusiones con un caballero tan importante como lo era Patrick Ulshter, además su madre le había dicho que él estaba casi comprometido con la señorita Rosalie Bradley, una joven de noble cuna y muy hermosa además... Ella no era más que una joven huérfana, sin

familia que necesitaba una colocación para poder subsistir pero eso no la apenaba, lo prefería a regresar a su antiguo hogar, que más que un hogar era una cárcel. Y tal vez le haría bien aceptar una colocación lejos de Clare, eso la ayudaría a dejar atrás su pasado y también esas tontas lágrimas por algo que no podía ser.

Un sonido en la puerta la hizo despertar de su ensueño, alguien golpeaba y lo hacía con firmeza. Se acercó para saber quién era mientras se apresuraba a secar sus lágrimas.

Y entonces vio a la doncella de cabello oscuro mirándola con expresión grave.

—El conde necesita hablar con usted señorita, es muy urgente la espera en media hora en la biblioteca.

—Es que no puedo ir, no me siento muy bien. Por favor, pídale al señor de Ulshter si puede ser mañana en la mañana—dijo Phoebe secando sus lágrimas con rapidez.

La doncella no se esperaba una respuesta semejante pero al ver que estaba decidida no insistió.

Phoebe regresó a la ventana sintiéndose peor que antes. Tal vez debió reunirse con él en la biblioteca. Seguramente le habría encontrado un empleo y querría pedirle su opinión. Como si eso contara... La verdad que no se sentía fuerte para escuchar esa conversación, para resistir estoica hasta el

final. Era como ese cuento que su madre le había contado de niña: la cenicienta que había ido al baile a conocer al príncipe más guapo del reino, para poder bailar con él y luego escapar... Ella haría lo mismo pero sin dejar huella, sabía que no quedaría vestigio de su estadía en Ulshter, aunque en su corazón quedaría el recuerdo de esos días para siempre.

A la mañana siguiente acudió a la cita con el conde, luego de desayunar en su habitación como siempre hacía. Phoebe estaba más tranquila que la tarde anterior, se veía más calmada.

Sin embargo nada más entrar y verle allí parado su corazón latió muy deprisa y se esforzó por dominar la turbación que sentía.

—Buenos días señorita O’Connell, ¿se siente usted bien? Por favor tome asiento.

Ella murmuró que estaba bien y se sentó frente a su anfitrión.

El caballero notó que la damisela estaba nerviosa y tensa.

—Señorita Phoebe, ¿es usted católica?—le preguntó de pronto.

Ella lo miró sorprendida.

—Mis padres lo eran pero temo que en ocasiones he perdido la fe, señor Ulshter.

— ¿Y le gustaría poder conversar con un sacerdote que conoció a sus padres y también a usted de pequeña?

Sus ojos brillaron inquietos.

—Pero nunca he visto a un sacerdote en Warren hills señor Ulshter, mi madre iba a misa sí pero nunca me llevaba. Temía que enfermara. Sin embargo me obsequió un libro de plegarias con mi nombre.

— ¿Y cómo la llamaba su madre señorita? ¿Tenía algún nombre cariñoso?

La joven se esforzó por recordar.

—¿Cómo lo sabe? Bueno, en realidad nunca me puse a pensar en ello pero ella me decía Elizabeth pero no sé por qué mi nombre es Phoebe. Aquí está la medalla, mi madre me la obsequió hace mucho tiempo.

—La llamaba como su hermana muerta, vaya—señaló el caballero.

Esas palabras inquietaron mucho a la joven, miró confundida al conde.

—No tuve una hermana sir Ulshter, sólo un hermano. Y no deseo hablar de él ahora, sabe cuánto me perturba su recuerdo.

—¿Entonces nadie le habló de Elizabeth, su hermanita que murió cuando tenía seis años?

La joven se asustó al oír la trágica historia y lo primero que hizo fue negarlo.

—Eso no puede ser, mis padres jamás me dijeron que tuviera una hermana. Ni tampoco... mi hermano Eric lo hizo.

—Tal vez alguien les prohibió hacerlo.

—Señor conde, todo esto es muy inquietante para mí, muy raro y siniestro. Jamás vi un retrato suyo ni tampoco su ropa, sus muñecas, nada... debió tener una habitación, juguetes... ¿por qué no me hablarían de mi hermana? Esto no puede ser. Debe haber una confusión, ese cura debió confundirse.

—Él fue testigo de su entierro señorita, el de Elizabeth, la única hermana que tuvo el joven Eric O'Connell Macneil y no ha mentido, ni ha inventado nada. Pero el parecido es asombroso, ¿no es así padre?

El padre André apareció de repente y Phoebe lo miró asustada, era un hombre enjuto y muy viejo, de piel seca y mirada profunda. ¿Entonces estaba allí escondido oyendo toda la conversación?

Phoebe se incorporó inquieta. Cuervos...alguien les decía cuervos y podía entender por qué, siempre vestían de negro y tenían esa expresión tan extraña en los ojos.

El prelado se detuvo frente a ella pero no había animosidad en su gesto, al contrario, parecía sentir pena por la joven.

—El parecido es extraordinario señor conde. Pero la señorita no es Elizabeth, no se parece nada a la niña que conocí, creo que es una impostora.

La joven miró a ambos aturdida y de pronto lloró.

—No soy una impostora ni he mentado, no sé quién es Elizabeth,

jamás me hablaron de ella. Mi nombre es Phoebe O'Connell y Eric es mi hermano, pero no me permitía salir de la mansión por eso nadie de aquí me conoce.

El sacerdote intervino.

—Hija, veo mucho dolor en tu corazón, imagino cuánto os hizo sufrir ese joven, pero él no es tu hermano, no puede ser tu hermano. Bastaría saber el día y el año de tu nacimiento y en mi parroquia no hay anotada ninguna criatura que hubiera nacido en la mansión de Warren hills por ese tiempo. Es imposible.

El conde notó que la joven sufría un colapso nervioso y le pidió al sacerdote que se fuera, ese buen hombre había hablado demasiado, en realidad no era su idea que se produjera una confrontación, sólo quería... diablos, toda esa historia no tenía sentido. Ella no era la hermana de Eric, no podía serlo. Y de pronto se enfrentó a la penosa verdad: que esa joven debió ser llevada a la fuerza por ese malnacido a la mansión de Warren hills hacía años pero sabía que no lo diría allí, frente a un desconocido por el que además no sentía simpatía alguna.

Y al verla llorar se acercó y tomó su mano y la sintió fría, helada como si fuera un fantasma, alguien irreal. Porque él temía que no fuera real por eso quiso que el padre confirmara su historia, que reconociera a la niña que había muerto a los seis años: Elizabeth, tenía esperanzas de que fuera

ella, y le pidió que fuera ese día a la mansión... pero eso no había ocurrido. El padre seguía creyendo que esa joven no era quien decía ser. Entonces miró sus ojos húmedos y con una expresión tan desolada y se le partió el corazón.

—Lo siento mucho señorita O’Connell, no he querido ofenderla ni tampoco... por favor, venga conmigo, daremos un paseo por los jardines y hablaremos con más calma—dijo el joven caballero.

Pero ella lo miró aturdida y no se movió de donde estaba.

—Entonces ¿usted cree que le he mentado? ¿Que Eric no es mi hermano? ¿Por qué no le pregunta a él? Él le dirá la verdad.

—No puedo hacerlo, prometí que no delataría tu presencia aquí y lo he cumplido. Nadie sabe que está aquí señorita Phoebe, bueno, sólo el padre Andrew pero él no dirá una palabra.

La joven secó sus lágrimas y lo miró.

—¿Por qué le obsesiona saber tanto quien soy señor Ulshter? Si me cree una mentirosa entonces, me temo que no puedo quedarme un día más aquí, si cree que todo lo que he contado no es más que una mentira... no tengo más que decirle porque al parecer todo parece confabulado en mi contra. Ahora me dicen que tuve una hermana o que soy el fantasma de una niña que murió.

—Señorita O’Connell, nada de esto es sencillo para mí pero no piense que la creo una mentirosa, no es verdad. Por favor, sólo quiero ayudarla a

regresar con su familia. No deseo que se vea obligada a trabajar, quisiera que alguien pudiera darle cobijo y por eso he investigado y buscado a sus familiares, no me juzgue mal por eso. Se lo ruego. Por favor, acompáñeme.

Pero ella no le creyó y se soltó de su mano y corrió. Corrió por el salón sin detenerse y él pensó que debía dejarla ir. Necesitaba serenarse y comprender que nunca había intentado hacerle daño.

—Señor Ulshter.

La voz del sacerdote le provocó un leve sobresalto, ensimismado como estaba en sus pensamientos, cuando casi había olvidado su existencia y allí estaba el padre Andrew mirándole con fijeza.

—Lamento mucho que la joven se disgustara con mis palabras, no fue mi intención. Creo que lo mejor será alejarla de Clare y que Eric nunca sepa su paradero. Tarde o temprano sabrá que está aquí, le conozco bien, es un joven malvado, lamento decirlo pero no heredó la bondad e integridad de sus padres. Su padre fue un hombre honorable y bueno mientras que él no ha seguido el camino recto ni le interesa enmendarse. Que el señor se apiade de esa oveja negra descarriada y le muestre el camino algún día.

El conde hizo un gesto de hastío, ¿qué rayos le importaba a él ese desalmado sujeto? Nada de nada por supuesto. Sólo Phoebe y ese cura no había hecho más que fastidiar, y era su culpa, su obsesión por llegar a la verdad lo había arruinado todo.

—¿Qué está diciendo? Al diablo con ese sujeto, ¿qué me importa?

—Señor Ulshter, es claro que esa jovencita debió ser retenida en Ulshter, raptada de alguna familia pobre cuando era muy joven y se ha inventado esta historia de que es su hermana para soportar mejor la verdad. Esa jovencita seguramente es la querida de Eric, lamento decirlo así pero no hay otra explicación, y cuando pudo huir de esa vida de indignidad lo hizo y la encontró usted. Esa es la explicación. Imagine que no ha de ser sencillo para esa pobre joven decir la verdad.

—¿Y si realmente es quien dice ser, otra hija del matrimonio escondida por la señora porque luego de perder a su otra hija quedó mal de la cabeza? ¿Si nunca le hablaron de Elizabeth no le parece extraño que sus padres también la mantuvieran escondida? Se apresura demasiado en sacar conclusiones padre Andrew.

El padre hizo un gesto de negación.

—Es extraño, es una extraña coincidencia sí pero tal vez fue una historia que alguien le contó. Además esa joven no se parece a sus padres ni a su hermano y nunca la había visto en Clare señor Ulshter. Pero hable con la joven, ella debe decirle la verdad debe hacerlo.

—Lo haré, ahora debo irme—replicó y se alejó y fue a dar un paseo a caballo para calmar su ánimo. Se sentía mal y no estaba de ánimo para la recepción que planeaba su madre para ese día. No quería estar presente y dio

órdenes a sus sirvientes de no ser molestado ese día, excepto si era algo relacionado con la señorita Phoebe. No necesitaba decirlo, ellos lo sabían... día tras día cuidaban de la joven y permanecían alertas por si intentaba escapar. Al comienzo el terror eran las ventanas que daban al mar, luego fueron sus paseos matinales. Era una dama inquieta y llena de energías, podía estar horas caminando sin cansarse. Bueno, así lo hizo luego de mejorar pues al llegar la pobre era piel y huesos.

La doncella Bell dijo en las cocinas que se oían repiques de campanas en la mansión.

Med la fregona no estaba tan confiada.

—La señora Ulshter no lo permitirá, ella desea una señorita distinguida y de buena familia para su primogénito. No desea otra cosa y creo que desea librarse de la señorita del acantilado.

Así la llamaban a Phoebe, en secreto. “La señorita del acantilado”.

—Pues yo creo que el conde está muy enamorado de la señorita misteriosa—replicó otra criada de dientes largos como los de un conejo.

—Bueno, ya veremos... esas bodas desiguales no están bien vistas. Y lady Helen no lo permitirá, por supuesto.

—Pero la señorita del acantilado es de Warren hills, pero huyó porque su hermano la golpeaba.

Al parecer las noticias volaban en esas cocinas y les daba qué charlar

mientras realizaban las faenas domésticas día a día.

—La señora no se cree esa historia, cree que la pobre...—Med señaló su cabeza y con sus manos hizo alas de pájaros—tiene la cabeza llena de pajaritos. Miente, pero no lo hace por mala sino porque tiene fantasías. Como los locos.

—¿Y quién no terminaría así si lo han dejado toda la vida encerrado bajo siete candados y encima te dan azotes?—se quejó Bell, defensora incondicional de la señorita misteriosa.

Las opiniones de los sirvientes estaban algo divididas sobre ese asunto. Todos sabían que su señoría estaba bobo por esa señorita misteriosa pero no creían que el asunto prosperara y algunos hasta temían que la pobrecita terminara mal, como les ocurría a los locos. Sin embargo recalcaban que no era una loca peligrosa o agresiva, al contrario, a pesar de sus rarezas era muy amable y educada. Aunque no tenía el porte señorial de la señora Ulshter ni de su hija por supuesto. Le faltaba cierta clase y sus modales no eran del todo aceptables como debía tener la futura señora la mansión. Un antiguo y soberbio linaje como el de Ulshter reclamaba una esposa de igual abolengo, educada, hermosa, y además, debía ser aprobada por la actual señora de la mansión y esta no parecía muy conforme con la señorita misteriosa. Es más, planeaba deshacerse de ella muy pronto consiguiéndole una colocación en alguna mansión como dama de compañía.

Cuando hablaron al respecto Med dijo sombría:

—Pues no creo que sirva para eso. Es muy distraída y además sus nervios no le permitirían estar todo el día quieta leyendo novelas a una dama impertinente y perezosa. ¿Se la imaginan? Pues creo que leería de a ratos y luego saldría a caminar.

Todas rieron por las palabras de Med hasta que llegó el ama de llaves y les dijo que se dejaran de tanta charla y se pusieran a trabajar. Las criadas obedecieron en el acto y se dispersaron como palomas sorprendidas por un gavián, revoloteando inquietas de un lado a otro.

A la mañana siguiente la doncella Bell golpeó por segunda vez la habitación de la señorita Phoebe sin tener respuesta.

Su cara pecosa pareció sorprenderse. ¡Qué extraño, la señorita misteriosa nunca duerme hasta tarde!” se dijo y volvió a golpear con un poco más de energía.

No tuvo respuesta. La habitación estaba en silencio como si la joven aún durmiera o... Pero eran más de las diez, era la tercera vez que regresaba esa mañana y no volvería a cargar el agua caliente hasta el primer piso, estaba cansada y sólo llevaba levantada desde las seis.

—¡Señorita Phoebe, por favor!—insistió suplicante.

Sólo se oía su respiración, esa habitación estaba vacía.

Sus sospechas se confirmaron cuando abrió la puerta poco después y encontró la cama tendida pero vacía y algo parecido a un sobre en la cabecera. No podía ser... ¿entonces la señorita misteriosa finalmente había huido?

Buscó por el resto de la habitación y no encontró nada. Se había ido... el señor de la mansión se disgustaría.

Tocó de la campanilla para avisarle al resto de las criadas. Debían encontrarla, no era bueno que deambulara sola en ese bosque, la señorita misteriosa no tenía familia ni a donde ir...

Cuando las criadas se enteraron corrieron a avisarles al señor Ulshter y a su madre.

—¿Dónde está el joven conde?—preguntó Bell.

El mayordomo le dijo que había salido.

—OH es urgente señor Benson, la señorita misteriosa ha huido, se fue y dejó una carta, pero yo no sé leer—se quejó.

El mayordomo puso cara de espanto.

—¿Huyó? Bueno, es una invitada, no una prisionera, no entiendo por qué hablas así. Y no es la señorita misteriosa, se llama señorita Phoebe.

—Sí, lo siento pero debe avisarle al señor, la señorita no tiene a donde ir y si fue al acantilado...

El asunto era más grave de lo que parecía y sin embargo lady Helen

tomó la noticia con cierto alivio, nada sorprendida de lo ocurrido, al contrario.

—Bueno, tal vez encontró a su familia o ellos vinieron a buscarla.

Nadie había ido a buscarla.

Pero lady Helen no dio órdenes de que la buscaran como todos esperaban y cuando su hijo regresó, una hora después de recorrer las tierras y se enteró de lo ocurrido se puso pálido.

—¿La señorita Phoebe se fue? Pero ¿a dónde? ¿Cómo pudo irse? Les pedí que cuidaran a la señorita, que no la dejaran sola—dijo furioso. Furioso y asustado increpó al mayordomo: — Señor Benson, ¿acaso nadie fue a buscar por los alrededores? ¿O están buscándola?

—Sí señor, es que la buscamos en la mansión.

—Aquí no está es evidente, deben buscarla en los alrededores... ¿pero cuándo ocurrió esta calamidad? ¿Por qué no me avisaron?

—Es que Bell fue a su habitación y descubrió que no estaba señor Ulshter, pero dejó esta carta para usted.

El caballero tomó la carta con ademán desesperado.

—Id a buscarla ahora, no pudo ir muy lejos—ordenó furibundo mirando a uno y a otro.

—Lo siento mucho señor, pero la encontraremos. Una señorita no puede recorrer sola estos caminos, es peligroso—declaró el mayordomo.

—No se preocupe señor conde, iremos a buscarla.

Todos los criados se movilizaron y fueron a buscar a los mozos para organizar una búsqueda. Pero el caballero seguía furioso y con la carta aún sin leer interrogó al señor Benson.

—¿Y cómo diablos escapó si la puerta principal y la posterior estaban cerradas con llaves? Alguien debió abrirle, no me engañáis. Uno de ustedes lo hizo.

—Señor Ulshter, lo siento pero nadie haría eso. Sabíamos que la señorita no podía ir al acantilado, usted nos lo dijo.

La señora Helen apareció en escena para hablarle en privado y él la siguió molesto pues todavía no había podido leer la bendita carta que le había dejado Phoebe. Hervía de rabia e impotencia, esos caminos no eran seguros, podía hacer una locura como cuando la encontró semanas atrás.

—Patrick por favor, debes escucharme... Creo que fue mejor así, lo más correcto. Esa jovencita te obsesionaba y eso no es bueno, pronto vas a casarte, en un tiempo muy lejano espero y temo que esto te haya confundido.

El conde miró a su madre con expresión sombría.

—¿Confundido?—repitió.

La dama tragó saliva y se mandó uno de esos discursos del honor y la clase. Esa jovencita jamás podría ser la señora de Ulshter. Sí, lo dijo con todas las letras pues sospechaba o mejor dicho: creía firmemente que esa

dama planeaba seducir a su hijo, enamorarle, confundirle hasta conseguir sus propósitos: convertirse en su esposa. Pequeña embustera pícara, vaya, no se podía subestimar a nadie en este mundo. Con esa carita de ángel, de niña buena, triste y desamparada. ¡Pues todos habían caído en sus mentiras! Todos menos una persona: ella misma, que había vivido y sabía un poco más que su hijo de la vida y las argucias de los tramposos oportunistas que sólo querían mejorar su vida engañando a otros.

—Madre, por favor, ahora no puedo hablar de esto. Necesito leer la carta de Phoebe y decidir qué hacer. ¿Es que no piensas que esa pobre joven está sola, a la deriva y puede sufrir cualquier indignidad? Diablos, debo ir a buscarla. Porque alguien la dejó ir y me pregunto si no habrás sido tú madre, alarmada por mi amistad con la señorita O'Connell.

La dama enrojeció hasta las orejas y luego indignada por la acusación dijo:

—¿Yo? Yo jamás haría eso por favor, no me acuses sin saber la verdad. No es la primera vez que esa jovencita intenta escapar, para que sepas y la vez anterior yo lo impedí.

—¿Pero cuándo ocurrió eso?

—Pues a la semana de estar aquí, mientras conversaba y se mostraba encantada de nuestra hospitalidad, una tarde la vi dar un paseo por los jardines y alejarse demasiado. La seguí y le pregunté qué estaba haciendo y

me dijo que quería irse porque temía que su hermano la encontrara. Por supuesto que entonces logré convencerla y prometí guardar silencio. Lo hice.

—Vaya, les pedía a todos que me avisaran si intentaba escapar o hacer alguna locura, madre. Debías avisarme.

—Sí, ese justamente el problema, sus locuras. Nadie sabe su nombre real, porque sé bien que Eric O'Connell Macneil ha negado tener una hermana y todos saben que es hijo único y heredero de Warren hills. No sabemos quién es en realidad pero ella sí lo sabe y por eso huyó porque algo queda digno en su corazón, sabe que todo es mentira. Su nombre, su historia, todo lo es. Y tú hijo, has quedado atrapado en su misterio, en el misterio que ella misma inventó porque eres un hombre de corazón noble y te ha conmovido, te ha embrujado. Porque las personas como ella lo hacen por necesidad, para lograr sus fines, pero claro, no esperaba ser desenmascarada.

—¿Desenmascarada?

La dama parecía cada vez más alterada, algo raro en ella, pero todo ese asunto de la impostora le traía los nervios de punta.

—Hablo de la visita del padre Andrew.

—¿Entonces has estado espiando, madre?

—Sí, lo hice, lo hice para saber porque también necesitaba saber la verdad.

—Pues yo descubriré la verdad y te demostraré que estabas

equivocada al juzgar a una joven inocente. Lo haré.

—¿Inocente? ¿Y cómo tienes la certeza de que es inocente? Ha mentido, no es Phoebe O’Connell, porque Phoebe O’Connell no existe. El padre Andrew lo dijo, lo oí bien. Si fuera inocente como crees, no habría huido, habría dicho la verdad. Su nombre y el por qué le tiene tanto miedo a Eric O’Connell.

Pero su hijo la dejó hablando sola. Necesitaba leer la carta de Phoebe de una vez y hacerlo en soledad. La letra era clara y nada más leer las primeras líneas sintió su corazón palpitando enloquecido.

“Señor Ulshter.

Lamento tener que marcharme, pero sabía que debía hacerlo algún día. Mi esperanza era empezar en otro lugar, y poder ganar mi sustento. No puedo seguir abusando de su hospitalidad, no puedo quedarme para siempre en Ulshter aunque sé que al marcharme una parte de mi corazón siempre vivirá aquí. Y quiero que sepa que jamás le he mentado, que mi hermano ha sido muy malo desde siempre y nunca habló de mí a nadie como si le avergonzara luego de morir mis padres. Toda mi vida he vivido escondida como si fuera una especie de monstruo y no sé la razón porque ahora comprendo que no hay nada raro en mí, tal vez mis modales no eran los adecuados para una señorita, pero no sufro ninguna enfermedad mental como insinuó ese sacerdote hoy, ni tampoco fui seducida por un caballero con

promesas de una vida acomodada. Quise decírselo ayer pero me sentía mal, pues por primera vez comprendí que nadie de aquí me conoce ni sabe mi nombre porque toda mi vida he vivido encerrada en Warren hills. Pero no soy una impostora, nunca he mentido, se lo juro. Necesitaba decírselo, y ahora mismo pongo la mano en el corazón y le juro por lo más sagrado que jamás le he mentido ni he fingido ser otra persona. Y ahora le pido que no me busque ni se preocupe por mí, porque tengo planeado buscarme un trabajo y comenzar de nuevo, con otro nombre. Esa será mi mejor protección, que nadie sepa dónde encontrarme. Especialmente mi hermano que siempre me ha odiado aunque nunca supe por qué. Pero sé que debo estar lejos y quedarme en Ulshter ya no es seguro para mí señor, sospecho que nunca ha dejado de buscarme y que vendrá por mí en cuando sepa que estoy aquí. Por eso he decidido irme. Lamento hacerlo así, y lamento que pensara que era una impostora. Pero si duda de mis palabras por favor hable con mi doncella Brea Lofts, con la señora Summer. Ambas cuidaban de mí, la señora Summers me conoce desde que era pequeña. Ella fue quien me entregó esta medalla para que el diablo no me encontrara. Aquí está, creo que ya no la necesitaré, he dejado de temerle al diablo, el único demonio que me atormenta es mi hermano Eric.

Y antes de irme quiero darle las gracias por haber salvado mi vida dos veces, primero al impedir que me arrojara por el acantilado ese día, estaba tan

triste y desesperada que en esos momentos creo que perdí la cabeza, y luego por segunda vez me ha salvado al cuidar de mí y enseñarme que existen personas buenas y desinteresadas como su familia y usted. Creo que los echaré mucho de menos pero es la vida y debo aprender a cuidarme sola, señor Ulshter. Siempre le llevaré en mi corazón.

Gracias por salvarme.

Phoebe.

Una emoción intensa embargó su corazón al leer esa triste carta de despedida y entonces observó la pequeña cruz de oro que tenía un nombre grabado alrededor: “Phoebe Elizabeth O’Connell Macneil”.

Los dos nombres juntos, Phoebe y Elizabeth. Ese era su verdadero nombre... ¡Por los clavos de Cristo! No podía ser...

Miró la cruz y pensó que la señora Emily tuvo que tener otra hija luego de perder a la suya de fiebres y la bautizó como Phoebe Elizabeth... ¿Y por qué escondió a la niña? Hasta del padre Andrew, su antiguo confesor.

Apartó esos pensamientos confusos y guardó la carta y la cruz y regresó al salón principal para pedirle a su criado que le trajera su caballo. Iría a buscarla. No permitiría que deambulara sola por esa pradera. Maldita sea. Debía encontrarla.

—Patrick, aguarda por favor. No puedes ir ahora, hay mal tiempo,

mira esas nubes—le gritó su madre al conocer sus planes.

Pero nada lo hizo cambiar de idea. Iría a buscarla, Phoebe no pudo ir muy lejos.

Partió como un endemoniado sin importarle la tormenta ni nada, su única obsesión era encontrarla con vida, porque en su mente estaba esa imagen de la joven al borde del acantilado y pensó que si eso pasaba se volvería loco. No podría soportarlo. Tenía que encontrarla. Conocía ese lugar como la palma de su mano y debía buscar en los alrededores cerca del acantilado.

Durante la travesía se encontró con dos mozos de los establos y se detuvo para saber qué novedades había de la joven.

Pero no habían encontrado ni rastro de su huésped. Nada. Y al llegar al acantilado lo vio vacío y desolado, con unas olas inmensas golpeando las rocas. Se angustió al pensar que la joven pudo lanzarse al mar como esa vez, esa carta hablando de empezar de nuevo era tan inesperada, no le creía del todo y tuvo terror de ese nuevo comienzo fuera lanzarse al vacío como intentó esa vez.

Estuvo horas dando vueltas pero no encontró ni rastro de Phoebe. Nada. Era desesperante. Rayos, ¿cómo pudo escapar? Phoebe era suya... la había salvado ese día y preservado y tal vez se sintió cautiva de Ulshter, sentía que no podía quedarse allí para siempre.

No mencionó que buscaría a tía Amelia, por una extraña razón pareció cambiar de idea. Tal vez porque su tía era demasiado anciana y no la recordaba... pero no podía irse sola a Dublín, no podía estar muy lejos...

Al final tuvo que regresar, vencido a la mansión y se encerró en su habitación a darse un buen baño y descansar.

Pero no podía sentirse tranquilo, no pudo tragársela la tierra, tantos días la cuidó, tantos días sus sirvientes la mantuvieron en la mansión y ni uno de ellos dijo que la joven intentó escapar a la semana de haber llegado.

Abandonó la bañera molesto y se secó con una sábana gruesa. Tenía que hablar con su hermana, ella se había hecho muy amiga de Phoebe, podría saber algo más... alguna pista que lo llevara a ella. Porque si realmente había abandonado la casa esa mañana resultaba desconcertante que nadie encontrara ni rastro de la joven en los alrededores. No faltaba ni un caballo...

Encontró a Margaret almorzando en el salón principal, la notó muy seria y triste, en realidad nadie tenía mucho ánimo de nada, excepto su madre que no parecía afligida para nada.

Al verle entrar lo miró con inquietud.

—Patrick, por favor, siéntate a almorzar, no has comido nada—dijo luego.

—No tengo apetito madre, Meg, ven un momento por favor, necesito hablar contigo.

Margaret se incorporó sin dudar, ella tampoco tenía apetito, estaba muy preocupada por Phoebe. No dejaba de preguntarse por qué había huido así, parecía tan feliz, tan contenta en la mansión.

Siguió a su hermano a la salita de música para charlar y sin rodeos él le preguntó si sabía algo de la desaparición de Phoebe.

—No...Estoy tan sorprendida como tú, y también angustiada porque ella no... Ella no me dijo nada de que pensara irse así y me pregunto si su hermano, ese hermano malvado pudo llevársela anoche, si buscó la manera de entrar y amenazó a nuestros criados...

—¿Y tú crees que ellos lo habrían dejado entrar con amenazas? ¿Y nuestros mastines? Habrían ladrado también pero nada de eso pasó, al menos nadie lo notó.

—Sí, lo sé, cuando ladran son imposibles, ladran todos juntos. Pero creo que... Phoebe es una joven tan buena, tan frágil, que tiemblo al pensar que algo pudo pasarle. ¿A dónde iría ella sola, sin dinero, sin un caballo? Tardaría horas en llegar al muelle, o a pedirle un caballo a nuestros vecinos, los Macclean.

—¿Entonces ella jamás te dijo que pensara marcharse? ¿De qué te hablaba, Meg? Dímelo por favor.

Su hermana vaciló.

—Es que ella no hablaba mucho, lo sabes. Era muy reservada y yo

tampoco le hacía preguntas. Sabía lo de su hermano sí, pero ella hablaba más con nuestra madre.

—¿Hablabas con nuestra madre más que contigo?—al joven lord le sorprendió saberlo.

Meg asintió con un gesto.

—Sólo diré que ella no deseaba irse, pero creo que lo pensaba porque... en realidad, estaba aquí de paso, esperaba poder irse a vivir con su tía pero no habló más de ese asunto. Luego la oí decir que quería encontrar una colocación y conseguir así una casa para poder vivir y trabajar.

—¿Y ayer Meg, notaste algo raro?

—Ayer la vi muy triste, no quiso cenar con nosotros, dijo que estaba muy cansada y fui a verla antes de irme a dormir. Y ahora que recuerdo sí estaba triste y creo que había estado llorando pero cuando le pregunté dijo que no era nada. Que estaba bien. Ahora me pregunto si no estaría triste porque pensaba marcharse. Patrick, escucha, esto no pudo ser obra de un impulso, no creo que se fugara sin más.

—Tampoco lo creo Meg... pero debí suponer que haría esto. Es mi culpa, fui un tonto... estaba tan obsesionado por saber quién era que no... llegué demasiado lejos. Ahora tiemblo de pensar que puede hacer una locura, que Phoebe...

—No te culpes, Patrick, no fue tu culpa, ella quiso marcharse... tarde

o temprano iba a hacerlo. Dime, ¿qué decía la carta? Bell dijo que dejó una carta.

—No dice gran cosa Meg, sólo que necesitaba empezar de nuevo y buscar una colocación... ¿pero qué trabajo conseguirá? No tiene dinero ni familia a la que acudir. Me aterra pensar que puedan hacerle daño. Además, no dejo de preguntarme cómo es que pudo abrir la puerta y huir lejos, no falta ningún caballo ni tampoco... ¿Crees que fue su hermano? ¿Que vino aquí y tuvo el descaro de llevársela?

—Tal vez... ella le tenía mucho miedo, Patrick, en una ocasión la vi ponerse muy pálida cuando mamá le preguntó por él. Phoebe parecía inquieta estos días, asustada... creo que nunca se sintió del todo a salvo a pesar de que yo trataba de animarla. Era una chica tan buena, pero creo que estaba asustada y por eso huyó, debió temer que su hermano la encontrara si es que finalmente no la encontró aquí.

—Pues si fue ese malnacido iré a buscarla, ir a Warren hills.

Pero a medida que pasaban las horas sin tener noticias de la joven comenzó a inquietarse. Sin rastro, sin pistas sobre lo que había pasado.

Huyó luego de la visita del padre Andrew, ese padre la alteró mucho, la hizo sentir como una impostora. Y era su culpa. Jamás debió permitir que la viera, que le hablara...

Muchas pensamientos rondaban su mente en esos momentos, y

sentimientos de culpa y rabia se mezclaban haciéndole sentir mal. No estaba en ningún lado, no pudo desaparecer así...

Los criados le informaron a media tarde que los Macclean no habían visto a ninguna joven forastera en los alrededores.

Ella estaba triste el día antes de marcharse.

No quería irse.

Pero tal vez su madre le hizo comprender que debía hacerlo. Porque en todo ese tiempo no había dejado de buscarle una colocación para que se fuera de Ulshter pues le molestaba que tuviera amistad con la damisela de Warren hills.

—Lo siento señor conde, pero no hemos encontrado a la señorita O'Connell—dijo entonces el mayordomo.

—¿Y cómo escapó? ¿Al menos han averiguado cómo logró abrir las puertas y escapar?

El mayordomo dijo que no lo sabía con certeza pero que sospechaba que tal vez pudo saltar de una ventana.

—No lo hemos investigado en profundidad pues lo importante ahora es encontrarla, señor—agregó luego.

Todos negaban saber nada de la joven pero tal vez alguien mentía en Ulshter. Alguien sabía hacia dónde había Phoebe O'Connell pero guardaba silencio porque no quería que él la encontrara.

Pero él llegaría a la verdad, descubriría lo que había pasado con la joven. Lo haría, no importaba cuánto tiempo tardara en descubrirlo.

Al día siguiente continuó la búsqueda pero a medida que pasaban las horas comprendían que la joven se había marchado tal vez antes del amanecer pues habría sido imposible escaparse así de la mansión del acantilado.

A media mañana, su desesperación aumentaba al comprender que tal vez había ocurrido una desgracia a la jovencita, diablos, no podía habérsela tragado la tierra, tenía que estar en algún lugar.

Y de pronto pensó en ese demonio que tanto la había torturado durante años, ese malnacido a quién dar su escarmiento cuando supo que había dejado encerrada a su hermana, escondida del mundo, privándola de una vida normal.

Y guiado por un impulso ciego fue a Warren hills aunque al hacerlo rompiera una promesa que había hecho a Phoebe de no revelar que estaba en la mansión. Pero estaba decidido a encontrarla y si ese malnacido era el responsable de su desaparición ella correría peligro.

Tomó su caballo y fue al galope, como si lo impulsara el diablo. Tal vez estuviera allí escondida, prisionera de ese demente.

Ese pensamiento lo volvió loco todo el camino y cuando llegó a la mansión de Warren hills su corazón se encogió al ver que era un lugar oscuro

y siniestro, decadente. La piedra que antaño debió ser gris se había cubierto de un muso verde dándole una apariencia sórdida y maligna, al igual que la vegetación que crecía a su alrededor donde las malas hierbas lo devoraban todo. Un jardín espeso y abandonado y la sensación de que nadie sensato podía vivir en esa casa. Y a pesar de ello la propiedad tenía un grueso portón de hierro que prohibía la entrada y tuvo que detener su caballo y tocar de la mano de hierro para que alguien fuera a tenderle en un lugar donde reinaba el más completo silencio. No había pájaros, no había caballos. Parecía un cementerio, un lugar que nadie visitaba ya... olvidado de la civilización y la gente sensata.

Y de pronto apareció entre la maleza una joven con cofia y delantal, de baja estatura y expresión alerta. Parecía asustada y lo miró con desconfianza.

—¿Quién es usted, señor? No están permitidas las visitas—le dijo mirándole alerta.

—Disculpe por venir así, sin avisar pero estoy buscando a Eric O'Connell. Tengo cierta urgencia de hablar con él. Soy el señor de la mansión Ulshter, un viejo amigo—replicó.

—Pero el señor O'Connell no se encuentra, señor Ulshter. Está en Dublín—le respondió con rapidez, lo que le hizo sospechar.

—¿De veras? Vaya, ¿es que siempre está de viaje? Hace semanas que

está en Dublín, ¿no es así?

La mujer debía tener unos cuarenta años, era alta, delgada y llevaba el cabello rubio cubierto en una cofia blanca y su uniforme era de doncella, a pesar de que no parecía tener la edad adecuada para el puesto. Los ojos claros encapotados de la mujer le miraron con inquietud y tal vez miedo.

—Es que no recibe visitas señor Ulshter, no ha estado muy bien desde que... perdió a sus padres—dijo al fin la mujer.

—Sus padres murieron hace más de seis años, señora.

Esa respuesta la tomó por sorpresa.

—¿Será que hubo otra desaparición en Warren hills que tiene a tu amo consternado? ¿Cuál es su nombre? ¿Es la ama de llaves de la mansión?

Ella hizo un gesto de reticencia con los labios.

—No... sólo soy una criada y mi nombre es Brea Lofts, señor Ulshter.

El conde la miró con fijeza. Phoebe la había nombrado, debía hablar con esa doncella, debía hacerlo.

—Eres Brea, entonces tú debes conocer a la señorita Phoebe O'Connell, ¿ella está aquí? por favor, necesito verla.

Esa pregunta hizo que la joven palideciera como si viera un fantasma.

—Usted ha visto a la señorita Phoebe?—preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, la he conocido hace poco y dijo que vivía aquí con su hermano Eric y huyó porque él la mantenía encerrada.

—¡Jesús!—murmuró la aterrada doncella—¿Entonces sabe usted dónde está?

—No le diré hasta que me diga lo que deseo saber.

Ella se llevó la mano a la garganta.

—Lo siento señor es que... me ha sorprendido usted. Pensamos que había muerto la señorita y ahora viene usted y me cuenta que la ha visto y... pregunta si está aquí. No está en esta mansión señor Ulshter, huyó hace más de tres semanas o tal vez más. No hemos vuelto a saber nada de ella.

—¿Entonces Phoebe sí vivió aquí y era la hermana escondida del señor O'Connell?

La doncella vaciló, diablos, no quería decirle una palabra. No podía hacer eso, necesitaba saber maldita sea.

Hasta que de pronto habló mientras apretaba sus manos.

—Cuidé de ella mientras pude señor Ulshter, lo hice. Desde que era una niña pequeña y asustada, velé por ella. Pero cuando supe lo que tramaba el caballero... la ayudé a escapar, lo hice. Y si él sabe que fui yo quien la ayudó a huir ese día me matará. No tengo a donde ir, siempre he trabajado aquí y si él lo adivina... le ruego que no se lo diga. No diga que ha visto a la señorita. Manténgala apartada de esta casa, aléjela de él.

La doncella quería irse, como si lamentara haber hablado demasiado, estaba asustada como si un demonio estuviera buscándola. No le extrañaba que hubiera demonios en esa casa, todo lo malo parecía habitar en ese lugar.

—Aguarde por favor, no se vaya. ¿Cómo es posible? Me dijeron que había muerto, que Elizabeth, la hija del matrimonio murió cuando era niña. Y nadie sabe del nacimiento de Phoebe. Eric jamás mencionó tener una hermana. ¿Por qué? ¿Acaso ella sufre alguna enfermedad, por eso la mantiene escondida?

La doncella miró a su alrededor nerviosa hacia la tenebrosa mansión como si temiera que el diablo pudiera salir de allí en cualquier momento.

—Elizabeth murió, es verdad. La niña murió y él siempre odió a su hermana señor Ulshter, por celos, porque el señor y la señora O’Connell adoraban a su pequeña y ella era tan buena. Era un ángel, era hermosa y tan dulce. Lloré tanto cuando se nos fue y además, fue tan injusto. No merecía morir. Pero la fiebre no paraba y la niña murió. El médico no pudo salvarla, tosía y se ahogaba. Era un suplicio verla así pero...

—¿Murió? Entonces quién es Phoebe? Ella dijo que era hermana de Eric y me habló de sus padres. Por favor, sea más clara, sigo sin entender qué está pasando aquí.

—Lo siento, es que... Yo hablaba de Elizabeth, la niña. Aguarde... luego le explicaré. Elizabeth era la hermana del señorito Eric. Tenía seis años

cuando murió y entonces hubo una epidemia de tos y fiebre, los niños se llenaban de mocos y tosían hasta ahogarse. Eso los debilitaba y luego... Eric enfermó pero él logró salvarse. Sin embargo la señora Emily se volvió loca, no aceptaba la muerte de su hija y me decía que era mi culpa, que no la había cuidado como me pidió. Luego su mente comenzó a tejerse historias, a decir que unos gitanos se la habían robado. Su esposo estaba desesperado y se fueron de viaje, la llevó a Londres para que viera a un experto en trastornos nerviosos. Ella regresó más tranquila, pero luego...

—¿Entonces quedó embarazada y tuvo a Phoebe, eso trata de decirme? Bueno, tendría sentido. Por favor, le ruego que me diga la verdad, Phoebe puede estar en peligro ahora y si tiene otra familia, deseo encontrarla.

La señora Lofts lo miró con expresión perpleja.

—No, no era su hija en realidad, Phoebe no era—balbuceó—la pobre señora O’Connell no podía tener hijos, era estéril, casi lo era. Tardó muchos años en engendrar y luego perdió varios embarazos hasta que nació Eric, ella ya tenía treinta y cinco años, muy mayor para tener a su primer hijo, eso dijeron los doctores, y luego, seis años después nació su hermana Elizabeth. Ella era una niña preciosa, un ángel.

Diablos, eso ya lo sabía.

—¿Y cómo fue que Phoebe llegó aquí si no era hija del matrimonio?

Brea miró a su alrededor, no dejaba de hacerlo, estaba tan asustada, ¿pero a qué le temía si acababa de decirle que Eric no estaba en la mansión? ¿Acaso le había mentido y tenía escondida a Phoebe?

—Es que ella fue adoptada, señor Ulshter, adoptaron a una niña que era idéntica a la que habían perdido. La señora Emily estaba desesperada y en un viaje a Dublín, al orfanato, vieron a la niña, creo que alguien les dijo del parecido y luego, la señora se negaba a decirle por su nombre. Se llamaba Phoebe y había sido abandonada por su madre porque al parecer era una señorita de noble cuna que quedó embarazada siendo soltera. Las monjas no dieron más señas, solían ser muy discretas y hacían su buena obra de buscarles un hogar a los niños abandonados en el orfanato. Y mi señora se sintió muy feliz entonces, loca de felicidad porque creía que ella era en realidad la hija que le habían robado porque tenía su misma edad y hasta se le

parecía. No creyó en ningún momento que era la hija de una señorita que la había abandonado allí por supuesto. La llamaba Elizabeth y todo el tiempo... le ponía sus vestidos, la obligaba a jugar con las muñecas de la hija que había perdido. Hasta hizo que le rizaran el cabello, nos pedía que lo hiciéramos y... era tan tétrico. Tuve que soportarlo y participar de toda esa farsa, era mi trabajo. Pero yo la llamaba Phoebe, es un nombre tan bonito y además era su verdadero nombre y traté de cuidarla, pero... creo que la señora sentía cierta culpa por lo que estaba haciendo, una parte de ella comprendía que eso de adoptar a una niña del orfanato y vestirla como su hija muerta, no era sano ni tampoco justo con Phoebe. Por eso la mantenía escondida de todos, primero porque temía que se la quitaran si descubría que hacía eso, temía que su verdadera madre la reclamara también aunque eso nunca ocurrió. Y en cuanto a Eric era un muchacho de unos catorce años entonces, ya no era un niño y esa situación lo alteraba. Su madre le decía al doctor que su hijo estaba muy nervioso y de mal carácter, se había vuelto rebelde y hasta violento, entonces el doctor le recetaba un tónico para que se tranquilizara. Lo mantuvo alejado de la niña, porque Eric le tenía terror, se puede imaginar... entierran a su hermana muerta y años después su madre llega de viaje con otra niña exacta y le dice que su hermana ha regresado... Era una situación muy tétrica para un niño que había visto morir a su hermana, hacerle creer que ella había regresado. Al comienzo pensó que habían hecho algo para resucitarla pero

años después supo de la adopción. Y entonces sintió desprecio por Phoebe, decía que ella no debía ser considerada de la familia ni tampoco heredaría nada de sus padres. La señora Emily le hizo prometer que cuidaría a su hermana y que le permitiría vivir aquí y luego le encontraría un esposo apropiado. Todo fue dispuesto en su testamento, o eso me dijo la señora. Allí decía que había adoptado una niña de un orfanato y le dejaba una cantidad importante de dinero para su dote. Estaba muy enferma la señora y creo que intuía que iba a morir, y poco antes de hacerlo... ella me hizo prometer que la cuidaría de Eric. Lo había encontrado espionando a su hermana y no creía que eso fuera correcto. Temía que le hiciera daño, no dejaba de decirlo.

Patrick respiró hondo mientras su mente acomodaba todas las piezas que ahora al fin comenzaban a encajar, ahora podía entender muchas cosas, a pesar de lo siniestro de la situación de adoptar una niña de la misma edad y parecida a la amada Elizabeth, tenía sentido.

—¿Y por qué no dijeron a nadie que habían adoptado una niña?— preguntó luego.

—Es que la señora perdió el juicio señor Ulshter y sólo dejó de desvariar cuando consiguió a la niña. Era como si Elizabeth hubiera regresado de la muerte y todos nosotros sentimos que no estaba bien que hiciera eso, ella debía aceptar que su hija había muerto, el mismo doctor Elendale lo dijo pero ella no lo escuchó y todos estábamos muy asustados con

la situación, nadie quería acercarse a la habitación de la niña... pero luego nos acostumbramos... Era muy parecida a Elizabeth cuando era niña, luego cambió, sus rasgos cambiaron y se hizo evidente que no era hija del matrimonio, no se parecía en nada ni a la niña muerta ni a ellos. La señora Emily también se recluyó, sólo su esposo salía a Dublín o se iba de viaje.

—¿Y él no se opuso a esa locura? ¿Aceptó adoptar a la niña sin más?

—Pues sí, era un hombre complaciente, quería mucho a su esposa y hacía todo lo que ella quería, esa es la verdad. Y si algo hacía feliz a su esposa no importaba nada más y la señora Emily era feliz, lo era, pensaba que había recuperado a su hija “raptada por gitanos y enviadas al orfanato”, ella misma comenzó a creerse la historia porque le daba cierto consuelo, es verdad.

—¿Y el padre Andrew nunca lo supo?

—No, nadie sabía excepto nosotros señor Ulshter. Nosotros cuidamos y educamos a la niña, le enseñamos a leer y a escribir, a recitar versos y luego modales, la educamos como si se tratara de la señorita de la mansión, como si fuera Elizabeth O’Connell Macneil. Y su madre insistió en que nadie la viera, lady Emily se inventó una historia de que si salía de la mansión se la llevaría el diablo y nunca más podría regresar a la mansión y la pobre se lo creyó, lo aceptaba todo sin quejarse pues a pesar de ser muy mimada no era una consentida, era muy dócil y obediente. Inventaron que si lo hacía alguien se

la llevaría muy lejos y nunca más podría regresar. La señora logró acostumbrarla a eso y la pobre niña se crió así, encerrada y sin embargo era tan buena que jamás se quejó, nunca pedía juguetes nuevos ni nada.

—Lo que me cuenta es extraordinario señora Brea, lo es. Es tan increíble que casi siento que es como un sueño raro, una pesadilla, no parece real. Me pregunto si lo es, si me ha dicho toda la historia o me oculta algo más...

—Le he dicho toda la verdad, señor Ulshter. Phoebe es la hermana adoptiva del señor Eric pero él no quería que ella hiciera amistades y tuviera oportunidad de encontrar un esposo. Phoebe dejó de ser una niña y nosotros éramos su familia, sus amigos, los criados que la cuidábamos porque su hermano sólo la visitaba a veces. Y no la veía como su hermana, ¿comprende?

—¿Qué quiere decir, señora Lofts?

La mujer se retorció las manos.

—Oh me horroriza decirlo, pero comencé a notar que el señorito Eric no veía a Phoebe como su hermana, él era malo con ella. Le temía sí pero cuando supo que era adoptada comenzó a ser hostil, a negarle ir a un internado de señoritas cuando murieron sus padres. La pobre estaba llegando a la edad de casamentera y seguía encerrada aquí. Así jamás encontraría un esposo para casarse pero el señor Eric no quería eso. Cuando se lo dije me

ignoró. Pensé que era por avaricia... es un hombre avaro y además, jugador... siempre gastaba el dinero en los clubes de Dublín. Pensé que no quería gastar dinero en su hermana pero luego comprendí que era mucho peor...

—¿Mucho peor?

La criada asintió.

—De repente comenzó a ser amable con la señorita, a traerle regalos de sus viajes a Dublín. Vestidos nuevos, sombreros, una colonia... pensé que había cambiado pero me equivoqué porque la señora Rosie dijo que el señor Eric miraba a la señorita Phoebe como mujer y estaba cortejándola, la forma en que la miraba, que buscaba su compañía no era normal. Y no la dejaba salir, sólo dar paseos a media mañana si el tiempo era bueno pero no podía salir de la mansión, no quería que nadie la viera, que supiera que tuviera una hermana y comprendimos que no era por la herencia, el dinero no tenía que ver con esto...Él se enamoró violentamente de Phoebe, es horrible porque en realidad era su hermana adoptiva pero no le importó, supimos que planeaba casarse con ella y obligarla a que fuera suya como su esposa. Porque nadie sabía que tenía una hermana y hasta habló con un padre de Dublín para que viniera aquí a casarlos. Phoebe no dejaba de llorar, él venía a verla no porque estuviera preocupado por su hermana, él nunca la vio así. Nunca la aceptó como tal, la odiaba, rabiaba de celos pero luego cambió... Venía a cortejarla

y le traía dulces y flores, por primera vez se interesaba en ella pero una noche había bebido y la besó, la besó e intentó propasarse. Lo hizo. Phoebe vino a verme desesperada y me contó entre lágrimas lo que su hermano le había hecho. Necesitaba de nuestra ayuda, la pobre niña no tenía a nadie, vivía como un fantasma en esta casa y por eso, la ayudamos a escapar. Yo lo hice y luego... le hice creer que la pobre se había lanzado por el acantilado. Dejé una ropa suya rota en la roca. Ella debía ir allí y luego nuestro mozo la llevaría al pueblo donde mi hermana le daría cobijo unos días hasta que pudiera buscarse una colocación. Era mejor que nadie supiera su nombre ni que había vivido en la mansión pero algo salió mal, Phoebe jamás llegó a casa de mi hermana y pensamos que la pobrecita había decidido poner fin a su tormento—los ojos de la vieja doncella se llenaron de lágrimas—Pero Eric no creyó nuestra historia y desde entonces la ha buscado, se ha vuelto loco y si sabe que usted la escondió en su casa lo matará. No debe saberlo, nunca debe saber dónde está su hermana, señor Ulshter. Está loco, ¿comprende? Y cree que Phoebe le pertenece y no descansará hasta encontrarla. Ha mandado a sus hombres, a todos los criados a buscarla porque no cree que esté muerta, él dice que sabe que está viva en algún lugar.

—Señora Brea, pero Phoebe huyó de Ulshter, estoy buscándola con desesperación y ella me habló de su hermano pero creo que desconoce que es adoptada, no lo sabe. Me hizo jurar que no diría nada, que jamás vendría aquí

pero ella se fue y ahora yo estoy preocupado por ella.

—¿Phoebe huyó? OH Dios mío, ¿pero a dónde fue?

—No lo sé, tal vez ese demonio la encontró y decidió llevársela y la escondió aquí. Por favor, búsquela en la mansión, su vida corre peligro.

—Pero ella no está aquí, señor Ulshter si estuviera yo lo diría. Quiero mucho a esa joven, es como una hija para mí, he cuidado de ella siempre y jamás permitiría que ese demonio le hiciera daño. Nunca. Por eso le he contado todo. Pero por favor señor Ulshter, encuentre a la señorita Phoebe, ella corre serio peligro. Eric no ha dejado de buscarla desde ese día y no puede encontrarla ni saber que usted estuvo aquí preguntando por ella.

—Pero ese hombre debe estar encerrado por demente. Lo que planeaba hacerle a la joven es monstruoso y debe recibir su castigo. Phoebe merece vivir tranquila, no puede vivir huyendo de ese enfermo. Además... usted mencionó al padre Andrew. ¿Él sabía de la adopción y de que Phoebe vivía aquí escondida?

—No, no, jamás lo supo ni habría guardado silencio al respecto, es un hombre íntegro señor Ulshter. Puede confiar en él.

—Entonces a dónde iría Phoebe? ¿Cree que intente contactar a su hermana?

—Tal vez lo haga pero no puedo creer lo que ocurrió, debe protegerla de ese demonio, debe hacerlo y por más que lo denuncie, que lo lleve ante el

alguacil él negará todo, es muy malo y muy astuto, jamás confesará la verdad y como su hermano puede obligarla a regresar, puede hacerlo señor Ulshter. Por favor, ella debe escapar del condado, debe estar muy lejos de su hermano, no ha dejado de buscarla, nunca se rendirá...

El caballero de Ulshter dudó en seguir el consejo de la doncella porque luego de saber lo que sabía sólo quería entrar en esa mansión y darle una paliza a ese malnacido. Ahora entendía las marcas, el terror de la joven que casi la obliga a cometer un suicidio ese día. Una vida de encierro, escondida de todos y al crecer descubre que su hermano planea convertirla en su esposa... era demasiado. Y todo por culpa de la locura de una mujer que no pudo aceptar que su hija adorada había muerto. ¿Y él debía irse y hacer de cuenta que nada había pasado? Esa casa había sido la prisión de Phoebe y él, había llegado a dudar de toda esa historia, lo hizo... ¿Cómo podía irse y dejar suelto a ese loco?

—Escuche señora Lofts, agradezco que me dijera toda la verdad, era necesario saberla pero ahora necesito hablar con ese malnacido y advertirle que no vuelva a buscar a la señorita Phoebe, por favor abra el portón, señora.

La mujer no se movió.

—Señor Ulshter, por favor, no puedo permitirlo. Lo mataría si sabe que usted la retuvo en su mansión y le brindó ayuda. Enloquecerá de celos y lo matará. Tiene una pistola siempre consigo. Es un demente señor Ulshter, y

es tan malo como el diablo, no tengo dudas de ello y usted es un caballero bueno y noble y no puede ni imaginar la maldad y locura que tiene el joven Eric. Usted no debe enfrentarle, podría perder la vida y la señorita Phoebe lo necesita mucho más, debe encontrarla señor Ulshter y le juro que no he dejado de rezar por ella desde que huyó ese día y seguiré haciéndolo. Que el Señor lo ilumine y lo ayude señor Ulshter, sé que es un buen hombre lo veo en sus ojos y si acaso hace esto porque Phoebe ha tocado su corazón, sepa que ella es una joven inocente de todo mal, y tan buena, a pesar de la vida de encierro que ha llevado, sé que será una buena esposa si le da tiempo para ello, si tiene paciencia para comprender el calvario que ha sufrido aquí por culpa de su hermano. Necesitará tiempo para sentirse a salvo y en paz, temo que no ha tenido un hogar ni una familia normal, porque su madre también fue cruel mantenerla apartada del mundo.

—Lo haré señora Brea, pero he estado buscándola con desesperación y me pregunto si tal vez no tenía algún pariente o amiga que...

—Ella no tenía amigas señor Ulshter, ni parientes, nadie sabía que estaba aquí porque ocupaba las habitaciones del ala sur, las que dan al mar, solía decir que ver el mar le daba mucho consuelo. Ella adoraba el mar.

Se hizo un silencio lleno de tensión, en el cual el caballero luchaba por su deseo de entrar en la mansión y darle una buena paliza a ese demonio, sabía que estaba allí y quería hacerlo. Apretó los puños y tuvo que

aguantarse, la criada tenía razón: encontrar a Phoebe era su prioridad, encontrarla y ponerla a salvo y decirle cuánto lo sentía...

—Señora Lofts, por favor, ¿puede darme las señas de su hermana? Por si la señorita Phoebe fue allí, debo encontrarla antes de que ese demonio lo haga.

—Oh, sí por supuesto...

La criada asintió y le dijo cómo podía encontrar a su hermana.

—Gracias señora Lofts, le agradezco que me dijera toda la verdad porque temo que jamás habría podido descubrirla, porque ni Phoebe la sabía en realidad.

—Sí, lo sé, ahora márchese por favor, nadie debe verlo aquí, él no debe sospechar siquiera. Está buscándola del otro lado no imagina siquiera que haya ido al acantilado.

Tenía más preguntas, quería saber mucho más de Phoebe y su vida en esa casa pero de pronto comprendió que debía encontrarla antes de que ese malnacido lo hiciera. Odiaba tener que marcharse sin haber saldado sus cuentas pero al parecer eso tendría que esperar. Así que espoleó a su caballo y le dio con la fusta y se alejó con prisa. Tenía que encontrarla... al fin podía tener una pista para hacerlo. Sabía a dónde se dirigía el día que la encontró en el acantilado.

Hacia el pueblo dirigió sus pasos. La rabia por lo que acababa de

saber de ese hombre hizo que fustigara a su caballo más de una vez, sí, estaba furioso, quería matar a ese malnacido para que nunca más se acercara a su protegida por lo que había intentado hacerle.

Pero al llegar al pueblo y encontrar la casa de la hermana de Brea, una casita de barro y adobe muy humilde su corazón volvió a latir lleno de esperanzas. Tal vez ella estuviera allí escondida, debía ser muy cauto... pensó mientras ataba su caballo a un poste y le tiraba unos chelines a un niño que estaba cerca para que se lo cuidara. Este atrapó las dos monedas en el acto como si tuviera mucha práctica en hacerlo diciendo que lo cuidaría bien.

El caballero sonrió y se encaminó a la casa en cuestión.

Golpeó con suavidad la puerta y esta se abrió despacio. Una mujer de expresión hostil y desconfiada lo miró de hito en hito.

—¿Quién es usted, señor? ¿Qué busca aquí?—su boca con escasos dientes escupió las palabras.

No se parecía en nada a Brea, tenía el cabello gris y la piel muy seca y estaba tan delgada que parecía enferma. Como si fuera una anciana y sin embargo sus ojos eran los de una persona joven.

—Disculpe señora, he venido de parte de su hermana, la señora Lofts, soy el señor Patrick Ulshter, de la mansión del acantilado.

Esas palabras despertaron su curiosidad al instante.

—Sí, conocí a su padre. Un caballero muy íntegro y también a su

madre. Pero ¿a qué debo el honor de su visita, por qué dice que mi hermana lo envió?

—Busco a una joven llamada Phoebe O'Connell de la mansión de Warren hills, huyó de la mansión y temo por su seguridad. Se encontraba en Ulshter como mi huésped pero hace dos días desapareció y la señora Lofts dijo que tal vez se alojaba aquí.

La sorpresa en la cara arrugada de la mujer era auténtica, no fingía.

—Oh buen hombre, me temo que no podré ayudarle. ¿Qué haría una señorita remilgada en esta casucha? Apenas tengo para alimentarme a veces, no podría ayudar a nadie más—se quejó la mujer.

—¿Entonces no la ha visto, señora Lofts?

El conde sintió que su corazón se encogía de nuevo. Había tenido la esperanza de que se escondiera allí.

—No, no está aquí, caballero. Ni la he visto tampoco. Mi hermana me envió un mensaje sí, me pidió que la ayudara pero la joven jamás vino, además yo le respondí que sólo podía ayudarla un día o dos, no más que eso... Pero la señorita nunca vino. Además le diré que si estuviera aquí en el pueblo una señorita tan distinguida y guapa llamaría la atención de inmediato. Mala cosa que desapareciera, con esos gitanos merodeando. No sería la primera vez que se roban a una señorita guapa. Son tremendos—la vieja escupió al piso demostrando su desprecio.

Gitanos, siempre culpaban a los gitanos y se los veía muy poco en Irlanda en esos días, en sus carretas vendiendo ollas y baratijas, con sus mujeres de colorido atuendo intentando adivinar la suerte de las señoritas ansiosas de saber su porvenir. Eran granujas que trataban de vender alguna cosa y buscaban algún trabajo de poco esfuerzo, no eran una seria amenaza para nadie y sin embargo siempre se los culpaba de robar mujeres bonitas y niños.

Le dio unas monedas a la anciana antes de partir.

—Si ve a la señorita O’Connell le ruego que me avise a Ulshter, envíe un recado y se lo agradeceré.

La anciana dijo que lo haría mientras tomaba las monedas y la guardaba celosamente en el puño de su gastado vestido.

Y eso fue todo. Phoebe no estaba allí y podía entender que no estuviera, seguramente había olvidado las señas de la mujer y no se arriesgaría a ir allí sin siquiera conocerla pero... demonios, ¿dónde estaba? ¿A dónde había ido?

Era tiempo de regresar pero se preguntó si tal vez no estaría en algún otro lugar y habló con el jovencito que cuidaba su caballo, allí estaba acariciando su hocico haciendo que este moviera sus orejas nada convencido.

—¿Usted busca a la señorita hermosa?—preguntó de pronto el niño. No debía tener más de doce años y era muy flaco.

El conde lo miró alarmado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso la has visto?

El niño sonrió con su cara sucia y pecosa.

—Si me dice de qué color era su vestido, porque he visto algunas señoritas hermosas estos días.

—Ayer, en la mañana o tal vez antes de ayer, a media tarde. Una señorita rubia delgada y alta. Su cabello es castaño. Si la has visto y me dices la dirección que tomó te daré cuatro monedas. Pero debes decirme la verdad, si me mientes no te dará nada.

El niño sonrió con expresión traviesa.

—Entonces era ella. La vi salir del carruaje con la ayuda de un criado y una dama de aspecto remilgado, gruesa y de cara muy redonda. Todos se acercaron para verla pasar y estaba el loco Paul.

—¿El loco Paul?

—Sí, lo llaman así. Siempre se acerca para mirar a una señorita bella y luego la sigue, sus padres lo encierran porque temen que cometa una imprudencia y el pobre vive encerrado pero siempre logra escapar. Es de muy noble cuna, eso dicen, pero cuando se escapa a la ciudad persigue a las señoritas bellas, lo atraen como un imán. Se queda horas mirándolas, sólo eso, las mira y sigue sus pasos. Algunas forasteras gritan y por eso el loco Paul ha recibido algún bastonazo o azote en la cabeza de los criados o de

algún marido celoso. Los lugareños lo conocen y saben que es inofensivo. No hace nada más que mirar. Y cuando lo ven allí mirando muchos se mofan de él y le gastan bromas pero nada lo aparta de estar allí mirando. En una ocasión fue más lejos y olfateó el cabello de una señorita y esta gritó y se armó jaleo y todos reímos divertidos. Sí, nos reímos mucho esa vez.

—¿Y ese chiflado siguió a la señorita hermosa que mencionas?

—Por supuesto, la vio a varios metros de distancia y la siguió y todos reímos. Es tonto pero siempre sabe ver una jovencita bella, la distingue desde lejos. Pero creo que el loco Paul que fue muy cauto ayer porque no se acercó tanto al ver que estaba bien escoltada por la señora gorda y un criado alto y robusto—el niño hizo un esfuerzo por recordar—la señora gorda de cara muy redonda parecía de mal carácter y la vi regresar al carruaje que tenía dos rosas pintadas y una espada muy extraña.

Al oír eso el caballero no tuvo dudas: era el emblema de la familia Ulshter, el antiguo sello familiar que llevaban todos sus carruajes y estaba en el salón principal de la mansión.

El joven comprendió quién podía ser la señora gorda y el criado en cuestión y se sintió furioso. Claro, todo encajaba. Ningún huésped ni criado puede salir de la mansión sin autorización, un criado tal vez pueda salir por su cuenta pero no cuando las cuatro puertas principales son cerradas con llave y candado. Era imposible que Phoebe pudiera salir ese día, él había ordenado

que las puertas se cerraran y que vigilaran a su huésped. Pero si ella salió fue porque alguien abrió la puerta, y si huyó sin dejar ni rastro...

Eso debió ocurrir de madrugada, tomaron un carruaje, hicieron una maleta y se llevaron a la joven lejos de la mansión. Ahora sabía quién lo había hecho y podía imaginar sus motivos. Alejarlo de la damisela que había cautivado su corazón porque no quería que la convirtiera en su esposa. Fue lady Helen por supuesto. Y mientras él se desesperaba buscando a Phoebe ella guardó silencio y procuró convencerlo de que se olvidara de la joven. Ella se había ido para nunca regresar, eso quiso hacerle creer.

—Gracias, muchacho, ten tus monedas—dijo el caballero.

Le había dicho todo lo que deseaba saber y aunque el conde pensó en interrogar al loco Paul se dijo que perdería su valioso tiempo haciéndolo, cuando sabía quién podría decirle con precisión dónde estaba Phoebe.

Estaba realmente furioso cuando entró en la mansión del acantilado. Se sentía traicionado y burlado por sus sirvientes y su propia madre. Todos se habían confabulado en su contra, mintiendo y haciendo caso omiso a sus órdenes de cuidar a su huésped. Pusieron su vida en peligro y ahora, tal vez ese demonio sabría dónde encontrarla. El muchacho que le dio esa información pudo dársela a Eric... por unas monedas lo haría sin vacilar. Debió preguntarle al respecto pero saber que había sido su propia madre quién ayudó a Phoebe a escapar lo hizo correr de allí.

Atravesó el vestíbulo de la mansión con prisa y preguntó dónde estaba su madre.

—Lady Helen está en la salita de música—le dijo el ama de llaves.

“Bueno, al menos está lejos y a salvo de ese malnacido” pensó entonces. Cuando entró en la sala su madre alzó la mirada y le sonrió como si nada.

—Buenos días querido, ¿has sabido algo de Phoebe?—preguntó con fingida inocencia.

—Sí, he sabido algo madre.

Ella no se esperaba esa respuesta y se borró la sonrisa de su cara en un santiamén.

—¿De veras?—preguntó con un hilo de voz. Esas no eran buenas noticias para lady Helen por supuesto.

—Patrick, ¿acaso te has atrevido a ir a Warren hills? ¿Cometiste la locura de hablar con ese hombre?—dijo espantada.

—Sí, fui a ver a ese demonio malnacido y una criada me dijo toda la verdad. Phoebe no mentía, nunca mintió.

Lady Ulshter palideció y demoró en responderle.

—Sí, lo sé, ella me contó lo que le hacía su hermano.

—Vaya, ¿entonces os contó? ¿Y por eso decidiste sacarla de la mansión sin importaros nada mis sentimientos madre?

—Tú no entiendes, esa pobre joven ha sufrido mucho y me pidió ayuda, temía que su hermano la encontrara. Es un monstruo. Tú ni siquiera imaginas el daño que le ha hecho.

Patrick dijo que lo sabía y mencionó parte de la conversación con Brea.

—Ahora dime la verdad, ¿dónde has llevado a Phoebe? Alguien os vio en el pueblo de Clare rumbo a la estación de tren. No intentes engañarme otra vez madre, no permitiré que la escondáis de mí ni que la dejéis sola y a la deriva en una casa extraña.

—Oh no, nunca haría eso, ¿me creéis tan desalmada? Sólo la ayudé, ten calma hijo, no es lo que piensas. Ella está bien y a salvo, muy lejos de aquí, en la casa de una familia respetable. Cuidarán de ella y no permitirán que su hermano Eric se acerque. Son nuestros amigos y le darán trabajo. Ella no podía quedarse aquí, además, no podía hacerlo, quería trabajar y tener un lugar seguro para vivir. Además tú estabas enamorándote de ella, ¿crees que soy ciega? Nunca antes te habías obsesionado tanto por una mujer como lo estabas por Phoebe. Pero ella no... no puede corresponderte. No ha tenido una vida normal ni tampoco... su hermano le hizo mucho daño, cuando me lo contó yo me horroricé tanto, pobrecita. Tú ni siquiera lo imaginas. ¿Cómo esperas que ella corresponda a tus sentimientos? No soportará que ningún otro hombre la toque hijo, me lo ha dicho ella. Su hermano no sólo la

encerraba, le hacía cosas porque quería... oh, es tan horrible, tan monstruoso que no puedo repetirlo. Por favor Patrick, trata de entender. Ella me pidió que la ayudara a encontrar un empleo y alejarse de Clare, Phoebe me suplicó que la ayudara porque sabía que tú... que tú comenzabas a hacerte ilusiones y temía defraudarte, sabía que no podría corresponderte. Ella no te ama hijo, no está enamorada de ti pero sí notó que tú lo estabas por eso quiso escapar. Por eso y para estar a salvo de ese demonio pervertido. No me mires así, hice lo que debía, hice lo correcto, lo que cualquier persona sensata haría.

Esas palabras lo hirieron en lo más profundo. Jamás pensó que huyera de él ni que no sintiera nada en su corazón cuando en su carta decía que una parte de su alma viviría en Ulshter para siempre. No podía ser...

—Patrick por favor, debes olvidar a esa joven, debes apartarla de tu corazón. Sé que será muy doloroso para ti pero es lo mejor. Ella no puede ni pensar en ser tu esposa, nunca más podrá recuperarse del daño que le hizo su hermano. Debes olvidarla. Déjala que viva en paz, ella estará bien, te lo prometo. La llevé a un lugar donde sé que la respetarán y cuidarán. Tendrá un hogar y vivirá feliz, es lo que necesita. Sabes que no podía quedarse en Ulshter para siempre, tú mismo buscabas a sus familiares para que pudieran ayudarla.

El conde no respondió, sentía que la rabia y la desilusión se iban apoderando de su corazón, no podía evitarlo. Rabia y dudas, dolor, y luego su

negación a creer que realmente ella sintiera eso.

—¿Dónde está Phoebe ahora madre, a qué lugar la has llevado?— preguntó de repente.

Ella lo miró perpleja.

—Olvida eso, os dije que estará bien. ¿Para qué quieres saber? No es bueno que vayas a verla, necesita recuperarse, y sentir que puede ganarse la vida y tener una vida distinta, feliz, lejos de aquí.

—Madre, debes decirme dónde está. Tú obraste según tu parecer y pusiste a mis sirvientes en mi contra al desafiar mis órdenes. Ellos debían cuidar y proteger a Phoebe no llevarla lejos de aquí. ¿Cómo es que tienes la certeza de que estará a salvo y feliz? Es una joven preciosa y vulnerable, inocente, ¿qué crees que pensará el esposo de vuestra amiga, la que le dio cobijo en su casa? O con su hijo mayor. Ella no estará a salvo allí como crees. Sé bien cómo se comportan algunos caballeros con las jóvenes que están a su servicio.

—OH no digas eso, no acuses así a mis amigos Patrick, tú no sabes... Son gente respetable y de buenas costumbres. No habría llevado a Phoebe de no ser así.

—Entonces dime dónde está y te diré si está a salvo o no. Habéis actuado a mis espaldas madre, planeasteis esto hace días, ¿no es así?

Lady Helen apretó los labios como si no quisiera decir palabra, por

supuesto que no diría a dónde había llevado a Phoebe. Rayos, su hijo no debía saber, ¿cómo diablos supo que ella estaba involucrada en la huida de la jovencita? ¿Quién la había delatado?

—Escucha Patrick, no pienso decirte, no lo haré. No quiero que vayas a buscarla y te hagas más daño. Ella no te ama, me lo ha dicho ¿entiendes? Y tú quieres ir como un tonto a buscarla, y como hombre enamorado imaginarás cosas, creerás que te corresponde pero no es verdad.

La expresión del joven cambió.

—¿Eso crees? Pues necesito que sea ella quién lo diga, no es una niña, puede hablar por sí misma y algo en mi corazón me dice que no era feliz al dejar Ulshter, ni yo lo soy desde que te la llevaste madre, tú la llevaste de aquí ella no huyó como quisiste que pensara. ¿Acaso ibas a dejarme engañado para siempre haciéndome creer que se había marcado muy lejos? ¿Tuve que enterarme por otros de tu crueldad?

—Pero querido, lo hice para ayudarla. Era lo que Phoebe quería, no puedes culparme de haber querido lo mejor para ti y para ella, me pidió ayuda y no podía negarme. Sé que al comienzo mostré cierto recelo pero luego comprendí que la había juzgado con ligereza y lo lamento. Y cuando supe de su secreto sentí tanta pena, era tan joven y vulnerable y estaba asustada, sufría horribles pesadillas. Y ella me confió lo que le hacía su hermano y la pobre estaba asustada, temía que él la encontrara, por más que fingiera estar

bien por dentro temblaba, me lo dijo. Sabía que tarde o temprano él la encontraría si se quedaba en Ulshter y lo que tú no entiendes es que ella habría escapado tarde o temprano, y ofrecerle mi ayuda fue lo más sensato para que la pobre tuviera un lugar seguro para ir. Pero ahora está lejos y a salvo. Déjala allí, la pobrecita ha sufrido mucho, tú no imaginas cuánto. Ella no es como las jovencitas de su edad, no ha tenido una vida normal, ha vivido un calvario en esa casa y sólo anhela vivir tranquila y en paz.

—Eso lo sé madre, no iré a buscarla ni la obligaré a regresar, puedes estar tranquila que jamás haría eso. Pero al menos dime dónde está para que pueda estar seguro de que cuidarán de Phoebe y que nada debo temer de esa nueva familia.

Lady Helen vaciló.

—Si te lo digo correrás a buscarla, no lo niegues, estás enfermo de amor por esa jovencita, lo estás. No te detendrás.

—No, no lo haré si ella no quiere volver a verme. ¿Me crees tan bruto? ¿Acaso crees que no tengo orgullo y dignidad?

—Sí, sé que tienes mucho orgullo hijo pero el amor lo hará trizas. Esa joven te ha embrujado y tú que tienes un corazón tierno te has conmovido con su historia, no puedes quitártela de la cabeza pero debes entender que...

No, él no quería entender nada.

—Dime donde está, por favor. O juro que nunca más volveré a

dirigirte la palabra, madre—estalló el joven conde furioso. Sus ojos azules echaban chispas y tenían una tonalidad oscura peligrosa.

Lady Ulsther sostuvo su mirada pero no dijo palabra, apretó los labios muy decidida a salirse con la suya. Debía impedir esa locura como fuera, total, estaba convencida de que no era más que un capricho, que en un tiempo se le pasaría y encontraría a una señorita mucho más apropiada para casarse.

Y al ver que su madre no diría una palabra, el caballero abandonó la salita crispado y fue a interrogar al cochero, pues estaba seguro de que había sido él quien se llevara a la señorita O'Connell ese día.

Sus pasos lo llevaron a atravesar la mansión y salir al aire libre pues sabía que el cochero debía estar cerca de los establos, preparando el carruaje para ese día, supervisando cada detalle. John el cochero era un buen hombre pero cuando lo interrogó sobre ese día se puso pálido.

—Lo siento señor conde, pero su madre dijo que era por el bien de la señorita porque ella corría peligro aquí y yo tuve que obedecer. Y luego me prohibió que dijera palabra de lo ocurrido ese día.

—Bueno, ahora tienes la oportunidad de decir la verdad, ya lo sé todo John. Dime a dónde llevaron a la señorita Phoebe ese día.

El cochero tragó saliva.

—Señor Ulsther, disculpe, es que no fue durante el día que desapareció la señorita Phoebe, sino la tarde anterior, la señora lo tenía todo

bien organizado pues dijo que había hablado con una amiga suya para que la empleara entre la servidumbre. Pensé que la joven estaba de acuerdo y... ella vino y no se mostró molesta ni nada.

—¿Entonces la llevaron a una casa donde tendría una colocación de sirvienta?

—Sí, ignoro en qué tarea señor pero era una mansión importante. No me dijo el nombre pero podría llevarlo si me lo pide señor, conozco el camino. Pero antes debo alimentar a los caballos y arreglar las bridas que están gastadas. Si me da dos horas lo llevaré a la mansión para que pueda ver con sus ojos que no le he mentado y que la señorita se encuentra bien.

—Debió decirme la verdad John, confiaba en usted y en los demás, y todos se confabularon para expulsar a la señorita O'Connell de la mansión.

—Lo siento mucho señor, pero su madre dijo que era por su bien, la jovencita estaba muy asustada, temía que su hermano...

—Eso no justifica su deslealtad. Di ordenes de que la cuidaran, soy el amo de estas tierras y mi madre no tiene más autoridad que yo para que sigáis sus órdenes a ciegas sin decirme nada.

—Es que la señora dijo que la señorita quería marcharse señor, no podíamos retenerla si deseaba irse.

—¿Y lo dijo la señorita o lo dijo la señora Ulsther?

El cochero guardó silencio y el conde se marchó furioso. Almorzaría

mientras esperaba el carruaje, pero lo haría en su habitación, a solas, no quería ver a nadie. Había tenido un día infernal pero al menos lo consolaba saber que al sabría dónde estaba Phoebe, y ella estaba a salvo. A salvo de la maldad y la intriga de su propia casa y también lejos de ese demonio.

—Señor Ulshter, aquí le traigo su almuerzo—dijo una criada para llamar su atención mientras depositaba la larga bandeja de plata sobre la mesita de su habitación.

El caballero le agradeció sin decir más. Apenas probó bocado, no dejaba de pensar en Phoebe. ¿Y si era ella quien había huido y le pidió ayuda a su madre? ¿Si no quería volver a verle porque no estaba preparada para ser cortejada? Ella le había dejado una carta en la que le pedía que no la buscara, que la dejara ir y sin embargo le decía que nunca olvidaría la mansión Ulshter...podía entenderlo y sin embargo, diablos, no podía aceptarlo. No quería aceptarlo.

Se había involucrado con esa joven, se había enamorado de ella en el primer instante en que la salvó del acantilado, entonces no lo sabía ni tampoco imaginó que luego se acostumbraría a llegar y encontrarla en la mansión como si siempre hubiera sido parte de su hogar, de su vida. Y ahora sin Phoebe, esa casa le parecía un mausoleo triste y solitario. Sin ella, sin su misterio su vida tenía un vacío espantoso. ¿Por qué negarlo?

No solo le preocupaba su suerte, que estuviera bien, quería verla de

nuevo en Ulshter, como su esposa. Soñaba con que un día lo fuera, aunque fuera algo prematuro y precipitado. Si acaso había estado engañándose y ella no quería volver a verle, si notaba su interés y eso...

Tal vez fuera mejor dejarla ir. No tenía derecho a retenerla si su deseo era alejarse de Clare para siempre, no debía buscarla.

Sólo para saber que estaba bien, no pedía más que eso.

Si al menos la veía feliz en su nuevo hogar, entonces... podría regresar tranquilo y olvidarla.

Comió un trozo de carne asada y bebió abundante agua. Estaba exhausto y furioso con su madre por lo que había hecho y sin embargo, al menos la había dejado en un lugar a salvo. Peor hubiera sido que la pobre deambulara sola por la playa o el pueblo. Rayos, y encima debía sentirse agradecido con ella luego de haberla apartado de su lado por celos. ¿Ella realmente le había pedido ayuda a su madre, lo habría hecho? El joven comenzaba a tener dudas de toda esa historia.

Se tendió en la cama y vencido por el cansancio pensó que dormiría una hora para reponer fuerzas pero se equivocó. El sueño lo venció y se durmió hasta la noche.

Días enteros buscando a Phoebe, sufriendo una horrible angustia terminaron por dejarle agotado.

Al despertar supo que no podría ir a verla, debería aplazar su visita

hasta el día siguiente. Pero al menos sabía dónde estaba.

Al día siguiente, durante el desayuno su hermana Meg le habló. La había notado algo triste luego de la partida de Phoebe y de pronto dijo:

—Lo lamento Patrick, mamá... ella me prohibió que te dijera nada.

En ausencia de su madre podía hablar, necesitaba hacerlo, llevaba días callando.

—Creo que Phoebe no quería irse, sabes, y cuando vino a despedirse lloró. Lloró porque nos quiere y era muy feliz aquí, dijo que este era el único hogar que había tenido, que se sentía como en familia y también... creo que siente algo por ti, que se había ilusionado.

Patrick miró a su hermana con el corazón palpitante, ¿entonces era verdad? ¿Su corazón aún tenía esperanzas?

—¿Entonces ella te habló de ello, cómo es que lo sabes, Meg?— preguntó con cautela.

—No, no lo hizo pero rayos, bastaba con verles conversar a ella y a ti para saber que ambos están... enamorados. Porque tú la amas ¿verdad?

Él no respondió, no necesitaba hacerlo.

—Y creo que tú le agradas, no me habló de eso, sabes que siempre ha sido muy callada pero sí la vi mirándote y cuando tú aparecías ella se ponía nerviosa. Sé que es precipitado decirlo pero creo que deberías buscarla.

Mamá sabe dónde está. Dice que está bien pero yo no creo que sea feliz lejos de aquí, sin nosotros. Y además tampoco... no creo que sea justo que por culpa de su hermano ella deba ser sirvienta en una casa, sin poder descansar, pasando trabajos, Phoebe no tiene salud para los trabajos rudos, enfermará y... Creo que tú deberías pedirle ayuda a nuestro abogado para que reclame su herencia. Es suya. Sus padres debieron dejarle algo en el testamento y siendo hija del matrimonio... busca la forma de hacer algo, no es justo que pase su vida como una criada sólo porque su hermano la obligó a huir de su casa.

Tenía razón, Meg siempre era tan práctica y él se había mareado tanto primero intentando saber la verdad sobre Phoebe que pasó por alto ese detalle.

—Lo haré hermanita, gracias por hacérmelo notar, realmente creo que ella puede reclamar su parte de la herencia porque tienes mucha razón, no es justo para ella que tenga una vida dura sin tener salud para ello y además después de todo lo que sufrió. Fui un tonto, ¿sabes?

—Entonces habla con mamá, creo que ella sabe dónde está... es una sospecha que tengo.

El joven lord sonrió.

—Sí lo sabe, acabo de enterarme de ello y hoy mismo iré a visitarla.

Esas palabras sorprendieron a su hermana.

—¿Entonces tú ya sabes dónde está? Oh, qué maravillosa noticia.

—Bueno, debo ir a verla. Al parecer la llevó a la ciudad para que encontrara trabajo, pero como bien dices ella no tiene salud para esos trabajos pesados y tampoco es justo... no permitiré eso.

—Entonces ve ahora y convéncela de que regrese y dile que la ayudarás a reclamar su herencia. Es lo más justo.

El conde dijo que lo haría.

Pero él no quería convencerla, respetaría su decisión. No podía obligarla a regresar, tal vez fuera feliz en su nuevo hogar.

Avanzó hasta el hall de la mansión y tomó su sombrero y su saco.

—Estoy listo señor, cuando guste lo llevaré hasta la estación—dijo el cochero.

—¿A la estación?—replicó el conde sorprendido—¿pero a dónde diablos llevaron a la señorita O'Connell?

El cochero pareció algo avergonzado.

—A Dublín señor. En la casa de la familia O'Brien.

—¿Robert O'Brien? Pero ese hombre vive del otro lado del país.

—Así es, fue un viaje muy largo.

—¿Y Phoebe lo hizo sola?

—Una doncella la acompañó, señor—replicó el cochero.

—¿Y saben si llegó bien a destino? No creo que fuera prudente que

viajara con una sola criada.

—Llegó bien señor, Alice lo confirmó a su regreso.

Sin decir más subió al carruaje con gesto adusto. Justamente a Dublín, a la ciudad donde solía ir ese loco pervertido del infierno... ¿acaso su madre no pensaba? ¿O simplemente la envió bien lejos para que él no pudiera encontrarla? Estaba empezando a dudar de la gran generosidad de la señora...

El cochero lo llevó hasta la estación y luego sacó un trozo de papel doblado de su chaqueta.

—Aquí está la dirección de la señorita O'Connell, señor Ulshter... Lady Helen me la dio anotada—explicó el criado mientras le tendía el trozo de papel ajado.

—Gracias John—le respondió el conde mientras estudiaba la dirección.

Dublín. El viaje duraría más de dos horas pero no le importaba. Quería verla y conversar con ella, decirle que un abogado estudiaría su caso y podría pelear por su herencia. Excepto que no sabía si podría lograrlo siendo como era hija adoptiva, a menos que sus padres lo estipularan por testamento y... necesitaba buscar ese testamento.

No estaba seguro de que Phoebe quisiera iniciar un pleito. Ella sólo quería escapar del condado, no deseaba otra cosa. Jamás mencionó nada de un pleito a pesar de que hubiera sido lo más justo.

El tren comenzó a moverse y miró distraído a su alrededor. Sus pensamientos estaban muy lejos. En ese día que fue a los acantilados de Moher y la vio por primera vez...

Phoebe miró el reloj del comedor con ansiedad. Faltaban horas para terminar su jornada y estaba exhausta. Días enteros planchando, lavando ropa, y lo más pesado: llevar jofainas y baldes de agua caliente al primer piso para el aseo del señor y su familia, todo lo más pesado descansaba en sus hombros hasta que la señora regresara de su viaje a Londres y entonces, se la recomendará como dama de compañía pues no podía quedarse en la residencia de los O'Brien sin hacer nada. Así lo dispuso la imponente y rolliza ama de llaves quien nada más llegar dijo a sus espaldas: “esa chica es muy delicada, no durará ni una semana, ¿qué quieres apostar?”

Y por eso le dio los trabajos peores de la mansión: cargar cubos de agua, limpiar la cocina, fregar pisos, tender la ropa...

En pocos días había hecho de todo y no tenía descanso.

Ni tampoco le daban comida ni la trataban bien.

No hacían más que burlarse de sus manos de princesa y sus modales de señorita de Clare como la llamaban.

Pero al menos tenía la esperanza de que luego se dedicara a atender a la señora Clayton en Londres en vez de tener que trabajar tanto en las

cocinas. Sólo tendría que leerle alguna novela, conversar con ella, sería una dama de compañía.

Además el lugar no le gustaba, era muy frío y la comida...

Diablos, los sirvientes de Ulshter eran reyes de vivir sin tener pasar tantos trabajos como los sirvientes de la mansión de los O'Brien, sabía que nunca faltaba en su mesa un buen queso, pan fresco ni ese delicioso potaje papas y carne, fruta fresca y dulces. Si bien fregaban y realizaban todas las tareas también tenían un tiempo para holgazanear y holgazaneaban de lo lindo.

Y en la mansión los manjares eran tan tentadores que al comienzo le dolía la barriga porque comía demasiado a insistencia de madame Ulshter que siempre le echaba en cara lo flaca que estaba. Para ella era una especie de criatura enferma por estar tan delgada.

Ahora la comida que le daban era desabrida y siempre estaba fría. Eran las sobras de otro banquete y eso la deprimía mucho más. ¡Qué distinto habías ido todo en Ulshter! Allí no había charlas frente al fuego los días de lluvia ni rato alguno de ocio, sólo trabajo, y más trabajo, el ama de llaves se ponía como loca si la encontraba sentada y descansando.

Phoebe pensó que debía ser fuerte y dejar de quejarse.

La señora Ulshter ya no quería que estuviera en la mansión.

“Tú eres muy frágil muchacha, como un cristal. No estás hecha para

el matrimonio y en tu situación, lo más prudente es un trabajo respetable que te garantice una vida digna y una paga adecuada. Además. Sé lo que tienes niña, se te nota a la legua y mi hijo está cortejando a una señorita de buena familia. Se llama Alice Becket. No es bueno que te hagas ilusiones... Ya has sufrido bastante”

Esas palabras se le habían clavado como un puñal. El hijo de lady Helen estaba cortejando a una señorita distinguida, una joven de buena familia y se casaría con ella. Porque era lo que su madre y su familia entera esperara que hiciera.

Sintió que las lágrimas rodaban por los platos que estaba secando y guardando en la alacena. No pudo evitarlo, ese día se sentía agobiada por la nostalgia de los días felices.

Un paseo por las nubes así había sido su estadía en Ulshter y sabía que esos días no regresarían y lo mejor era alejarse y olvidar, no fue sencillo hacerlo, tal vez fue una de las cosas más difíciles de su vida pero lady Helen no quería que se quedara en Ulshter y además su hijo la había acusado de ser una impostora. No podía quedarse un día más.

Y sintiendo un dolor espantoso buscó a lady Helen y le pidió ayuda pues no tenía a quién recurrir y ella fue tan comprensiva y amable. Además estaba muy ansiosa de alejarla de Ulshter. Para que no sufriera desengaños, decía. Y porque en realidad ya no tenía excusas para quedarse en la mansión,

no después que él la llamó mentirosa.

—Phoebe, apresúrate con eso. La señora Dylan quiere verte de inmediato—le avisó Anne, la fregona.

La joven dejó el plato que tenía en la mano y fue a ver qué quería ahora la cocinera. Estaba exhausta y ese uniforme le daba tanto calor.

Se enjuagó la frente y suspiró, estaba sedienta, siempre tenía sed o hambre, tal vez se había mal acostumbrado a la buena vida de Ulshter.

Se acercó al comedor y allí la cocinera la miró con expresión risueña.

—Phoebe, tienes visitas. Un caballero quiere hablar contigo, está en el hall. Sé breve por favor, hay mucho trabajo que hacer.

Esas palabras en vez de provocarle alivio la angustiaron.

—¿Un caballero? ¿Os dijo su nombre?—preguntó alarmada.

La cocinera dijo algo entre dientes.

—Ve, pidió para hablar contigo. Es muy apuesto y dijo que era urgente. ¿Has comprendido?

No, no quería ir. Y desesperada corrió a esconderse, si era su hermano y la había encontrado ya no tendría a donde ir.

—¿Pero qué haces, niña? Vuelve aquí enseguida.

Phoebe corrió con todas sus fuerzas cuando de pronto lo vio parado en el salón principal, frente al espejo y se detuvo al instante pensando que era una visión. No podía ser él. Se detuvo confundida y luego, al verse a ella

misma en el espejo con ese uniforme horrible y gris se sintió tan fea y desaseada. Ella que siempre llevaba el cabello sujeto con horquillas, rizado en ocasiones o suelto pero sujeto con un gorro.

—Señorita O’Connell, aguarde por favor. No se vaya—dijo él.

Vaya, hacía días que nadie la llamaba señorita O’Connell. En esa casa no era más que Phoebe.

—Señor Ulshter, lo siento pensé que... me asusté mucho, nadie me dijo que era usted—se disculpó ella.

Él se acercó y besó sus manos.

—Lo siento mucho, no quise asustarla. Señorita O’Connell, por favor, ¿podría hablar un momento con usted? Le prometo que no le robaré más de unos minutos.

Ella lo acompañó sin vacilar, con el corazón palpitante. Había ido, lo había hecho y la miraba como si... No, no podía hacerse ilusiones, su madre le había dicho que...

Cuando llegaron a los jardines se olvidó de dónde estaba, ¿qué importaba ese lugar ni lo que había pasado él quería hablarle? El señor Ulshter estaba allí, no era un sueño y había hecho un largo viaje sólo para hablarle.

Caminaron un trecho en silencio, ella esperaba que él le dijera el motivo de su visita. De pronto se detuvieron en la glorieta y el caballero le

pidió que se sentaran un momento.

—Se ve algo cansada señorita O’Connell. ¿Acaso la tratan bien aquí?

Ella no supo qué decirle, se vio tan deslucida vestida así, como una criada. Nunca pensó que se sentiría tan desdichada, realmente había esperado que ese empleo le diera un hogar transitorio.

—Estoy bien señor Ulshter, gracias por venir a visitarme—dijo entonces luchando con sus propios nervios. No quería que sintiera lástima por ella, nada de eso, era feliz de verle, feliz de que estuviera allí.

—Señorita Phoebe, ¿puedo preguntarle si realmente vino aquí por propia voluntad?—dijo él mirándola con intensidad.

Ella lo miró algo sorprendida por la pregunta.

—Sí... pensé que era lo mejor. Necesitaba encontrar un empleo y su madre me ayudó, señor Ulshter.

—Pero trabaja como una criada señorita O’Connell, esa no era la idea de mi madre, debía usted cuidar a una anciana que vive aquí. Dijo que la habían contratado como dama de compañía.

Esa réplica le sorprendió.

—No... es que la señora O’Brien está de viaje y vendrá en una semana por eso me han dicho que trabaje en las cocinas. Es transitorio.

El caballero estaba cada vez más enfadado y no podía entenderlo.

—No, no debió ser así señorita O’Connell. Usted no merece que la

hagan trabajar como fregona. Se ve cansada y triste. No lo niegue.

—Bueno, es un trabajo señor Ulshter. Pero no se preocupe por mí, estoy bien.

—¿Entonces usted realmente quería irse de la mansión, señorita O'Connell? ¿Tan mal la hice sentir que tuvo que irse? Yo lo lamento mucho, no quise... el día antes de su partida señorita temo que fui muy injusto no...

—Por supuesto que no, por favor no diga eso. Usted siempre fue muy bueno conmigo. Fueron todos muy amables, señor Ulshter. No tengo más que palabras de agradecimiento.

—¿Entonces por qué tomó la decisión de marcharse?

—Debía hacerlo, usted lo sabe. Le dejé una carta, ¿la recibió?

El conde asintió.

—Una triste carta de despedida.

—Señor Ulshter, lo lamento, pero tenía que hacerlo.

—¿Y esta es la vida que desea llevar señorita? Usted podría tener algo más, sus padres debieron dejarle un legado.

—Olvídelo por favor, jamás reclamaré nada a mi hermano. No quiero nada de él...

La mención de su hermano la alteró por completo y se alejó, como si quisiera irse pero él la retuvo.

—Aguarde, comprendo que no quiera reclamar su herencia señorita

O'Connell pero verla trabajar aquí me hace sentir enfermo. Disculpe mi franqueza, pero usted no tiene salud para este trabajo, no resistirá y temo que con estos fríos se enferme y nadie pueda cuidarla.

—Es que ya no puedo regresar a Ulshter, me encantaría pero su madre...

—¿Qué le ha dicho mi madre, señorita?

—Dijo que usted iba a comprometerse con una señorita y que yo no debía estar en su casa porque sería mal vista en el condado. Perjudicaría su compromiso. Y yo no la culpo, debía irme algún día, no podía seguir abusando de su generosidad señor Ulshter.

El caballero se puso muy serio y de pronto tomó sus manos y la miró con fijeza.

—Es lo que mi madre sueña, que me comprometa con una joven que ella apruebe. Pero le aseguro que no es verdad, no estoy comprometido con ninguna dama, se lo juro. Señorita Phoebe, míreme por favor, yo le salvé la vida una vez y volvería a hacerlo una y cien veces, por favor, no me haga esto. Sufro pensando que está aquí limpiando y fregando sin parar como una sirvienta. Usted no nació para esto, es una dama. Y aunque sus padres no estén para velar por usted me tiene a mí. Déjeme cuidar de usted. No rechace mi amistad ni mi ayuda, no lo haga.

Ella se emocionó al oír esas palabras, tenía razón, lo tenía a él pero,

su madre jamás lo aprobaría, la odiaría si osaba regresar a Ulshter.

—Y le agradezco todo lo que hizo por mí pero ya no puedo regresar, temo que mi hermano me encontró un día y esa es una de las razones por la que huí, estaba asustada, no lo niego.

—¿Y cree que aquí estará a salvo? Temo que se equivoca porque su hermano también puede encontrarla aquí señorita, viaja a Dublín en ocasiones. No está a salvo como cree. Pero si regresa conmigo, si lo hace prometo velar por usted y cuidarla con mi vida señorita O'Connell. Tal vez piense que he perdido el juicio y no lo niego, pero si la pierdo ahora jamás me casaré con nadie, señorita. Porque la amo a usted y no me avergüenza confesarlo. Creo que la amé desde el instante en que la vi caminando hacia el acantilado. No la conocía entonces, nunca la había visto antes pero al verla allí sentía algo extraño, algo que nunca había sentido.

Phoebe pudo sentir su corazón latir acelerado.

—Señor Ulshter no sé qué decir, me siento abrumado, jamás pensé que... creí que me creía una impostora, o que estaba loca.

—No, jamás pensé eso, se lo juro. Es que me obsesionaba saber la verdad sobre su pasado, sobre usted señorita O'Connell. Por favor, no me rechace. Sé que está confundida y que mis palabras la han abrumado pero...

—Pero su familia jamás lo aceptaría, no soy más que una joven huérfana y su madre cree que no soy digna de usted. Y temo que notó que

comenzaba a encariñarme y por eso me dijo que lo mejor era alejarme, para no sufrir un desengaño. Algo que según ella sería devastador para mí. Y usted merece una esposa que sea una dama de noble cuna, alguien que lo haga sentir orgulloso y también... Yo le quiero señor Ulshter, no niego que todo este tiempo he estado soñando despierta, imaginando cosas que no podrían ser jamás porque en mis sueños también llegan las pesadillas. Las pesadillas nunca se han ido y no sería justo para usted, merece una verdadera dama a su lado, una joven que no sienta miedo, sólo el anhelo de corresponderle.

—No quiero a una joven perfecta, ni tampoco admitiré que mi madre me escoja una esposa, la quiero a usted, señorita O'Connell, por favor, no me rechace ahora. Tengo el corazón en una mano a punto de quebrarse si me dice que no, si me dice que sólo he estado soñando e imaginando cosas en mi mente de enamorado.

—Jamás lo haría sufrir así señor Ulshter, jamás podría ser tan cruel. Sólo le he dicho las razones por las que esto no puede ser. Pero si me pregunta por mis sentimientos, existen y eso me asusta, lo confieso y al pensar que no había esperanzas escapé el otro día, por eso y porque creí que pensaba que le había mentado.

—Entonces señorita, si realmente siente algo por mí, si ha sufrido esta separación como la he sufrido yo, no se quede sola en esta casa. Nadie podrá cuidarla aquí, no estará a salvo y yo sufriré mucho si algo le pasa—y

tomando sus manos le rogó que regresara—si regresa conmigo será de nuevo mi huésped, le daré tiempo para que tener una amistad y conocernos un poco más. Comprendo que todo esto ha sido precipitado, que la amo sin saber ni cómo sintiendo que la conozco desde siempre pero no deseo prisas, no deseo que sienta que está obligada a corresponderme con su afecto si luego descubre que no era así. Le ofrezco mi ayuda, mi hospitalidad un tiempo más. Sólo eso. Si acepta regresar conmigo en el siguiente tren señorita O’Connell.

Phoebe sintió que no podía negarse, estaba llorando, se sentía emocionada y feliz y sólo pensaba en regresar a Ulshter y en la declaración de amor que había oído de sus labios. No podía creerlo, sabiendo que era algo tan fuerte y repentino se había animado a declararle su amor, era mucho más de lo que había soñado... y de pronto comprendió por qué lady Ulshter su madre la había apartado de la mansión, por qué parecía tan ansiosa de librarse de ella. Y pensar que le hizo creer lo contrario, notando su interés por Patrick decidió decirle que él estaba cortejando a una señorita del condado.

—Señor Ulshter, aguarde, quiero que sepa que me encantaría aceptar su proposición y viajar a la mansión del acantilado, por favor disculpe mi franqueza si le digo que temo no seré bien recibida por su madre y eso me hará sentir muy mal.

El caballero se puso muy serio.

—Señorita O’Connell, comprendo lo que me dice y no tiene que

disculparse, pero no soy un niño, soy un hombre y tomo mis propias decisiones y si decido llevarla a Ulshter nuevamente como mí invitada y usted acepta nadie podrá impedirlo y le doy mi palabra que jamás será molestada por ello pues he hablado con mi madre y le he dejado muy en claro mi parecer en todo este asunto de traerla a Dublín sin mi conocimiento, a trabajar como sirvienta en una mansión. Jamás lo habría autorizado, no fue justo para usted, además era mi huésped e invitada, no debía marcharse así, enviarla aquí fue una maldad y no toleraré que vuelva a pasar algo como esto en el futuro, se lo aseguro.

Se hizo un silencio entre ambos y entonces él le rogó que regresara a Ulshter como su invitada el tiempo que lo quisiera conveniente.

—No la obligaré a aceptarme, jamás haría eso señorita O’Connell, le doy mi palabra. Ni pretendo que usted corresponda a mi afecto pero... Le ruego que no se quede aquí ahora, luego decidirá qué desea hacer, sin prisas, con tranquilidad. Como una vieja amiga de la familia, como mi amiga señorita. Una amiga a la que tengo gran estima.

Ella no podía negarse, ¿cómo iba a hacerlo? A pesar de sus dudas y reticencia a causa de lady Helen sabía que si un día se convertía en la esposa de Patrick no sería sólo un sueño para ella, sería un sueño por el que debería luchar y tal vez para alcanzar la felicidad tendría que sortear obstáculos y espinas. Pero si él la amaba y ella también, ¿por qué negarlo? Verle llegar a

la casa de Dublín fue la visión de un sueño, el más caro anhelo de su corazón.

Y cuando él esperó paciente su respuesta ella lo miró y luego bajó la mirada.

—Acepto regresar pero quisiera poder ser útil en la mansión, ayudar en las cocinas o tal vez...

Esa sugerencia le pareció insólita al caballero.

—Señorita O'Connell, no trabajará en Ulshter, será mi huésped, sólo le pediré a mi madre que le enseñe el manejar de la mansión y la instruya en esos menesteres. Sólo eso.

¿Y para qué querría ella aprender a manejar una mansión? Se preguntó intrigada.

—Está bien, acepto señor Ulshter, nada me haría más feliz que regresar pero....

Su mirada lo decía todo, su mirada brilló de felicidad.

—Entonces no hay tiempo que perder, por favor, venga conmigo ahora señorita O'Connell.

La mansión de Ulshter aguardaba, silenciosa y pintoresca, con ese magnífico mar de fondo. Ese lugar maravilloso al que sentía como suyo, su hogar...

Margaret corrió a recibirla, corriendo a campo traviesa como una

chiquilla y su madre la siguió a distancia, nada emocionada con el regreso de Phoebe O'Connell. Miró a su hijo y este dijo que luego hablarían.

Margaret y Phoebe se abrazaron como dos viejas amigas. Luego Meg se quejó de lo pálida que estaba mientras tomaban el té en el comedor principal.

—Es que Phoebe no viajó a Dublín para servir a una señora y ser su dama de compañía, sino que realizaba tareas de fregona en las cocinas de la mansión de la señora O'Brien—dijo el joven Ulshter, sombrío.

Lady Ulshter tosió nerviosa.

—Pero eso no fue lo que acordé con la señora O'Brien, oh qué terrible, no cumplió con su palabra—se quejó.

—Pero fue lo que ocurrió madre, la pobre Phoebe estaba agotada y ahora dejaré que ella descanse mientras conversamos en la biblioteca.

La dama sabía que la conversación no sería cordial, la expresión de su hijo era de furia desatada. Bueno, ¿y qué iba ella a imaginar que pondrían a la jovencita a trabajar de fregona? Eso no era su culpa. Dirigió sus pasos a la biblioteca y hacia allí fue resignada, sabiendo que le esperaba una pequeña reprimenda. Pero había regresado con esa jovencita, ¿qué podía ser peor que eso?

Miró nerviosa a su hijo.

—Lo siento mucho Patrick, querido, realmente no sabía que ocurriría

esa calamidad. Que serían tan ruines de obligarla a trabajar como fregona. ¡OH qué horror!—dijo.

Él sostuvo su mirada nada conmovido con sus palabras.

—Sólo querías que abandonara Ulshter, no te importó saber cómo la trataban en esa casa, tú la obligaste a quedarse allí pero eso no volverá a ocurrir, te lo aseguro. Y ahora, sólo quiero decirte madre que le he pedido matrimonio a Phoebe y ella me ha aceptado durante el viaje de regreso. Pero será sin prisas, cuando llegue el momento adecuado y mientras tanto tú la instruirás en el manejo de esta casa. No como una sirvienta, sino como la futura condesa de la mansión de Ulshter madre.

Ante semejante discurso la dama hizo un sonido que parecía el cloqueo de una gallina alcanzada por una pedrada. No, no podía estar pasando, su hijo no podía estar hablando en serio. ¿Cómo ocurrió esa calamidad? Su hijo no le había advertido que tuviera intenciones tan serias con esa señorita... ¿y ahora regresaba y le decía que se casaría con ella?

—Pero hijo tú no puedes casarte con esa joven, no sería correcto. Tu matrimonio debe ser un evento social muy importante y...

No pudo continuar, su hijo le dijo sin pestañear:

—Es que voy a casarme con la señorita O'Connell porque estoy enamorado de ella y sé que corresponde a mi afecto y me ha aceptado. Sólo eso necesitaba y por favor nada de discursos sobre que debo casarme con una

rica heredera del continente porque no me agradan las inglesas ni las jóvenes de aquí. Ya lo has intentado en el pasado pero ninguna logró persuadirme de que fuera buena idea casarme hasta que la conocí a ella en el acantilado, madre y nada de lo que diga me hará cambiar de idea. Ahora espero que tratéis a mi prometida con el debido respeto y afecto que merece.

—Pero tú no puedes estar hablando en serio Patrick. Tu padre jamás lo habría aprobado, jamás te habrías atrevido a cometer esa locura si tu padre viviera.

Esas palabras enfurecieron a su hijo y sus ojos adquirieron un brillo de ira muy peligroso.

—Mi padre era un hombre bueno y jamás me habría obligado a hacer una boda pensando únicamente en la ventaja o el prestigio—replicó su hijo con fría calma.

La dama apretó los labios para no decir cosas que luego debiera lamentar. Comprendió que había perdido la batalla. Al final, la joven huérfana lo había conseguido: se casaría con su hijo y la se convertiría en la nueva señora de la mansión. ¡Al diablo! No se doblegaría ante la embustera manipuladora que había traicionado su confianza fingiendo modestia y timidez mientras a escondidas le coqueteaba a su hijo al punto de enloquecerle de amor y arrastrarle a realizar una boda desigual. Su hijo era heredero de un antiguo linaje y no podía casarse con la hija adoptiva de un

caballero arruinado. Hacía mucho tiempo que la familia O'Connell no realizaba bodas ventajosas, y además estaba ese horrible asunto del hermano del que no quería ni acordarse.

Pero no dijo nada y aceptó todo lo que decía su hijo mientras su mente hacía planes.

¡Sobre su cadáver esa boda iba a celebrarse! Su hijo no cometería esa locura impulsado por una necia pasión del corazón, el matrimonio era un asunto muy serio que no podía decidirse por un capricho, un enamoramiento repentino y necio. Nunca un Ulshter había cometido semejante locura, si luego de casarse con una joven bueno, un caballero podía tener un amorío sí con una joven de clase inferior, pues no lo alentaba ni lo condenaba, pero de allí a casarse con una joven que no era de su condición social, una huérfana, una joven de la que nadie había oído hablar jamás... pues no lo permitiría. Esa boda no debía realizarse.

Días después, Phoebe quiso dar un paseo por el acantilado acompañada de Margaret y dos criados. Porque él le había pedido que por su seguridad no diera paseos en solitario. Ella necesitaba ver el mar, lo había echado tanto de menos.

Y mientras respondía a las preguntas de Meg sobre su viaje a Dublín contemplaba el mar con expresión de embeleso.

—¿Entonces vais a casarte con mi hermano?

La pregunta la tomó por sorpresa, pero Meg sonreía sin ánimos de curiosear, sólo quería saber si aceptaría a su hermano.

Phoebe asintió sonrojándose mientras esquivaba su mirada.

—Pues espero que seáis muy felices los dos, lo merecen... Mi pobre hermano sufrió tanto cuando lo abandonaste.

Phoebe la miró.

—Es que tenía que irme, pensé que él...

—OH descuida, lo sé. Fue mi madre. Ella no quiere esa boda pero no le hagas caso. Lo importante es que mi hermano te ama y no será feliz hasta que te conviertas en su esposa.

Phoebe sonrió. No era tan locuaz como Meg ni podía responder al sin fin de preguntas que la hacían sentir incómoda.

Al menos Meg era amable y su compañía vivaz y divertida. No así su madre, lady Helen que no parecía nada contenta con su regreso a Ulshter a pesar de que anunciara que le enseñaría el manejo de la mansión. Estaba segura de que su boda con su hijo la disgustaba y eso la atemorizaba pues ¿cómo sería su vida luego de la boda con una suegra que la detestaba?

De pronto sintió el ruido de unos caballos y se asustó, se acercaban a ellos y eran un grupo numeroso.

Phoebe retrocedió espantada pero Meg dio un paso enfrente.

—No te preocupes, tal vez sea mi hermano—dijo.

Pero la joven tuvo un mal presentimiento al ver ese grupo de jinetes alejarse rumbo a la mansión.

—¿Lo ves? Han seguido de largo—dijo Meg.

Pero ella no se sintió tan tranquila y no se equivocaba pues minutos después apareció Patrick con torvo semblante seguido de un séquito de sirvientes.

—Phoebe, ven, debes esconderte, sube a mi caballo ahora.

¿Esconderte? ¿Por qué?

La joven no tuvo tiempo a preguntar cuando Meg habló por ella pero su hermano la ignoró, se veía nervioso y agitado.

—Luego te contaré, ahora debes venir conmigo—le respondió.

Phoebe subió a su caballo con su ayuda y regresaron a la mansión, pero no siguieron el sendero de la playa sino que lo hicieron por el lado oeste. Pensó que era porque allí estaban los caballos pero se equivocaba.

El caballero estaba agitado y nervioso y dio órdenes a sus sirvientes de que guardaran silencio sobre Phoebe. Luego tomó su mano y la llevó a las cocinas mientras el mayordomo hablaba con los criados que miraban la escena atónitos.

Sabía que había pasado algo grave pero él no le dijo nada. Hasta que escuchó una conocida voz decir su nombre.

Estaba allí, su hermano. Era como ver al diablo y sintió que las piernas le temblaban. La había encontrado, alguien debió delatarla, alguien le avisó que estaba en Ulshter.

Y sus ojos vieron a lady Helen a la distancia mirándola con expresión maligna, exultante. Ella lo había hecho, no tenía dudas, ¿quién más haría una maldad semejante? ¿Y sabiendo todo lo que su hermano le había hecho sufrir, cómo fue capaz de hacerlo?

Todo ocurrió muy rápido, porque Patrick no iba a permitir que su hermano le hiciera daño, ni siquiera dejaría que se acercara.

—Aléjese de mi prometida señor O’Connell, o juro que lo lamentaré—dijo muy en alto.

Eric O’Connell era un hombre alto y fuerte como un toro, sus ojos negros le miraron con odio. Era un rostro duro y sus facciones rústicas parecían talladas en piedra, pero entonces vio a su hermana y avanzó con prisa seguido de un grupo de criados de la mansión de aspecto muy fiero. Sus ojos oscuros de gitano brillaban de rabia mientras avanzaba con rapidez.

—¿Ha dicho su prometida, señor Ulshter? La pobre está loca, ¿sabe? Y no sé lo que le ha contado pero la pobre no razona como una persona normal me temo y por eso debo llevármela a casa.

—Phoebe no está loca, usted sí lo está. Y no intente acercarse a ella o juro que lo mataré—le amenazó Patrick Ulshter y sacó una pistola de su

sobretudo largo.

Al ver la pistola Eric recapituló y paró en seco.

—Caramba hombre, me conoce usted de Dublín, sabe que no miento y que soy persona de bien. La señorita está loca y sospecho que lo ha embaucado. Siempre lo hace. Enamora con su carita de ángel triste y desamparado. ¿Qué historia habrá contado esta vez? ¿La del hermano malvado que le pega y la mantiene encerrada para robarle su herencia? Miente señor Ulshter, inventa cosas para tener su compasión. Pero la verdad es que siempre he cuidado de mi hermana lo mejor que pude hacerlo, pero ella es rara y se escapa, fantasea que quiere encontrar a sus verdaderos padres y cosas así, no debe tomarla en serio. Ahora le ruego que se calme y comprenda que no le he mentado, todo lo que dije es cierto. Por favor, baje esa pistola hombre, he venido a decirle la verdad. Phoebe siempre se escapa, regresa al tiempo con algún enamorado que quiere casarse con ella y tengo que explicarle luego, tomarle el tiempo para que sepan la verdad. No es que mienta la pobre, es que no está muy bien de la cabeza. Sufre una tara hereditaria. No la juzgue mal ni crea las historias que le contó, por favor. ¿Realmente quiere casarse con una joven tan chiflada?

Phoebe sufrió un ataque de llanto al oír eso. Toda su vida la habían tratado de loca, la habían encerrado y ahora pretendían culparla de todo y destruir su reputación haciéndola ver como una joven casquivana que contaba

historia para conquistar hombres. No podía permitirlo.

—Mientes Eric, eres un maldito. Me mantuviste apartada del mundo, atormentada y con marcas en mis brazos, en mi cuerpo. ¿Cómo explicas eso? Y el señor Ulshter me rescató el día que quería lanzarme por el acantilado, quería hacerlo porque ya no soportaba más esta vida. Y ahora vienes aquí con tus mentiras, eres un demonio Eric y antes muerta que volver a Warren hills. Prefiero morir, ¿entiende?

Eric rió mostrando una hilera de dientes afilados y muy blancos.

—Bueno, dicen que sólo los locos intentan matarse. ¿Lo ve? Allí está la verdad, su propia locura la impulsa a cometer más locuras. Sufre una enfermedad nerviosa, siempre fue así por eso debíamos cuidar que no se escapara. No era por maldad o negligencia, era por su propio bien. Si desea puedo traer al doctor que la atendió hace años.

Phoebe sollozó al oír eso, las mentiras de su hermano la indignaron primero y luego sintió como si un puñal la atravesara la espalda cuando su futura suegra habló.

—¿Entonces esta jovencita sufre una enfermedad nerviosa incurable, señor O'Connell?—preguntó lady Helen acercándose a la escena.

Eric la miró.

—Me temo que así es, señora Ulshter, lamento los problemas que esto le ha ocasionado a su familia. Mi hermana es así, huye, encuentra un

incauto que la recibe en su casa y luego lo enamora y quiere casarse con él. Ya ocurrió dos veces en el pasado, pero luego, al saberse engañados recuperaban la cordura y se marchan algo tristes me temo. Lamento todo este mal entendido señora, y que Phoebe abusara de su hospitalidad. Pero quiero agradecer que la retuvieran aquí y cuidaran de ella y me avisaran por supuesto.

Lady Helen miró a su hijo.

—Es que no habéis oído Patrick, por favor, baja esa pistola. No puedes casarte con una joven trastornada, que inventa historia para conseguir enamorados y luego plantarles. Ella no sería una esposa apropiada y lo sabes.

—No es verdad, por favor, no le creas. Él está enfermo. Pueden ir a Warren hills y hablar con los sirvientes, ellos dirán que no he mentado. Nunca he mentado—intervino Phoebe desesperada.

Y cuando Eric quiso tocarla Patrick le apuntó a la cabeza.

—Aléjate de mí prometida ahora, demonio corrompido. Sé toda la verdad. Basta de mentir, de hacerle daño a Phoebe. No permitiré que vuelvas a acercarte a ella nunca más, ¿entiendes? Porque tu criada, la señora Lofts me lo contó todo hace días, sé toda la verdad. Sé que tu madre adoptó a una niña y la encerró para que nadie la viera y tú intentaste hacerla pasar por tu amante porque sentías inclinaciones enfermizas por tu hermana. Y esperabas que un sacerdote fuera a la mansión y los casara en secreto.

Eric retrocedió al oír sus acusaciones.

—Y si no abandona ahora mi propiedad llamaré a la policía. Usted no tiene ninguna potestad para retener a esta joven, porque además no es su hermana, si lo fuera sería diferente.

Los ojos pardos de Eric brillaron de rabia e impotencia.

—¿Y quién le creerá una historia tan ridícula como esa? La señora Lofts es una pobre sirvienta, no podrá dar fe de sus palabras. Nadie le creerá y pensarán que fue embrujado por mi hermana.

—Encontraré pruebas, el testamento de sus padres señor O'Connell, le aseguro que llevaré este asunto a los tribunales y nada me detendrá. Todos sabrán lo que le hizo a su pobre hermana.

—Bueno, hágala lo que le parezca señor Ulshter. Al parecer está muy empeinado en ello. Sin embargo debo advertirle que vine a buscar a mi hermana y no me iré sin Phoebe, no renunciaré a ella. Y si quiere que me vaya deberá entregármela ahora o de lo contrario seré yo quien acuda a la policía y diré a todos que retiene a mi pobre hermana loca contra su voluntad. Eso es un delito. ¿Está seguro de que desea esto caballero de Ulshter? Podría ser un escándalo mayúsculo.

Lady Helen chilló horrorizada al oír eso.

—Por favor Patrick, no te dejes arrastrar en el fango por una joven que ni siquiera es tu esposa. No es más que un capricho, ese matrimonio sería

un pésimo error. Deja que se la lleve el joven O'Connell. Ya oíste lo que dijo, la pobre no está bien de la cabeza, miente. ¿Cómo puedes pensar ahora en hacerla tu esposa?

Patrick miró con odio a uno y a otro.

—Tú lo hiciste ¿no es así? Tú le dijiste a este demonio que Phoebe estaba aquí, madre—la acusó—¿Cómo pudiste?

Ella se alejó espantada pero no lo negó.

—Sí, debí suponerlo. Has traído a este demonio a mi casa para que reclamara a Phoebe, porque él no la ve como su hermana por más que asegure que quiere protegerla, tiene intenciones perversas. . Pero eso se terminó O'Connell, nunca más osarás acercarte a Phoebe ni podrás siquiera acercarte a nadie porque voy a matarte por todo el daño que le has hecho a mi prometida.

El arma apuntó directamente a la cabeza de Eric y estaba cargada, lista para usarse, sólo tenía que jalar del gatillo.

El joven retrocedió alzando las manos.

—Está bien, me obliga a hacer algo que quise evitar. He venido a conversar con usted y tratar de aclarar las cosas pero puesto que no escucha tendré que ir a la policía y decirles la verdad.

—¿Cuál verdad? Nadie sabía que tenía usted una hermana, la mantuvo escondida. Y puedo probar que la señorita O'Connell no sufre

ninguna tara hereditaria como asegura. Le aseguro que no podrá hacerle daño a mi prometida, nunca más, y lo arruinaré si lo intenta. Y si vuelvo a verle en mi propiedad señor O'Connell pues juro que tendré matarlo.

—No puede arrebatarme a Phoebe, no puede casarse con ella. Jamás daré mi aprobación. Y ella es mi hermana, no lo olvide y todavía soy su tutor legal.

—Eso no será necesario, no necesito su aprobación ni espero tenerla. Ahora márchese de mi propiedad antes de que olvide de que soy un caballero.

Ulshter estaba furioso y su enemigo lo notó, supo que no hablaba en vano y que cumpliría sus amenazas, así que decidió irse.

Sin embargo la joven quedó muy afectada, temía que su hermano regresara y la obligara a retornar a la jaula donde años la había mantenido cautiva.

Y aunque Patrick le prometió que eso no ocurriría no se sentía tranquila. Era tan injusto, cuando estaba a punto de casarse y ser feliz, que ese demonio regresara así de repente y la acusara de escapar y seducir incautos...

Y Patrick al verla tan afligida dijo que harían un viaje a Inglaterra para poder casarse.

Su madre intervino.

—Pero para casarte con la señorita O'Connell necesitarás su

certificado de nacimiento—dijo con cautela.

Ambos se miraron.

—¿Realmente es necesario?

—Lo es, hijo. Sin eso no puedes desposar a Phoebe.

Patrick se tensó.

—No hay partidas en la Iglesia de Clare, madre. Phoebe no estaba allí, la busqué...

Lady Ulshter sostuvo su mirada.

—Entonces deberás hablar con nuestro abogado y solicitar su ayuda. Tal vez Phoebe fue anotada con otro nombre cuando fue adoptada. Debéis ir al orfanato antes y averiguar.

Lo haría, removería cielo y tierra para poder casarse con Phoebe.

—Creo que debes hablar con nuestros abogados, hijo. Ese caballero no es de fiar, esa mala persona. Os perjudicará en todo lo que pueda, tratará de arruinar vuestra boda con su hermana.

No se rendiría. No cejaría en su empeño de desposar a la joven que amaba, y nada se lo impediría.

Se acercó a Phoebe y le habló para tranquilizarla.

—Lo siento, señorita Phoebe, esto no debió ocurrir. Pero no debe tener miedo ahora, nunca más volverá a acercarse a usted. No lo hará.

Phoebe secó sus lágrimas y trató de dominarse, de controlar sus

nervios pero le fue difícil. Estaba muy alterada, la visita de su hermano la había dejado afectada.

—Venga conmigo por favor, demos un paseo ahora—dijo Patrick.

La joven vaciló.

—No sé si pueda, sir Ulshter. Lo siento pero temo que ese demonio esté aquí todavía.

El caballero tomó su mano y la besó.

—No debes tener miedo, Phoebe. Está a salvo ahora y sólo quiero decirte que nunca más se acercará a esta casa, ni a usted. Te lo prometo.

Pero Phoebe no estaba tan segura de ello.

—Regresará, él lo hará, lo conozco bien y es muy malo, y ahora que sabe que estoy aquí, no dejará de perseguirme. Os hará daño, señor Patrick, lo sé.

El caballero se puso muy serio.

—Eso no ocurrirá, se lo prometo señorita. Está a salvo aquí y le aseguro que haré hasta lo imposible por cuidar de usted y convertirla en mi esposa.

Phoebe lloró de emoción y de miedo. Era más que un sueño para ella pero ver a ese demonio en la mansión la dejó muy afectada y a pesar de lo que adoraba dar paseos por la playa ese día no quiso hacerlo, prefirió ir a su habitación a descansar y echar los cerrojos pues allí se sentía más segura.

Lady Ulshter le dirigió una mirada de maligna satisfacción mientras se marchaba. Pero entonces la dama tuvo que enfrentar la ira de su hijo y sus sospechas cayeron directamente sobre ella.

—¿Acaso le habéis avisado a ese demonio que Phoebe estaba aquí, madre?—le increpó.

La dama lo negó todo y se mostró muy horrorizada de que su hijo la acusara de semejante maldad.

—Por supuesto que no lo hice, ¿cómo podría?

El caballero la miró con fijeza.

—Pues no os creo ni una palabra, madre.

—Es verdad, jamás haría eso.

—¿Y cómo supo que estaba aquí? ¿Quién le dijo?

—No lo sé...

—Pero tú no querías que despose a la señorita O'Connell, me lo habías dicho en más de una oportunidad.

La dama tragó saliva.

—Es verdad y sigo creyendo que cometéis un error. Que ella no es quien dice ser y ese caballero vino aquí a reclamarla no como su hermana.

—Y eso es lo más condenable, madre.

—Patrick, ¿es que estáis ciego hijo? Esa joven no merece vuestros desvelos, nadie sabe quién es con certeza, ni ella lo sabe. Y no podréis

desposarla sin el certificado de nacimiento.

—Conseguiré ese certificado madre, lo haré. Nada impedirá que me case con Phoebe y me siento muy defraudado con vuestro proceder.

La dama se fingió sorprendida, ofendida y lo negó todo, negó tener algo que ver con la visita desagradable de O'Connell. Pero su hijo no le creyó.

—No os creo nada. Deseabais impedir nuestra boda, pero creo que habéis llegado demasiado lejos esta vez. Primero enviasteis a Phoebe a una casa en Dublín para que sirviera de fregona, la humillasteis, le hicisteis sentir que no podía ni debía estar aquí. Y ahora, ocurre algo muy inesperado y desagradable: aparece su hermano aquí. ¿Quién le avisó? ¿Cómo supo que Phoebe estaba aquí? Durante semanas ella estuvo a salvo aquí y ahora... el día menos pensado, cuando tus planes de apartarla de aquí fracasaron aparece ese demonio, muy seguro de lo que hacía. Como si alguien le hubiera advertido.

Lady Helen no pudo seguir fingiendo que no tenía nada que ver en el asunto y en sus ojos asomó la culpa y la rabia. No dijo palabra para defenderse pero su hijo supo que no le había errado. Su madre, sencillamente estaba decidida a impedir su matrimonio con Phoebe y ese fue su último intento de arruinar sus planes de boda.

—Creo que deberías pensar en regresar a Kerry, madre.

Lady Helen no podía creerlo. ¿Se atrevería su hijo a expulsarla de su hogar, de la mansión de Ulshter?

—Vuestra maldad me causa pena y dolor, pero creo que es lo mejor madre. Que os mudéis a la mansión de Kerry.

—Patrick, ¿acaso estáis echándome? Pero este es mi hogar.

—No. Este será mi hogar y el de Phoebe, el de nuestros hijos. No puedo permitir que os inmiscuyáis en mis asuntos y sigáis haciéndome daño. Sé cuánto odiáis a mi prometida pero ella será mi esposa y merece un trato digno, y que nadie, ni tú le hagáis daño. Temo que volverá a pasar, que usted madre, hará algo para separarnos, porque no soporta la idea de que me case con ella.

Lady Helen lloró y furiosa le dijo:

—¿Y crees que esa joven será una buena esposa para ti? Lo lamentarás Patrick, un día lo harás y será demasiado tarde para arrepentirte de tu locura.

Nada lo hizo cambiar de idea. Su madre debía irse.

Lady Helen aceptó su derrota y regresó a su habitación para juntar sus pertenencias.

Se iría al día siguiente, sin falta.

Que su ingrato hijo aprendiera solo la lección, ella ya no podía seguir protegiéndole del desastre porque al parecer él quería arruinar su vida a causa

de una pasión, un capricho amoroso del que no saldría nada bueno. Ya se lo decía el corazón. Esa huérfana sólo había traído desgracia para su familia y en el futuro sería peor. Pues el necio de su hijo estaba decidido a casarse con ella.

Lady Helen estaba al borde de las lágrimas pero no lloró sino que rezó y le pidió al Altísimo una cosa: justicia, sólo eso: justicia y que fuera capaz de quitar la venda que tenía su hijo porque no tenía dudas de que estaba ciego. Ciego y camino a un precipicio. Pues nada bueno saldría de ese matrimonio. Esa jovencita era el mal mismo, la había separado de su hijo por una especie de venganza.

Un sonido en la puerta la despertó de sus reflexiones.

Su doncella llegaba para ayudarla con el equipaje pero no venía sola, su hija Margaret la acompañaba. La pobre tenía cara de espanto, horrorizada por el giro inesperado que había tenido la pelea de su madre con su hermano.

—Madre, no puedes irte ahora. Por favor. No te vayas.

Lady Ulshter puso cara de soberbia.

—Me temo que no tengo opción, Margaret. Vuestro hermano me ha pedido que me vaya a la mansión de Kerry y lo haré. No desea que viva bajo el mismo techo luego de que se case con su señorita desconocida.

—Pero eso no es justo. Este es su hogar madre, no puede irse ahora. No puede hacerlo. Por favor.

Su hija lloró y le rogó que se quedara pero lady Helen fue inflexible.

Sin embargo, al notar que su hija estaba muy angustiada le dijo que regresaría.

—Vuestro hermano deberá pedírmelo, y sé que lo hará, cuando comprenda que tenía razón al decirle que esa boda era un error.

Por más que insistió, la jovencita no pudo convencerla. Margaret tuvo que aceptar que la pelea había sido más fuerte de lo que había creído y ambos eran muy orgullosos para retroceder. Ninguno quería hacerlo.

Su hermano dijo que su madre había hecho demasiado daño a su prometida, primero al expulsarla de Ulshter y ahora al avisarle a su hermano que estaba allí.

Fue demasiado y lo entendía pero... ¿qué haría sin su madre? Ella no era mala, sólo defendía a su familia y estaba en contra de ese matrimonio.

Y al día siguiente, Margaret anunció que se iría con su madre.

No se quedaría en esa casa sin ella. Su hermano había llegado demasiado lejos para defender a Phoebe. Que en realidad ni siquiera era su esposa todavía.

Patrick se quedó de una pieza al ver que su hermana se unía a su madre con dos maletas y la acompañaba al carruaje.

—Margaret, no es necesario que hagas esto—dijo él.

Pero su hermana estaba triste, era muy unida a su madre y la idea de

que su hermano hiciera eso le rompía el corazón.

—Mamá no merece esto, Patrick, me siento muy desilusionada de ti y no quiero quedarme en Ulshter. Este ya no es mi hogar. Al parecer es el hogar de tu protegida, de tu futura esposa pero no el nuestro.

En vano él quiso explicarle y luego rogarle que se quedara, Margaret entró en el carruaje y se fue con su madre. Si lady Helen abandonaba la mansión ancestral donde había vivido desde recién casada pues ella era su hija y la acompañaría a la mansión de Kerry. Lloró mientras se iban, no pudo evitarlo, la mansión del acantilado también era su hogar pero no podía permitir esa injusticia, esa indignidad contra su madre.

Imaginaba que era inocente de todo y que su hermano estaba loco de amor por Phoebe.

No le importaba nada más.

Ni tampoco su familia al parecer.

Sólo Phoebe O'Connell MacNeil.

Sólo ella...

Los ojos tristes de Margaret se empañaron mientras veía desaparecer lentamente la mansión del acantilado.

Desde su habitación, Phoebe vio el carruaje alejarse y sintió pena. Echaría mucho de menos a Margaret.

Y de pronto se volvió para preguntarle a su doncella.

—¿Regresarán pronto?

La doncella la miró perpleja.

—Es que no lo sé, señorita Phoebe—le respondió esquivando su mirada.

La joven no hizo más preguntas, esperaba que su partida no fuera por su causa.

Phoebe se sentía extraña y solitaria en la mansión, habría preferido contar con la compañía de Margaret, su alegría y complicidad pero sólo Patrick estaba allí y esa noche, durante la cena sintió su mirada en varias ocasiones como si quisiera decirle algo y no se atreviera.

—Lamento que tu hermana se fuera, Patrick—dijo ella para romper el silencio.

Él la miró con fijeza.

—Ella quiso acompañar a mi madre Phoebe, no fue tu culpa, no debes sentirte culpable.

—Pero ellas son tu familia, ¿cómo esperas que no me sienta culpable?

Los ojos de Patrick se oscurecieron de repente.

—Phoebe, es mi vida y os he elegido para que seáis mi esposa. Sólo vuestra negativa impediría que os convirtiera en mi esposa.

—Sabéis que nunca podría hacerlo. Sólo que quisiera que vuestra

hermana y vuestra madre no estuvieran disgustadas por eso.

—No os preocupéis por eso, lo aceptarán... necesitan tiempo. No estoy enojado con Margaret, sólo molesto y herido por lo que hizo mi madre para separarnos. Es que no puedo perdonarla ahora, necesito tiempo y además, ella debe comprender que no puede dominarme ni decirme lo que debo hacer. Soy un hombre Phoebe, ya no soy un muchachito gobernado por sus padres, tengo muchas responsabilidades y sé lo que es mejor para mí. Mi madre ha tenido una conducta que me apena y avergüenza. Jamás debió hacer lo que hizo.

—Lo sé pero, es vuestra madre y la perdono. Soy una joven pobre y quizá ella quería algo mejor para ti. Una joven de buena familia... es una costumbre que un joven heredero escoja una dama de su mismo linaje para casarse.

—Pero ninguna niña casadera me tentó antes, Phoebe, sólo tú... desde que te vi en esa playa, todo mi mundo cambió entonces y sé que sólo quiero pasar mi vida a tu lado. Tú eres mi sueño Phoebe y no permitiré que nadie os haga daño jamás. Y quiero que seáis mi esposa cuanto antes, mañana iré a hablar con el padre André, Phoebe, lo haré. Quiero que vivas aquí como mi esposa, no como mi huésped, ya no más...

Phoebe sonrió emocionada y sus ojos lo decían todo.

—Mi corazón también lo anhela, hace tiempo que sueño con ese día y

ya no pienso en el calvario que fue mi vida antes, siento que he vuelto a nacer y que el señor me dio una nueva oportunidad. Una nueva vida para poder vivirla junto a ti, Patrick. Habéis hecho tanto por mí pero no es por gratitud que estoy aquí, es verdad—declaró con voz emocionada.

Él tomó su mano y la besó y de pronto se incorporó y la tomó lentamente entre sus brazos para besarla. Phoebe no lo rechazó, sólo se quedó algo tiesa por timidez pero aguardó inquieta ese beso, esa caricia apasionada y espontánea cuando la rodeó con sus brazos y la atrajo lentamente contra su pecho. Sabía que nunca antes había sentido algo como eso. Una dulce caricia, ardiente y apasionada pero casta, fue un beso espontáneo y breve y luego, la retuvo entre sus brazos sólo para mirarla y sentirla cerca.

Pero en su mirada había temor.

—¿Estáis segura de que queréis ser mi esposa ahora?

Phoebe asintió.

—Sí, por supuesto—respondió sin vacilar.

Él sonrió al oír su respuesta, se le notaba el amor en la mirada, un amor que el pudor no podía cubrir, a pesar de su timidez y del miedo que debía sentir ella expresaba que sus sentimientos y también su voluntad de convertirse en su esposa. Su hermano no volviera a arruinar su felicidad, nunca más... estaba decidida a luchar y lo haría, dejando atrás tantos años de miedo y angustia. No permitiría que sus amenazas y su maldad lo arruinara

todo, porque por primera vez en su vida sabía lo que era tener un hogar y una familia, y lo más importante, sabía lo que era el amor romántico, algo que sólo había existido en su imaginación mientras leía novelas, algo dulce pero tan distante como el más imposible de sus sueños y que ahora tenía un rostro y un nombre Patrick Ulshter, el amo de la mansión y el dueño de su corazón.

Pero mientras organizaban la boda y llevaban a cabo los trámites recibieron una visita del alguacil del condado, enviado por el detestable Eric O'Connell.

El caballero esperaba esa visita y conocía bien al señor Richardson, el alguacil apodado “el escocés” pues era de Glasgow y se había mudado hacía más de diez años. Era un hombre duro pero integro.

—Lamento venir en estas circunstancias pero ha sido citado por el juez señor Ulshter. El señor Eric O'Connell asegura que usted mantiene cautiva a su hermana y que esta es una joven que sufre problemas mentales.

Se lo esperaba por supuesto, ese malnacido había estado haciendo de las suyas conspirando al ver que él no había aceptado devolverle a Phoebe.

—Eso no es cierto alguacil y puedo probarlo. Le pediré a la señorita O'Connell que venga y atestigüe la verdad.

Phoebe apareció poco después y habló con el alguacil, dio su testimonio, serena y muy segura de lo que decía. Ya era tiempo de que todos

supieran que ella no era ninguna débil mental ni tenía tara alguna.

El señor Richardson le pidió a su oficial que anotara todo y luego se marchó.

—Disculpe las molestias señor Ulshter, pero esto es un procedimiento legal luego de la denuncia del señor O’Connell y debíamos tomar nota de todo. Ya se ha aclarado este mal entendido por supuesto y dudo que llegue a mayores.

Phoebe miró irse al alguacil y a sus hombres sintiendo un nudo en la garganta. ¿Es que nunca iba a dejarles en paz? ¿Su maldad no tenía límites?

—Jamás regresaré con él, antes prefiero morir...—balbuceó angustiada.

Su prometido la abrazó con fuerza.

—No temas ángel, eso no pasará, te lo prometo. Tranquila. Ya pasará... lo hace sólo para hacer daño, pero tú has estado admirable. El alguacil comprendió al fin que sus denuncias no tienen fundamento. Y no podrá hacer nada, te lo aseguro.

El alguacil intervino.

—Lo lamento mucho señorita O’Connell, lamento tener que venir aquí de nuevo y espero que esto se resuelva pronto.

—Por supuesto alguacil, sabemos que no es su culpa.

Cuando el hombre se marchó poco después Patrick dijo que debían

hacer el viaje. Ese día irían a Dublín y era impostergable, además les haría bien alejarse de ese demente unos días.

Ella sonrió y secó sus lágrimas, sólo quería ser feliz una vez en su vida, casarse con su amado y vivir feliz en Ulshter. No pedía gran cosa...

Rezó en silencio durante la travesía en carruaje, rezar siempre le daba paz. Ya faltaba poco, acababan de tener su partida de nacimiento y ahora sólo quedaba esperar. Los trámites para casarse seguían su curso y seguramente en un mes podrían casarse, tal vez menos. Su prometido le avisaría.

Pero tenía que hacer ese viaje, ella misma lo había pedido.

Necesitaba ver el hogar donde había vivido, dónde fue llevada siendo una bebida de pocos meses y criada hasta que fue adoptada por los O'Connell cuando tenía siete años para reemplazar a su hija muerta.

Saber la verdad la había afectado, no esperaba algo así pero cuando supo que su prometido iría a Dublín para hablar con sus abogados por un litigio con unas tierras quiso acompañarle y ver el orfanato. Tal vez tenía la esperanza de encontrar a sus padres, a su madre al menos. O simplemente ver el lugar y olvidar que era hija del matrimonio O'Connell. No era su hija, no había sido más que una niña que criaron porque la señora Emily no podía soportar la idea de perder a su adorada niña.

Fue un viaje largo y su prometido la miraba algo preocupado.

—¿Te sientes bien, preciosa?—le preguntó en un momento.

Ella sonrió.

—Sí, un poco nerviosa... si pudiera encontrar a mi madre. ¿Tú crees que las monjas me dirán su nombre?

El caballero hizo un gesto de duda.

—No lo sé pero tal vez sí haya algún registro y...

—No sé cómo pudo dejarme allí siendo apenas una bebita, por momentos quisiera decirle que fue una desalmada y que me dejó desamparada por completo.

—Phoebe entiendo que te sientas así, no es sencillo para ti por eso quise decirte que si para ti era doloroso venir, no debías hacerlo.

—Pero necesito hacerlo Patrick, necesito saber quién era mi madre y por qué lo hizo.

—Tal vez las monjas no tengan las respuestas a eso, Phoebe. Suelen ser muy reservadas cuando los niños son entregados para ser dados en adopción. Algunas jóvenes caen en desgracia al quedar embarazadas sin estar casadas y por eso luego entregan al niño a un matrimonio para que ellos les den una familia apropiada... a veces son forzadas a hacerlo por su propia familia o porque no pueden criar a un niño solas. Sé que es muy cruel pero no debes sentir que eres culpable de esto.

—Sí, lo sé... no debo odiar a nadie, mi nana me lo decía pero... ojalá puedan decirme qué pasó.

Él tomó sus manos y las besó con suavidad.

—Espero que este viaje no sea en vano y encuentres todas las respuestas.

Phoebe sonrió y miró por la ventanilla del tren notando cómo el paisaje se volvía ondulado y agreste.

Llegaron al orfanato una hora después.

Era una casona de dos pisos y estaba llena de niños de distintas edades que corrían, cantaban y miraban a los recién llegados con cierta ansiedad desde las ventanas de sus habitaciones. Phoebe los vio y sonrió. De pronto descubrió a una niña pequeña sonriéndole desde un rincón, tenía un vestido color rosa, cintas en el cabello rubio y una muñeca de trapo que sujetaba con decisión.

Una monja la llamó para que fuera a almorzar, era la hora del almuerzo y podía sentirse el olor a sopa estofada de coles y cordero desde la distancia.

Suspiró, recordaba ese olor y también ese lugar.

Una monja les guió hasta la oficina de la hermana superiora. Phoebe miró a su alrededor sintiendo esa rara familiaridad de haber estado allí hacía mucho tiempo y de pronto escuchó el sonido de las campanadas y tembló. Recordaba ese tintineo con claridad.

Todo el tiempo tuvo la sensación de que viajaba en el tiempo y volvía

a ser una niña corriendo por esos corredores. No, no corría, caminaba de la mano de otra niña mientras sujetaba una muñeca y una mujer le sonreía con dulzura. Era su madre, la señora Emily... el día que fue a buscarla.

La voz de su prometido la despertó de sus ensoñaciones. La madre superiora aguardaba en su oficina para conversar con ambos.

Cuando ella entró en la sala sintió ese aroma especial que había allí en el orfanato, una mezcla de madera y almizcle y supuso que eran los cirios encendidos aquí y allá que debían producir esa fragancia.

Una mujer gruesa y muy alta los recibió.

—Adelante por favor, sean bienvenidos—dijo muy sonriente—
Imagino que son un matrimonio y quieren adoptar un niño.

—Es que no hemos venido a visitarla por esa razón madre superiora. Verá... mi prometida vivió aquí cuando era niña. La señorita Phoebe O'Connell.

Phoebe sonrió con timidez al sentir la mirada aguda de la monja.

—Oh vaya—balbuceó—no habría podido imaginarlo. Entonces... la señorita vivió aquí de niña. Perdón, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Phoebe O'Connell Macneil—respondió la joven.

La monja sonrió y su cara regordeta se llenó de ternura.

—Eres la pequeña Phoebe... oh vaya, no habéis cambiado mucho. Yo os cuidé cuando erais una bebita, lo recuerdo bien. El señor ha sido tan

generoso, os habéis convertido en una joven hermosa y buena.

La joven sonrió al oír sus palabras y la anciana se emocionó.

—¿Entonces usted me conoce madre superiora?

—Oh sí por supuesto, yo era la encargada de cuidar a los niños y darles catequesis. Recuerdo el matrimonio que vino aquí hace más de diez años creo. La señora me rogó que te diera en adopción pero yo no estaba de acuerdo, no quería que te llevara.

Esa respuesta los sorprendió a ambos y fue el joven Ulshter quién preguntó la razón de su reticencia entonces.

—Es que la dama había perdido a su hija, ella me lo contó y no se veía muy bien. A pesar de su clase y de que dijo que te daría una educación y una vida acomodada yo tuve mis reservas. La vi muy nerviosa y tuve como un mal presentimiento... la madre superiora entonces me convenció, dijo que era lo mejor pero yo tuve mis dudas.

Phoebe tembló al oír eso, era un momento incómodo para ella y comenzó a preguntarse qué estaba haciendo allí.

—Tenía razón madre... Ella me vestía como su hija muerta y me mantuvo encerrada durante años en la mansión de Warren hills. Habría sido más feliz de haberme podido quedar aquí.

La monja se impresionó al oír eso, casi no podía creerlo.

—Pero no he venido por esa razón—dijo Phoebe—sólo quería

preguntarle madre si usted recuerda a mi verdadera madre, si logró saber su nombre porque acabo de saber que soy adoptada y pienso si tal vez... podría conocer a mi verdadera madre.

Estaba temblando como una hoja y sus ojos se nublaron, expectantes aguardando la respuesta de la madre superiora. Ella debía saber su nombre, saber quién era...

—Es muy triste lo que me has contado hija, muy penoso... cuando entregamos a los niños en adopción esperamos que puedan tener una nueva vida con su familia adoptiva. Nuestra labor exige cierta discreción porque aquí llegan mujeres que han cometido un desliz o se quedaron embarazadas sin quererlo... O no pueden criar a ese niño porque son muy pobres. A veces ni siquiera sabemos quiénes son porque dejan a los bebés en un canasto, envueltos en una manta justo en una puerta especial destinada a eso. Lo hicieron tanto tiempo que debíamos crear una sala especial para recibir a los niños abandonados.

—Qué triste, ¿cómo pueden abandonar a sus bebés?

—Sí, es muy triste pero el señor nos ha encomendado la tarea de darle un hogar a esos angelitos y no podemos fallarle ni tampoco detenernos a juzgar.

—Entiendo madre pero... ¿usted recuerda a mi madre? ¿Sabe su nombre?

La superiora sostuvo su mirada pero luego pareció tener un momento de duda y vacilación, ¿acaso lo sabría y no querría decirle?

—Por favor madre, yo sólo quiero conocer a mi verdadera madre para encontrarla y poder reunirme con ella.

—Lo sé y comprendo tu angustia, deseas encontrarla ahora que sabes la verdad porque sospecho que no has tenido una vida feliz hija. Y lo lamento mucho, esperaba que fuera diferente. De veras que sí... pensé que aunque tu madre adoptiva sufriera de los nervios ella fuera capaz de darte un hogar una educación que te ayudara a tener una vida mejor...

La superiora miró a ambos indecisa y tardó un poco en revelarles lo que sabía.

—Phoebe mi querida niña, el día que llegasteis aquí hacía mucho frío y os trajo una señora rubia muy bonita y elegante. Sus modales delataban que tenía clase y también dinero. Lo supe al instante y cuando la vi allí dejando la cunita me sentí indignada porque pensé “esta dama sí puede alimentar a su bebé, ¿por qué lo abandona?” Y recuerdo que la retuve. Le dije que no se marchara y que antes de hacer lo que iba a hacer que se detuviera a pensarlo. La joven me miró y comprendí que no debía tener más de veinte años y hasta lucía un anillo de casada.

—Lo siento madre, pero no es mi hija, es la niña que tuvo mi hermana y ella es soltera y mi padre ha dicho que la echará de casa si no

entrega el fruto de su pecado en adopción.

Phoebe tembló al oír eso.

—¿Y le dijo su nombre?—preguntó con un hilo de voz.

—No, no lo hizo... pero yo no me tragué esa historia. Supe que mentía, creo que el señor me dio un mensaje al respecto, cuando alguien miente es como si él me avisara porque en ocasiones las mentiras traen más cosas malas. Y la enfrenté, lo hice. Le dije: “señora usted está mintiendo, la niña que entregará hoy es suya, puedo sentirlo.”—Hizo una pausa, afectada al evocar esa escena.—De haber sido inocente se habría mostrado indignada por mi acusación pero eso no ocurrió, estábamos sola en la salita de recepción y nadie podía oírnos. Mis palabras la afectaron y la joven lloró, mortificada por lo que pensaba hacer supongo, creí que podría convencerla, era momento de hacerlo y le hablé, le dije que no podía abandonar a su hija, que era muy cruel si lo hacía. La joven me miró y secó sus lágrimas. “Usted no puede entenderlo, esta niña es fruto del pecado, de mi debilidad por un amor que nunca debió ser. Mi esposo me matará si sabe la verdad, le he hecho creer que es suya pero no lo es, y mi propio pecado terminará condenándome un día porque la niña lleva la marca de la familia de mi amante y algún día eso será mi ruina. Por favor madre, tenga misericordia, le he pedido consejo a mi confesor y él ha dicho que debo decirle la verdad a mi marido o dar a la niña en adopción y he decidido hacer lo último. Perdóneme. Dejaré un donativo

anónimo en este orfanato y me aseguraré de que nada le falte a la niña pero no puedo criarla, no puedo hacerlo.

Entonces le dije: —Usted no puede abandonar a su hija, el sacerdote le ha dicho que le diga a la verdad a su marido y debe hacerlo, él la perdonará pero esto que hace es muy cruel, la pobrecita es un angelito inocente. Estaba furiosa, lo confieso, quise evitar que esa dama frívola y egoísta hiciera esto, pero no pude. Ella se paró muy decidida y me dijo: —Si mi esposo se entera de mi aventura me matará, lo hará madre, es muy celoso y jamás me perdonaría y yo... quiero enmendar mi falta, tratar de salvar mi matrimonio. He renunciado al único hombre que amé en mi vida por ello y también debo renunciar al fruto de nuestro amor con el dolor en el alma. Debo hacerlo. Mi padre me obligó a casarme con un hombre que no amaba porque él podía darme una posición acomodada y mi familia estaba arruinada. Y yo tuve que casarme porque había perdido la virtud y nadie más me querría, mi esposo jamás lo supo, me amaba tanto pero luego fui débil y volví a los brazos de mi amante, regresé a él y sé que esta niña es suya porque tiene la marca de su familia mestiza que se mezcló con gitanos hace años, son gente muy brava hermana, usted ni imagina. Nuestro amor está condenado, siempre lo estuvo y... —la monja hizo una pausa—Y yo le dije: qué dirá a su marido sobre la desaparición de la niña. Ella me miró y dijo que inventaría que la había perdido. Porque al parecer su esposo había tenido que hacer un viaje de

negocios a Londres y tardaría algunos meses en volver.

Cuando la monja terminó su relato Phoebe derramó abundantes lágrimas y ya no quiso saber el nombre de la dama que la había abandonado por ser el fruto del pecado. Debió aborrecerla por tener la marca en su cuerpo, la marca que condenaría su traición un día.

Él la abrazó y ese abrazo cálido fue lo más reconfortante en esos momentos tan tristes.

—Lo siento mucho querida, lamento haber tenido que contarte una historia tan triste pero tú querías saber la verdad y tenías derecho a saberla. Siento mucho que tuvieras que enterarte, habría deseado que tuvieras una vida feliz y que nunca supieras de la adopción. Porque siempre he creído que hay secretos que mejor dejarlos guardados allí dónde están.

Phoebe secó sus lágrimas y le dio las gracias por su sinceridad.

—Bueno, prefiero la verdad hermana a vivir una mentira, a creer que tal vez mi madre ha estado buscándome. Ahora sé que nunca me amó ni...

—Ese no es el final de la historia hija, aguarda... hay algo muy importante que debes saber.

Esas palabras sorprendieron a Phoebe y la madre superiora continuó con el relato: —Tu madre estaba muy asustada, hija. Sentía terror de que su esposo la matara. Pero no te abandonó como crees, todos los meses enviaba una mensualidad para que te compraran vestidos y juguetes y dijo que tal vez

un día regresaría a buscarte. No pienses que no te amaba, sí te amaba pero tal vez pensó en protegerte porque su marido era un hombre de temperamento difícil y ... ella vino a verte años después, lo hizo. Al parecer había enviudado y pensó que podrías regresar a su casa. Le dije que debía estar segura de eso porque luego no podría arrepentirse y ella me dijo que vendría a buscarte la semana entrante. No mentía, luego de dejarte aquí no pudo tener más hijos y pensó que el señor la había castigado y te veía, ella venía a verte pero no se atrevía a llevarte a su casa. Pero cuando finalmente enviudó fue como si se liberara y pensó que ahora sí podría llevarte con ella. Estaba decidida a hacerlo, lo noté en su rostro.

—Pero nunca vino, me dejó aquí para que ese matrimonio me adoptara y mi vida fuera un completo calvario de encierro y locura—chilló Phoebe fuera de sí, sus ojos echaban chispas. Una emoción violenta la envolvía sufriendo por lo que acababa de descubrir, que era el fruto de una aventura extra matrimonial y que su madre la había abandonado y nunca fue a buscarla.

—No te pongas así hija, no es lo que piensas... tu madre quiso venir pero no pudo hacerlo, murió de un ataque al corazón. Al parecer ese hombre, tu padre, no la dejaba en paz y estaba persiguiéndola para que volviera con él y discutieron, y ella sufrió un ataque al corazón y murió. Eso me contó su hermana menor muy afligida porque yo fui a buscarla al ver que no venía.

Realmente me había ilusionado con que vendría a buscarte y no pensé que hubiera cambiado de opinión, al contrario, era feliz porque había visto cambios en ella, se preocupaba por ti, te llevaba regalos y hasta te enseñaba canciones. El problema de tu madre fue que te dejó muy pequeña pero verte de nuevo le hizo bien porque comenzó a sentirse madre y a necesitarte hija. No la juzgues, no pienses que no te amaba, su vida fue muy difícil pero quería que supieras... desde el cielo ella quería que supieras que se había arrepentido de lo que hizo y quiso tener una oportunidad, ella te amaba Phoebe, no tengo dudas de ello, pero el señor se la llevó y fue su voluntad, no podemos juzgar sus misteriosos designios—los ojos de la religiosa se llenaron de lágrimas y Phoebe lloró con ella mientras su prometido la abrazaba e intentaba consolarla.

Entonces Phoebe recordó a esa dama de cabello rubio que le cantaba canciones del mar y la acunaba entre sus brazos y la besaba. Era su madre, su verdadera madre, no era Emily O'Connell como había pensado, y todavía recordaba esas canciones y el amor que había sentido en sus brazos, con sus besos y abrazos. Ella la había llamado Phoebe y seguramente debió darle el medallón.

—¿Y cómo era ella, madre? ¿Cómo se llamaba? Quisiera saberlo— dijo y pensó que debía hacer a un lado su dolor y entender que no la había abandonado del todo como había pensado, había ido a verla se había

preocupado por su futuro y hasta planeó llevarla de nuevo a su casa luego de morir su esposo.

—Se llamaba Harriet Simmel, ese era su apellido de casada y vivía a tres millas de aquí en la mansión de Salen hills, y tú le pareces mucho, niña, sólo que su cabello era rubio nada más y ella era más baja si mal no lo recuerdo. Y dejó una cajita para ti con algunas joyas. Quisimos enviártela pero Sor Inés que estuvo en Warren hills dijo que los criados le dijeron que allí no vivía ninguna señorita llamada Phoebe O'Connell. Que la jovencita se había escapado hacía semanas y nadie sabía de su paradero.

Phoebe sonrió y secó sus lágrimas.

—Es cierto madre superiora, yo huí porque mi hermano adoptivo él no me trató muy bien sabe y... tuve que escapar de mi casa.

La madre superiora se horrorizó.

—Qué pena, hija. Lo siento, habría deseado que fueras feliz y que tuvieras una familia, es lo que siempre esperamos cuando entregamos a nuestros niños en adopción. Aguarda, pediré a sor Inés que traiga la caja.

Phoebe vaciló, se sentía conmocionada por todo lo que acababa de enterarse. Primero saber que era hija del pecado y que por eso su madre la había abandonado y luego, cuando su madre quiso tenerla consigo murió de forma trágica, por culpa de su padre, de quién por supuesto no quería saber ni el nombre. Imaginaba que era un gitano villano y detestable, como todos los

de su raza. Había seducido a su madre y finalmente provocó su muerte.

Cuando la superiora regresó poco después con la caja de madera labrada vaciló, no sabía si debía tomarla.

—Ten es para ti, tu madre iba a dártela cuando fueras mayor pero creo que ahora es un buen momento para que la tengas. Es un recuerdo de tu madre y también una forma de entender lo que pasó. Lamento que no fuera como tú creías Phoebe, pero no sientas pena, el señor te ha dado una nueva oportunidad para tener una buena vida, sé que vas a casarte con este caballero y me alegra mucho saberlo pues se nota que es un hombre de bien y cuidará de ti.

La joven se sonrojó al mirar a su prometido mientras tomaba la caja y la abría sin poder contener su curiosidad. Encontró un crucifijo de plata, anillos valiosos y un libro de oraciones. Pero lo más valioso estaba dentro del libro. Una foto de su madre. Allí estaba, parecía tan joven y su mirada era cristalina pero triste. Al fin sabía quién era, pero no estaba lista para enfrentarlo, para asimilar todo eso. Sólo pudo agradecerle a la madre superiora por su amor y cuidados.

—Usted intentó convencerla de que me llevara, de que no me dejara aquí, tiene un gran corazón hermana y todas ustedes... no sé cómo agradecerles. Hoy cuando entré sentí cierta pena al ver a los niños aquí, abandonados por sus padres, pero ahora comprendo que me equivoqué

porque sé que ellos estarán en buenas manos, hermana.

—Sí, comprendo lo que dices, pero ten fe mi querida niña, que a pesar de todo lo que has sufrido el señor te ha dado una nueva oportunidad de dicha y felicidad. Te deseo lo mejor mi querida Phoebe.

Se despidieron con un abrazo y los mejores deseos. Pero al salir del orfanato se sintió algo extraña. Su prometido tomó su mano y la envolvió con su capa pues hacía algo de frío esa mañana de finales de invierno.

Cuando subieron al carruaje él le dijo:

—Lo siento mucho preciosa, no pensé que sería tan triste que tú... esperaba que al menos pudieras reunirte con tu madre—dijo su prometido.

Ella lo miró sin ocultar su dolor.

—Yo también lo esperaba amor mío, pero al parecer ya no podrá ser... al menos he podido reconciliarme con esos recuerdos confusos de mi infancia. Esa canción que aprendí del mar, esos cuentos y arrumacos, ahora sé que era mi verdadera madre quién me tomaba en sus brazos y me besaba, no la señora Emily. Ella jamás fue cariñosa conmigo, me encerraba asustándome con el demonio y yo.... no fui más que el fantasma de su hija muerta. No era más que una muñeca para ella a la que vestía y cuidaba creyendo que era la niña que le habían robado. A pesar de ello y por extraño que parezca me siento feliz de tener este cofre con sus recuerdos y saber que mi verdadera madre iba a visitarme y quiso llevarme con ella.

—Entonces ya no debes sentir dolor, preciosa... Y sabes, lamento que tuvieras que enterarte así, habría preferido que no lo supieras nunca ángel.... sabes que me vi obligado a decirlo el día que apareció ese demente en mi casa.

—Sí, lo sé... ¿pero por qué fuiste a la mansión de Warren hills ese día?

—Es que creí que ese maldito te tenía encerrada, que había ido a la mansión a buscarte y luego... pero por suerte eso no pasó y fue tu doncella quién me contó toda la verdad. Y lo hizo para que te mantuviera alejada de ese hombre, además me dio las señas para que encontrara a su hermana pues pensó que tal vez podías haberte ido a su casa.

—No lo hice...

—No tenías que irte Phoebe, no tenías que hacerlo... sospecho que fue mi madre quien te convenció de que me abandonarás con esas mentiras de que estaba cortejando a una señorita.

—Es verdad pero cuando vi al padre André ese día y dijo que no era hija de mis padres, que no me parecía a ellos me afectó mucho.

—Sí, sé que no debía llamarlo, lo lamento, pero estaba tan obsesionado con saber quién eras Phoebe que luego comprendí que no importaba, sólo quería que te quedaras en Ulshter.

Ella se emocionó al oír sus palabras y él le dio un beso fugaz.

—Te amo preciosa y lamento que sufieras una nueva decepción al buscar a tu madre, esperaba que fuera diferente. Tal vez es tiempo de que dejes todo este asunto en paz. Que lo sepultes con tus recuerdos tristes y pienses en el presente, en nuestro futuro juntos en Ulshter. Pronto vamos a casarnos y no quiero que estés triste entonces, por favor.

—Tienes razón, pero ya no me siento tan triste, creo que venir al orfanato me hizo mucho bien, era algo que tenía que hacer. Además tú me ayudaste sin esperar nada de mí, ese día en el muelle porque eres un buen hombre, Patrick Ulshter, el mejor hombre del mundo para mí y nunca tendré palabras suficientes para agradecerte.

—Nada debes agradecerme preciosa, regresaste a mí y serás mi esposa, ¿qué otra cosa podía pedir? Cuando te fuiste ese día me sentí tan vacío. Y encontrarte fue lo único que me dio esperanza en esos momentos, lo único y creo que entonces comprendí que realmente te amaba y que mi vida no tendría sentido sin ti. Te amo, preciosa—dijo muy serio.

—Y yo te amo a ti, Patrick.

Se besaron y luego emprendieron lentamente el camino de regreso a la mansión del acantilado, su nuevo hogar.

Una semana después de regresar a Ulshter, llegó a la mansión la señora Brea Lofts, la criada de Warren hills para avisarles que su hermano

había sufrido un accidente en el caballo y había muerto. Al parecer había bebido y un rayo hizo que el animal se encabritara y lo lanzara de cabeza.

Phoebe no sintió pena ni tampoco algarabía, sólo alivio. Un alivio inmenso al saber que el señor en su infinita sabiduría había decidido llevárselo. Ya no podría atormentarla ni hacerle daño, ya no más...

Su prometido se acercó y la abrazó. Paz. Anhelaba tanto tener paz. Parecía un milagro... jamás le había deseado la muerte pero...

Hubo que organizar el funeral, avisar a los parientes. Phoebe no quiso participar y fueron los criados de Ulshter quienes se encargaron.

Era un final justo, porque su hermano se había preparado para iniciar un pleito legal, acusando a Patrick de raptó y de aprovecharse de su hermana loca.

—Lo siento querida... siento decirte esto pero me alegra que esté muerto—dijo entonces el conde—Se lo merecía y creo que por primera vez en mucho tiempo sólo puedo agradecer a Dios que se hiciera justicia porque creo que al final yo mismo habría tenido que matarle.

—Oh no... no digas eso por favor. Tú eres un hombre noble—dijo Phoebe.

—Lo soy pero ese hombre me ha puesto a prueba, ángel, de veras que sí. Hizo tanto daño pero ahora tendrá que rendir cuentas al señor por sus maldades y espero que reciba su merecido castigo.

Ella no dijo nada, todavía le costaba asimilar la verdad sobre su pasado. Saber que había sido adoptada de un orfanato la había afectado.

—Él no era mi hermano en realidad, sólo fue el demonio del que mi madre quiso defenderme un día, ahora lo sé. Y no quiero ir a su funeral.

Su prometido guardó silencio y entonces Phoebe conversó un momento con su antigua doncella.

—Señorita, se ve usted radiante—dijo Brea.

—Sí lo estoy... voy a casarme en una semana con el señor Ulshter, él me salvó, tú lo sabes ¿verdad?

Su doncella asintió.

—Y me alegra por usted señorita, realmente merecía ser feliz, ha sufrido tanto y me pregunto... tal vez quiera regresar un día a hacernos una visita a Warren.

Phoebe vaciló.

—No sé si pueda hacerlo un día, Brea, esa casa me trae muy tristes recuerdos.

—Comprendo, señorita Phoebe. No la culpo por eso pero quiero que sepa que sus padres le han dejado un legado y usted debe reclamarlo.

—No, no reclamaré ningún legado Brea. Nunca lo haré.

Su respuesta sorprendió a la criada.

—¿Pero por qué? —Replicó—Es suyo, le pertenece.

—No, no es verdad, nada de esa casa me pertenece Brea, nunca fue un verdadero hogar para mí y por eso es que no quiero nada de esa herencia.

Brea lo aceptó y comprendió sus razones. Antes de marcharse le deseó lo mejor en su próxima boda.

—Gracias Brea, gracias por visitarnos, puedes venir cuando desees. Ella sonrió y se marchó.

Un mes después sonaron campanas de bodas en la iglesia de Clare.

Era el día más importante de su vida, era un sueño hecho realidad y Phoebe estaba radiante, hermosa y etérea con su traje blanco, su sonrisa era de auténtica felicidad al cumplir el mayor anhelo de su corazón. Y cuando el padre Andrew los declaró marido y mujer y salieron de la mano del altar sintió que nunca había sido tan feliz en toda su vida y que siempre recordaría ese momento, ese día como el más dichoso, el instante mágico en que se convirtieron en marido y mujer y cuando luego entraron en la mansión de Ulshter sonrientes y felices.

Y esa noche, cuando su esposo aguardaba en la habitación se sonrojó al sentir su mirada. Lo extraño era que él también parecía algo asustado y luego de mirarla intensamente dijo:

—Preciosa, puedo esperar. No es necesario que te entregues a mí esta noche, si no os sentís preparada o...

Phoebe sonrió al oír sus palabras. Su esposo era todo un caballero, jamás le había pedido siquiera un beso y ahora tampoco le exigía que cumpliera con sus deberes de esposa. Al contrario le decía que podía esperar...

Pero ella no quería esperar, sentía curiosidad y también deseaba convertirse en su esposa esa noche. Quería saber cómo era el amor en brazos del único hombre que había amado en su vida. No tenía miedo como él pensaba.

Y cuando le dijo al oído en un susurro: “Quiero ser tu esposa esta noche” sonrojada y anhelante, él sonrió levemente mientras la envolvía entre sus brazos y le daba un beso suave y ardiente. Sin embargo temía asustarla, no estaba seguro de que Phoebe estuviera preparada para ese momento, temía que se asustara o cambiara de parecer y estuvo largo rato besándola mientras la llevaba a la cama. Ella respondió a sus besos sin resistirse y cuando apagó una de las velas la habitación quedó en penumbra y él corrió los cortinados para que nadie pudiera verles.

Y en la intimidad del lecho, entre besos y caricias Phoebe dejó que le quitara el vestido para entregarse a él sin reservas, temblando del miedo y la emoción, sabiendo bien que era el lugar donde quería estar allí y para siempre: en sus brazos, sintiendo como la llama de su amor la consumía y envolvía en un fuego maravilloso, tan dulce... estar en sus brazos, sentirle tan

cerca... la emoción fue tan intensa que sintió deseos de llorar y lo hizo y él al sentir sus lágrimas se asustó y se detuvo.

—Phoebe, ¿estáis bien? —quiso saber.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Es maravilloso... jamás imaginé que fuera así—susurró mientras extendía sus brazos para rodear su cuello. Desnuda entre sus brazos no sentía vergüenza ni tampoco temor, sólo una dicha inmensa, algo que nunca había sentido en toda su vida.

Entonces él le dijo al oído:

—Eres tan hermosa Phoebe...tan hermosa... y te amo... Te amo preciosa. Te amé desde el primer día que os vi en la playa, pero no lo sabía entonces y sé que siempre voy a amarte Phoebe.

Sus palabras la hicieron llorar de nuevo pero de la emoción y con voz quebrada le dijo:

—Yo también os amo Patrick, siempre... toda mi vida. Nunca antes había sido tan feliz ni... creo que nací de nuevo el día que os conocí en esa playa, cuando pensaba que todo estaba perdido para mí. Tú fuiste el sol que iluminó la oscuridad de mi vida, eres como el sol que sale cada mañana para mí, no podría vivir sin ti.

